

Juan Pablo Renzi / ¿Hay espacio para un radicalismo progresista? /
Las siete ideas-fuerza de la izquierda, hoy / El liberalismo prisionero de Carl Schmitt /
Italia: Pluripartidismo, nomenklatura y final / Entrevista a Michael Walzer /
Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia / Los opios y los pueblos

Documentos/Separatas: 15º Congreso Mundial de la CIOSL

Bufano, Tenti Fanfani, Sidicaro, A. Stubrin, J. Rodríguez, Rocard, Gadano, Teixidó, Bosoer, Ortiz, Castiglioni,
Pásara, Mouffe, Godio, Tula, Leiras, Martínez Mazzolla, E. Semán, Halperin Donghi, P. Semán

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Nº 33, Bs. As., julio '92 \$ 5.-

CONSEJO
ARGENTINO
DE CULTURA
SOCIALISTA
Tula, nacido 1938
Portantiero nacido 1917



AMOR

Juan Pablo Renzi

Juan Pablo Renzi era nuestro pintor. El único. Porque no abundan los artistas plásticos en este particular universo de políticos, sociólogos, economistas y expertos en la interpretación de las relaciones sociales. Era nuestro artista. Una categoría que siempre es observada con cierta desconfianza porque carece de la erudición y de los datos necesarios para otorgar un sentido lógico racional—a esas relaciones sociales. En este aspecto era un improvisado. Podría tomar en broma una rigurosa reflexión sobre el curso de la economía y de la política o bajar los párpados para esconder el aburrimiento y de paso los enrojecidos ojos cubiertos por el whisky doble. Era un artista.

Y los artistas no abundan. Son muy poquitos. Cuando uno de ellos muere el desgarrar que se produce es considerable. Aunque no se note. Aunque aparentemente nadie se dé cuenta. La pérdida de un artista es algo grave. Mucho más grave de lo que puede tolerar sin fisurarse esta sociedad tan dedicada a otros menesteres. Una semana antes de morir se produjo una curiosa coincidencia. Mientras Juan Pablo Renzi exponía estrellas rojas de cinco puntas en el Museo de Arte Moderno, se realizaba en el Museo de Arte Decorativo una muestra de otras estrellas rojas, soviéticas éstas, que emergían empujando a un Lenin aparentemente eterno. Si se veían las dos muestras en el mismo día, si la casualidad y el tiempo

libre de un domingo llevaban a un espectador a ver esas obras en el curso de una misma jornada, y si ese espectador tenía una historia de vida que sólo a los cincuenta años es posible tener, se producía una conmoción estética. Entre el anacronismo deliberado y a lo mejor cierta nostalgia personal y el realismo rígido, entre la libertad de un artista sensible y el autoritarismo de un pasado que creíamos de gloria, Juan Pablo Renzi nos devolvió el alma, la paz, la plácida, el placer y sobre todo, el verdadero sentido del arte. Que no se puede explicar con palabras. Todos los miembros de *La Ciudad Futura* rinden homenaje a nuestro pintor. Y beben en su memoria. S.B.

Duilio Cambellotti



Las ilustraciones que presentamos en este número fueron tomadas de la edición de agosto-setiembre de 1987 de la revista *Mond'Ospira* y pertenecen a Duilio Cambellotti. De allí tomamos, también, esta breve semblanza de Cambellotti. Nacido en Roma en 1876, el ambiente y la actividad de su padre—artesano en madera—influyeron en su formación humana y artística. Fruto de un largo y paciente aprendizaje resultó la facilidad con la que se desempeñó en variados campos artísticos y artesanales, como la orfebrería, la xilografía, la escultura, la cerámica, la ilustración de libros, pintura en toda clase de superficies y con el empleo de los más diversos materiales, etc. De él se ha dicho que fue el pionero de la "decoración moderna", expresión con la que se intentaba describir su pasaje del arte puro al arte aplicado, es decir, aplicado a la industria y a la idea de progreso que siempre lo caracterizó, tanto en lo técnico como en lo social. Cambellotti fue militante del socialismo, convencido de la función educativa del arte, un europeísta que había leído a Morris, que conoció a Horla, Guimard, Van de Velde, Gallé... Murió en Roma en 1960, a los 84 años. J

EDITORIAL

En la mitad del camino

A l promediar su mandato Menem vivió su peor momento. Atravesado desde hace meses por las sombras de la corrupción, las cartas de éxito de su gobierno se mantenían, sin embargo, incólumes: las elecciones consagraban a sus candidatos y la convertibilidad seguía avanzando, triunfal, sin asomos de protesta ante sus costos. Fue en ese marco en el que el presidente y sus acólitos decidieron redoblar la apuesta y forzaron el paso hacia el verdadero lugar de su destino: la reelección. Y resultó fatal: a partir de entonces la fortuna comenzó a mostrar su peor cara.

Se acumulaban en rápida sucesión los puntos críticos. El *establishment* económico y los grandes medios de opinión que lo expresan decidieron vetar la reforma constitucional y de esa manera la posibilidad de postular al menemato hasta el año 2000. "Así paga el diablo", debe haber pensado el presidente, parafraseando a Perón: quienes habían saludado aborrazados el viraje de "Charlie" y celebrado sus extravagancias, ahora le marcaban los límites, le indicaban hasta dónde podía llegar. El golpe fue su mandato. Además, sería peligroso traslarnos los resultados de la Capital Federal a todo el país.

Por encima de esos argumentos, dibujados más por los sentimientos que por el juicio imparcial, es evidente la significación del triunfo obtenido por la Rúa, sobre todo por su contundencia. Está claro, por ejemplo, que los temores por el hegemonismo a que lleva la concentración del poder—acentuados por la morbida pasión menemista ante la reelección—han estado en cuestión, como también la idea, complementaria, de que si bien la estabilidad es un bien público valioso no es el único en juego, ni siquiera en lo que atañe a la economía.

Ambas cosas plantean un punto de inflexión en la orientación del voto y, por lo tanto, en las actitudes ciudadanas frente a la política, al menos en un distrito tradicionalmente informado como es el capitalino. Obtenido el piso de la democracia se busca defenderlo de las accepciones de algún manotazo autoritario y concentrador, y conseguido el piso de la estabilidad se pretende expandirlo, sin menospreciarlo, en aras del crecimiento y de una mayor equidad. El perfil de Fernando de la Rúa daba esas señales y por eso superó el cincuenta por ciento de los sufragios, agregándole veinte puntos (de los cuales buena parte fueron "lugos" del voto de izquierda) al sufragio cautivo del radicalismo en el distrito.

Pero para nosotros estas elecciones tuvieron también otro significado: fueron un nuevo banco de prueba para una izquierda democrática que no se cansa de moldearse la cola, que no crece (más aun, en esta elección descendió) sino que distribuye sus votos estables según impactos coyunturales muy personalizados: ayer fue Alfredo Bravo el beneficiado por esos humores, hoy, Solanas; ayer la suma arbitraria daba más de un 15 por ciento de los sufragios, hoy, alrededor de un 10 por ciento. Decimos arbitraria, porque esta suma de "izquierdas" la hacen los ojos de la derecha, que es incapaz de ver ninguna diferencia entre la Unidad Socialista y el PC, entre el FREDEUSO y el PCR, entre el grupo de los Ocho y el PC.

La Ciudad Futura jamás abogó por esa sumatoria indiscriminada. Hemos apostado y lo seguimos haciendo por la posibilidad de construir una articulación de izquierda democrática, con un claro programa de reformas inserto en la práctica social, en camino hacia la posibilidad de una gran coalición de

centro izquierda que incorpore fuerzas enroladas en los grandes partidos hasta hoy mayoritarios.

Fue dentro de esa perspectiva y como contribución para que ese arco político de izquierda democrática pudiera constituirse, que muchos de nosotros hemos acompañado hasta ahora las vicisitudes del desarrollo de la Unidad Socialista. Lo hemos hecho críticamente, apostando, sí, a la virtualidad de una importante fuerza socialista democrática, pero señalando, también, que esa fuerza debía provenir de una refundación y no de una sumatoria exclusivamente centrada en las ramas vigentes del viejo tronco partidario. El último texto que Arco entregara para su publicación en esta revista así lo señalaba expresamente, en su llamamiento a un "debate amplio y desprejuiciado" entre socialistas capaces de superar los estrechos patrimonios de partido. Sus palabras convocando a una "mutación genética" en el socialismo tradicional, a una incorporación audez de "tradiciones, fuerzas políticas e intelectuales, movimientos y cultura que trascienden considerablemente el campo bastante estrecho en el que el socialismo llevó y lleva a cabo su labor", no cayeron bien en muchos sectores. Sin embargo, seguimos haciéndonos cargo de ellas y creemos que las últimas elecciones en la Capital las tornan aun más actuales.

Los horizontes de la izquierda democrática serán muy precarios si no se superan las tonanzas del aislacionismo y del frentismo indiscriminado. El primero es el que parece primar entre algunos de los dirigentes del Partido Socialista Popular y del Partido Socialista Democrático, sobrios supinarios a una identidad que no se desea compartir con nadie y que en algunos casos, como en Santa Fe, hasta se ha buscado ocultar. Pero no es a través del segundo recurso, el de un llamamiento sin límites a una "izquierda" casi eucnemática, como dicha limitación podrá superarse, tal como lo ha intentado el Frente del Sur con esa amalgama heterogénea y frágil en la que se entremezcla el nacionalismo populista y la izquierda anárquica en un programa (y sobre todo una actitud) puramente testimonial.

Los caminos parecen ser otros y requieren altos dosis de lucidez para entender lo que pueden aportar el socialismo y la izquierda democrática a los grandes cambios que viven el mundo y nuestro país; para, tercer, en síntesis, frente al salvaje conservadurismo que pretende liderarlos. Pero además de inteligencia y rigor para no quedar prisioneros del pasado, es preciso humildad y paciencia contra la soberbia y el desaliento. Creemos que en la sociedad—y no sólo en sus cuadros políticos—hay reservas como para intentar esta tarea. J

Simposio mundial de revistas de pensamiento

Entre el 30 de setiembre y el 2 de octubre próximos y con la participación de *La Ciudad Futura* se llevará a cabo en el pabellón España de la Exposición Universal de Sevilla el Simposio mundial de revistas de pensamiento. La idea surgió en el Pabellón España con el propósito de crear un espacio para que revistas culturales de todo el mundo pudieran analizar la situación y las tendencias del pensamiento político y social del momento. Frente a acontecimientos como el fin de la guerra fría, el desplome del bloque soviético, la crisis del sistema comunista, la desintegración de la URSS, la dificultosa reunificación alemana, el avance del fundamentalismo islámico, el crecimiento del nacionalismo autoritario y el naciente, los problemas resultantes de la emigración, las agresiones al medio ambiente, el crecimiento del terrorismo y la expansión de la pobreza en cada vez más extensas regiones

del planeta—por mencionar sólo algunos de los problemas más acuciantes de estos tiempos—, la convocatoria señala que en los finales del Siglo XX quizá se abra la posibilidad de "vencimientos" en la explosión de un nuevo Nuevo Mundo, el hombre en un entorno técnicamente revolucionario, que lucha por librarse de la necesidad, del miedo, de la persecución o de la tiranía ideológica, que está cercado por la intolerancia cultural, el racismo o el chovinismo, pero que también se encuentra en una posición favorable para alcanzar, a través del progreso político, social y económico y el bienestar."

El comité Organizador se integró con los directores de *Revista de Occidente*, *Claves de Razón Práctica*, *Sistema y Cuenta y Razón* (España), *Vuelta* (México), *Micromega* (Italia) y *New York Review of Books* (Estados Unidos), habiéndose decidido que el Simposio se desarrolla en torno a cinco

temas redondos:

1. La influencia de las ideas y de la información en el cambio histórico; el papel de las revistas de pensamiento.
2. Los sistemas económicos y el problema de la pobreza.
3. Principales problemas de la instauración y consolidación de la democracia.
4. Población, minorías y tensiones étnico-culturales.
5. La articulación democrática de las relaciones internacionales.

Fueron invitadas cincuenta publicaciones, entre ellas, *Leviatán*, *Lettre Internationale*, *New Left*, *Dissent*, *Philosophy and Public Affairs*, *Revista dei libri* y *Nuovi Argomenti*. Además de nuestra revista y de *Vuelta*, por latinoamericana participarán *Quimera* y *Ciencia Política*.

La Ciudad Futura estará representada por Juan Carlos Portaniero y Jorge Tula. J

Sumario

2	S.B.: Juan Pablo Renzi	gentino. Responden G. Jaime Echeverría y F. Delich	Libros
2	La Ciudad Futura: Simposio mundial de revistas de pensamiento	13	Jorge Tula: Norberto Bobbio: Complejidad y transparencia
2	La Ciudad Futura: Duilio Cambellotti	25	Marcelo Leiras: Retrato del ironista liberal (Richard Rorty, Contingencia, Ironía y Solidaridad)
	Editorial	26	Ricardo Martínez Mazzola: La familia se redime (Radil Jorjat y Ruth Sautu, compiladores. Después de Germani)
3	La Ciudad Futura: En la mitad del camino		Ensayo
	Política	28	Tulio Halperin Donghi: Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia.
4	E. Tenti Fanfani, R. Sidicaro, A. Stubrin y J. Rodríguez: Debate: ¿Hay espacio para un radicalismo progresista?		Sociedad
	Definiciones	32	Pablo Semán: Los opios y los pueblos.
11	Michel Rocard: Las siete ideas-fuerza de la izquierda, hoy		Documentos/Separatas
	Universidad		Fundación Friedrich Ebert: 15º Congreso Mundial de la CIOSL.
12	Julían Gadano: Encuesta II - La crisis del sistema universitario ar-		

La Ciudad Futura

B. Monte 2094 - 1º (1989) Buenos Aires, Argentina, Tel. 951-951

Director Fundador: José Arco (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portaniero y Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Gerardo Adrogué, Javier Arriaga, Fabián Basso, Franco Castiglioni, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julián Gadano, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marín, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedrosa, Ernesto Semán, Pablo Semán.

Comité Asesor: Emilio de la Torre, Raúl Pinielli, Oscar R. González, Jorge Kers, Carlos Kreimer, Marcelo Losada, Ricardo Nudelman, Oscar Terán. Maqueta original: Juan Pablo Renzi. Servicio de Ilustraciones: Laura Rey. *La Ciudad Futura* recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Buenos Aires. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Buenos Aires. Distribución en kioscos de Capital: Sinfin. Saavedra 710, Buenos Aires.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675. Suscripción anual: Argentina, u\$s 40.-Exterior, u\$s 60.- Bibliotecas e instituciones, u\$s 80.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.



POLÍTICA

Debate

¿Hay espacio para un radicalismo progresista?

El 30 de setiembre del año pasado, poco después de las elecciones que convalidaron el avance del menemismo a partir de los éxitos iniciales del Plan de Convertibilidad, tuvo lugar la mesa redonda que reproducimos en estas páginas de *La Ciudad Futura*. La misma se realizó en el Ateneo Alicia Moreau de Justo, de la Unión Cívica Radical, local del barrio de Caballito luego destruido por las bombas que allí depositó la intolerancia y el fanatismo de un fascismo criollo que se niega a desaparecer.

Del debate participaron doscientos sociales y dos dignitos políticos. Los primeros, Emilio Tenti Fanfani y Ricardo Sidiarico, son profesores de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigadores del CIEPP y del CISEA, respectivamente. Los segundos, Adolfo Stubrin y Jesús Rodríguez, fueron diputados y funcionarios del gobierno del doctor Raúl Alfonsín. El tema, la definición del progresismo en la Argentina actual, y el papel que puede jugar el radicalismo en esa configuración.

Hasta aquí la "ficha técnica" de una reunión cuyo interés, creemos, se justificará a partir de su lectura. Pero nos interesaría dar un paso más a fin de explicar el por qué de su publicación en nuestra revista. Desde sus inicios *La Ciudad Futura* ha

intentado definir y penetrar en los rasgos del eventual "progresismo" argentino como un escalón superior del compromiso democrático. No es obvio, en este mundo en transformación, el problema de precisar qué significa ser progresista cuando muchos de los valores que sustentaban esa postura en el pasado, hoy se han derrumbado. Así, por ejemplo, un progresista nostálgico puede ser en estos días, sin quererlo, un conservador.

Utilizando una expresión periodísticamente boga, el progresismo se confundiría en la actualidad con el "centro izquierda". Es cierto que en el debate argentino, urgido por la redefinición de identidades ideológicas y políticas, términos como "socialismo democrático", "izquierda democrática" y "centro izquierda" son a menudo propuestos como sinónimos. No creemos que sea así. Pensamos que frente a la coalición populista-conservadora que gobierna al país se abre la posibilidad de una recomposición de fuerzas alternativas capaz de avanzar en un plan de reformas democráticas—esto es, de constituirse en un polo "progresista" de aglutinación—en el que los tres planos de agregación (socialismo, izquierda y centro izquierda) puedan confluir, pero distinguiéndose. Un tema es la reconstitución de un partido socialista, otro la formación de una coalición con fuerzas democráticas de "izquierda" y otro, por fin,

una apertura mayor hacia sectores del "centro" del espectro político ubicados en los grandes partidos tradicionales. Los tres objetivos son valiosos pero necesariamente diferenciables en lo conceptual y también en el tiempo. El "progresismo" los engloba a todos, pero no los confunde.

El debate debe ser, por lo tanto, múltiple y plural, tanto en propuestas cuanto en actores. Y así como en el número anterior publicamos una primera mesa redonda sobre los problemas de la (re)constitución de un partido socialista en la Argentina y hoy nos interesa recoger esta discusión sobre la viabilidad del "progresismo" entre los radicales, en ediciones sucesivas trataremos de indagar sobre los mismos temas a sectores afines de la "izquierda democrática" y también, en lo posible, a peronistas desconformes con el viraje conservador-populista que ofrece hoy el menemismo desde el poder. Es en función de este compromiso amplio que proponemos leer las páginas que siguen.

La Ciudad Futura

Emilio Tenti Fanfani

"Hay un lugar para el progresismo, en la medida en que la política democrática tiene un futuro"

Quiero comenzar la exposición caracterizando brevemente el momento actual, "la coyuntura", como decía el destronado Lenin. A mí, la sociedad Argentina se me presenta como una conjunción de dos imágenes. Una es la del colapso, la gangrena, el bloqueo, el desmoronamiento y la decadencia (de las instituciones, de los modos de hacer las cosas, de las formas de vida, etc.). Pero la Argentina es también una sociedad donde la libertad ha sido recobrada, el diálogo y la convivencia es posible. En síntesis: la sociedad Argentina se me aparece como decadencia y como posibilidad, como bloqueo y como esperanza.

Los intelectuales debemos abandonar toda pretensión de interpretar y de guiar el proceso histórico. Personalmente, creo que es preciso abandonar esa famosa imagen del "intelectual orgánico", "comprometido", seguro e inflexible en sus posiciones, por la de un intelectual consciente de lo múltiple, de lo complejo, intrincado y relativo de la vida social. La pose de dueño y administrador de verdades dogmáticas debe ser reemplazada por una actitud de complejidad siste-

mática, de cautela y mesura en las opiniones. El tiempo presente no es tiempo de seguridades, no es el momento de los conservadores de ideas ni de los guardianes de pueras ortodoxas. Quienes proclaman el fin de las ideologías, por lo general se refieren a las ideologías de los otros, y no a la suya propia. La ideología del fin de las ideologías es la evidencia mayor de que las ideologías no han muerto. Los sistemas de ideas tiene su propia historia, no son entidades inmutables: tienen un origen, se desarrollan, se transforman, desaparecen, etc. Lo que no desaparece es el mercado de las ideas y las representaciones colectivas. Por el contrario, abunda cada vez más la producción de discursos, de ideas, de imágenes, lenguajes, respuestas etc. acerca del mundo y la vida social. Podemos pensar que la modernidad se asocia más con la abundancia de ideas que a su escasez o desaparición. Los que hablan en público (tanto políticos como periodistas, publicistas, sociólogos, etc.) deben dar la batalla del lenguaje para convertirlo en el lenguaje de las cosas, que parte de las cosas y vuelve a nosotros carga-

do de todo lo humano que hemos depositado en las cosas. Hoy, el que gana no es el que tiene la mejor respuesta, sino la pregunta más pertinente e inesperada. No es una época propia para los impacientes y los usuarios de recetas. En otras palabras, no es tiempo de sacerdotes y administradores de verdades establecidas sino de profetas y creadores de lenguajes. Por eso un lenguaje hecho de frases hechas aparece como imposición y a la larga no suscita interés, no interesa a nadie. Leonardo Da Vinci descubrió a los letrados, capaces según él, sólo de repetir aquello que han leído en los libros de los otros, a diferencia de aquellos que como él, hacían parte de los "inventores e intérpretes de la naturaleza y de los hombres".

Pero esto nos lleva directamente al tema del lenguaje. El antidogmatismo, la actitud crítica, el distanciamiento entre nosotros y los sistemas de ideas establecidas no debe hacernos caer en el mundo de la imprecisión, de las vaguedades propio de los pensamientos descuidados y despreocupados por el rigor. Un escritor italiano contemporáneo,

Italo Calvino, nos alerta contra esta tentación del relato lingüístico cuando escribe algo que creo necesario citar: "me parece que el lenguaje está siendo usado de un modo aproximativo, causal, descuidado, lo cual me provoca un fastidio intolerable. No vaya a creerse que esta reacción mía corresponde a una intolerancia hacia el prójimo: el peor fastidio lo experimento cuando me siento hablar a mí mismo. Por eso trato de hablar lo menos posible, y si prefiero escribir es porque escribiendo puedo corregir cada frase todas las veces que sea necesario para llegar no digamos a estar satisfecho de mis palabras, sino por lo menos a eliminar las razones de insatisfacción de las que puedo darme cuenta" (*Lecciones americanas*).

Valle la pena continuar la cita de Calvino. Sobre el mismo tema agrega: "a veces me parece que una epidemia pestilencial se ha abatido sobre la humanidad afectando la facultad que la caracteriza, esto es, el uso de la palabra, una pérdida del lenguaje que se manifiesta como pérdida de fuerza cognoscitiva y de inmediatez, como automatismo que tiende a nivelar la expresión sobre

fórmulas más genéricas, anónimas, abstractas, a diluir los significados a limar los ángulos expresivos, a apagar toda chispa que salte del choque de las palabras con las nuevas circunstancias" (*Ibid.*).

En síntesis, no debe confundirse la actitud problematizante, crítica, con una pérdida de forma en el lenguaje y en los sistemas conceptuales que utilizamos para interactuar con las cosas.

El tiempo que vivimos requiere de hombres capaces de ejercer las facultades creativas propias del *spiritus phantasticus*. Esto es lo que está en la base de la imaginación, y volvemos al pensador italiano: "como repertorio de lo potencial, de lo hipotético, de aquello que no es ni ha sido y que quizás no será, pero que habría podido ser (...) la mente del poeta y en algún momento la mente del científico funcionan según un procedimiento de asociaciones de imágenes que es el sistema más veloz de relación y el más eficaz para eludir las limitaciones de lo posible y de lo imposible. La anafasia es una especie de máquina electrónica que tiene en cuenta todas las combinaciones posibles y elige aquellas que se corresponden con un fin, o que simplemente son más interesantes, placenteras, divertidas" (*Ibid.*).

¿Qué tiene que ver esto con la política, con la representación?

Creo que la crisis de la representación política puede ser entendida como vaciamiento de una forma de hacer política, pero también como una forma de hablar de política. El caso europeo es sintomático al respecto. Justo en este momento del "auge exportador" de las ideas e instituciones de la democracia liberal hacia el este de Europa y gran parte del hemisferio sur, el desgaste de la política democrática es uno de los grandes temas de la Europa Occidental. Los indicadores son abundantes, diversos y sistemáticos. Basta citar la declinación de la participación juvenil en la vida sindical y partidaria (Italia) o bien el fenómeno preocupante de la abstención electoral en Francia. El cuadro siguiente da una idea de la magnitud y de la evolución del fenómeno:

Abstención electoral en Francia

Elecciones	% Abstenciones
1983 (municipales, primer turno)	21,63
1984 (europeas)	43,30
1986 (legislativas, primer turno)	21,53
1988 (presidenciales)	18,61
1988 (legislativas, primer turno)	34,26
1989 (municipales, primer turno)	26,90
1989 (referendum sobre N. Caledonia)	62,96
1991 (legislativas en S. Lazaro)	62,38
1991 (cantonal en un barrio de Marsella)	79,08

FUENTE: *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 12-18 sept. 1991.

Ante esta situación el ex primer ministro socialista de Francia, Michel Rocard sostiene que es preciso "reconectar la corriente con la base del país". Para ello sugiere a todos "los militantes políticos, a comenzar por la cúspide" que "creen un silencio suficiente como para escuchar las inquietudes sordas". Aquellos que tienen un capital político de apoyos extra partidarios tienen tendencia a salirse de él. Sin embargo, pese a los éxitos locales de personalidades extrapartidarios o de líderes que han abandonado a su partido, estos son siempre temporales y de corto alcance. De Gaulle utilizó el instrumento-partido aún cuando hubiera podido prescindir de él. Raymond Barre

fracasó por no tener en cuenta este dato y por estar prisionero de "una visión idílica del diálogo directo de un hombre con el pueblo". Si un movimiento de comunión no se transforma en aparato político, la cosa no camina.

En la Argentina actual el éxito de los "extrapartidarios" (Reutemann, Ortega, etc.) indica, al mismo tiempo, la crisis de una dirigencia política profesional, y la necesidad de la organización política (el "aparato"). La fórmula del éxito político pareciera constituirse en una adecuada dosificación de tres elementos: una personalidad socialmente aceptada, una organización, un proyecto (desde algunas ideas generales hasta un programa o conjunto de soluciones a problemas específicos). Los partidos viven de las ideologías del siglo pasado, pero muchas de ellas han muerto o bien han perdido poder de seducción. Y no dicen nada de las cosas y problemas de hoy. En otros casos nos proponen visiones muy simples acerca de la complejidad de los temas actuales. Otras veces nos hablan de la sociedad como si fuera una aldea, mientras que hoy vivimos en un mundo planetario. Los media han reemplazado a los partidos políticos. Se puede existir políticamente, fuera de los partidos, si se tiene acceso a los medios de comunicación. Los periodistas exóticos tienen un poder tremendo de hacer y deshacer reputaciones políticas. Pero tienen un límite. No pueden hacer para ellos mismos lo que pueden hacer para otros.

Por eso cambian las formas de la política. La mayoría de los ciudadanos participa en política cuando están solos frente a su televisor o cuando contestan un cuestionario que le ofrece un encuestador. La manifestación pública, la militancia y la acción colectiva organizada ya no convoca a las masas. Cuando ocurren, convocan a los desesperados. Ya no es la forma normal de la política, como era en otras épocas históricas no tan lejanas.

La crisis de representación también modifica estructuralmente la oferta programática que los políticos profesionales le hacen al ciudadano. Tradicionalmente se esperaba que los partidos realizaran una vinculación entre una gestión y un conjunto de símbolos. La crisis se manifiesta como ruptura de esta vinculación. En consecuencia tiende a generarse una oferta política relativamente indiferenciada. "Hay una comunidad de profesión y de lenguaje entre la derecha y la izquierda". Habría que prestar más atención a este fenómeno en la medida que una democracia (según señalaba Robert Dahl), se define por la existencia de una oposición legítima. De hecho existe una demanda de oposición, de alternativa. ¿Si esto no es así cómo explicar el éxito relativo del nacionalista de extrema derecha Le Pen en Francia o de Rico en la Argentina? La política como práctica estructurada supone la existencia de una especie de mercado. Por un lado están los productores de representaciones del mundo (los políticos) que monopolizan los recursos políticos fundamentales: el lenguaje y las capacidades expresivas, la información y los recursos materiales. Estos ofrecen sus propuestas a ciudadanos que "consumen" política (optan, eligen, toman posición pero no las construyen) y que cuando más desprovistos están de capital cultural, más obligados están a la "fidelidad", a la "fides implícita" o, en términos más sim-

ples, a la entrega del cheque en blanco a su representante.

Esta distancia entre representantes y representados termina en una especie de separación entre los partidos y los políticos profesionales, los medios de difusión y los periodistas y los ciudadanos comunes. Unos hacen la política, los últimos se convierten en espectadores pasivos. Esto es lo que se denomina "centralización de la política" o la política como espectáculo. Los ciudadanos hacen de público, es decir juegan el papel de sujetos indiferenciados que opinan anónimamente, respondiendo encuestas o bien opinando por teléfono, o bien como "decorado" de escenografías televisivas. La política es una lucha por el monopolio del poder de hacer ver, prever, y hacer creer.

Llegamos entonces, a la fuente de la duplicidad estructural de la política. Por un lado es lucha entre representantes y representados. Por el otro es lucha entre representantes. Aquí está el origen de la doble determinación del discurso y del lenguaje político. Este, muchas veces, se dirige al mismo tiempo a los de adentro (los colegas-rivales en la intema o en la "externa") y a los de afuera, es decir, los que no hacen política, pero votan. En consecuencia, el lenguaje del político profesional se vuelve ambiguo y lleno de duplicidades (el famoso "doble discurso") y va perdiendo potencia expresiva.

No hay soluciones simples para problemas complejos. Pero para democratizar y renovar la política creo que harían falta, al menos, tres cosas:

- socializar al máximo los instrumentos de producción de discursos políticos elevando el nivel intelectual del conjunto de los ciudadanos;
- liberar la política de los aparatos; para ello es preciso ensayar procedimientos de control y participación tales como referendums, plebiscitos, elecciones abiertas, sistemas uninominales, etc.;
- multiplicar los ámbitos decisoriales, fortaleciendo los poderes locales en el nivel municipal, institucional, etc. Pueden (y deben) imaginarse otras estrategias complementarias para renovar y fortalecer la política. Este es el marco en el que se debe inscribir la reflexión sobre la consolidación de un polo de poder progresista en el escenario político nacional.

El espacio político, como el espacio físico, está organizado alrededor de ciertos puntos de referencia que permiten ubicar o definir las posiciones de los actores en el escenario. Izquierda-derecha, conservadores-progresistas, oficialismo-oposición, etc. constituyen tipologías ordenadoras del espacio político. Son expresiones que expresan las bipolaridades estructurales del mundo social conocido: la existencia de dominantes y dominados, hombre-mujer, sol-luna, noche-día, húmedo-seco, crudo-cocido, alto-bajo, arriba-abajo y otras oposiciones analógicas.

En la Argentina actual existe un libro político que asigna papeles progresistas y conservadores, pero hay una confusión de actores. Hay momentos en el desarrollo de las sociedades donde toda la escena tiende a ser ocupada por un actor. La idea de movimiento (que, vale la pena recordarlo, no es patrimonio exclusivo de la tradición peronista) contiene esta pretensión totalizadora que termina siendo totalitaria: querer ocupar todo el espacio, ser el centro, la derecha y la izquierda, al mismo tiempo. En el fondo está la idea de suprimir el movimiento, lo cual está indicando que las bipolaridades citadas constituyen el motor del campo.

Eliminar las oposiciones y eliminar a la oposición es sinónimo de eliminar la política. De esto bastamos bastante los argentinos.

Más allá de las sutilezas y precisiones, ser progresista hoy tiene que ver con:

- a) preocuparse tanto por la justicia y la libertad, como por el crecimiento económico;
- b) la reivindicación del consenso en la diversidad, lo cual conduce a erigir a la tolerancia en el valor supremo y a la desconianza de todos los dogmatismos;
- c) la tendencia a la liberación del hombre de las dos formas básicas de determinismo, la de la escasez (que deriva de la relación de los hombres con la naturaleza) y la de la dominación (que se deriva de la relación de los hombres entre sí); en este sentido hablamos de libertad política, de los límites a todas las formas de poder, etc.

Hay un lugar para el progresismo, en la medida en que la política democrática tiene un futuro. ¿Quién ocupará este espacio una vez que haya fracasado toda tentación movimientista?

La tendencia a ocupar toda la escena debe dar lugar a un posicionamiento más preciso de los actores políticos. La democracia requiere una redefinición de las fronteras y las identidades políticas en la Argentina. Las que actualmente están vigentes (oposición radical-peronista) no obedecen a una racionalidad de futuro. Expresan necesidades políticas del pasado. Claro que las identidades políticas son resistentes, y una vez constituidas tienden a persistir aun cuando hayan desaparecido o estén en vías de desaparecer. Las condiciones objetivas que presdieron su génesis y desarrollo. La persistencia de la intervención militar durante mucho tiempo colocó en el primer plano la oposición política totalitarismo-democracia. Esta fue durante muchos años la "contradicción principal", por decirlo de alguna manera. Hoy, por diversos factores internos y externos, esta oposición no ocupa el mismo lugar de privilegio. Esto no quiere decir que el totalitarismo ya no es un peligro. Por el contrario, hasta los liberales más lúcidos indican que tanto las democracias más antiguas como las más recientes están amenazadas por el totalitarismo de derecha. Pero la progresiva consolidación democrática permite la aparición de otras temas donde se manifiestan oposiciones relevantes.

En la Argentina actual se están dando las condiciones para que el debate político deje de estar monopolizado por el tema de la democracia vs. totalitarismo. La relativa normalidad democrática está haciendo emerger otra serie de contradicciones (privatismo-estatismo, centralización- descentralización, etc.) que constituyen los temas centrales alrededor de los cuales se diferencian las posiciones políticas. En una democracia "normal" las divergencias políticas no son del todo o nada. Se supone que "la democracia" es un patrimonio de todos los actores relevantes del escenario político. La diferenciación se debe dar en el interior de este consenso básico. Es en este nivel donde se desenvuelve la lucha política "normal". Y es en función del tipo de respuesta que se da a estos problemas (de la economía, de la cultura, de la calidad de vida, etc.) donde deben fundarse las identidades políticas. Aquí el disenso no solo es legítimo, sino necesario. El desarrollo de la democracia debe ser patrimonio común de todas las plataformas políticas. Es la condición de

posibilidad de participar en el juego político legal. En otras palabras, la adhesión a los principios democráticos es una cuestión "constitucional" que no debe servir para diferenciarse a ningún partido político actuante en la sociedad nacional.

En consecuencia ser progresista no debe ser sinónimo de ser "democrático". Se debe poder ser conservador sin ser totalitario. Este es uno de los desafíos de la política Argentina actual.

La complejidad de la situación actual se expresa en esta necesidad de realizar al mismo tiempo dos tareas imprescindibles e imposterables:

a) la refundación de las identidades, lo cual obliga a privilegiar el momento de la diferenciación vis a vis de los adversarios;

b) la construcción de los consensos, los acuerdos, o los compromisos que hagan posible una refundación del propio juego político en la Argentina.

Y estas reformas necesarias sólo pueden llevarse a cabo si se reúnen dos recursos básicos:

• Una dosis adecuada de energía político-social (que ningún partido por sí mismo está en condiciones de proporcionar).

• Un horizonte temporal: las reformas institucionales requieren una implementación sistemática y políticas estables para obtener los frutos deseados.

La idea de Segunda República podría ser refutada por las grandes fuerzas políticas nacionales con esta finalidad: puedan ser movilizadas de energías, de aquellas gran-

des dosis de energía social que sólo se manifiestan en los momentos fundacionales, en el mito de los orígenes. Quizás sea preciso renovar el contrato social, reafirmar el compromiso democrático a través de una actualización de la constitución nacional. Sólo así podrán ahuyentarse los fantasmas del totalitarismo y concentrarse efectivamente en el juego de la política normal. No se puede vivir todo el tiempo en período de excepción. Ya los argentinos están demandando soluciones para los problemas cotidianos.

Por otro lado, todo indica que los grandes problemas existen también en sus manifestaciones más pequeñas. La libertad y el totalitarismo también se juegan en el trato que recibimos de los funcionarios públicos.

La justicia se realiza en la calidad y eficiencia de la escuela y del hospital públicos, etc. Cuando los argentinos podamos dedicarnos a debatir estos temas y a proponer soluciones a estos problemas habremos encontrado otras bases para definir las diferenciaciones políticas. Quizás en ese momento las actuales familias y divisiones políticas aparezcan obsoletas y contradictorias. Estas son las condiciones que presidirán la refundación de las identidades políticas.

Y entonces se podrá ser conservador o progresista sin poner en juego lo fundamental. Cuando llegue ese momento, la política en la Argentina habrá dado un salto cualitativo hacia la estabilización del sistema político.

Ricardo Sidicaro

"Un nuevo modelo económico conservador-liberal como el que está en el poder, necesariamente va a generar un espacio para la acción política de tipo progresista"

Yo partiría de hacermela una pregunta para pensar qué es esto de ser progresista. Yo no sé bien que es esto de ser radical, eso saben ustedes, yo no lo soy; pero he meditado bastante sobre qué es esto de ser "progresista". Para pensar qué es ser progresista hay que primero pensar qué es ser conservador. Ser conservador en realidad es poder pensar la sociedad o hacer política pensando en no alterar una estructura, en conservarla. En conservar las distancias sociales, conservar las diferencias entre ricos y pobres, conservar las diferencias entre aquellos que son iniciados en la política y el pueblo que está fuera de la política. Es decir, ser conservador es mantener un cierto tipo de estructura considerándola que es natural y que es conveniente; y no necesariamente eso pasa por que se es reaccionario, sino por que se piensa de una manera determinada. Pero el conservadurismo no es ajeno al progreso de la gente. El conservadurismo, cuando hace política, piensa que se mantienen las mismas distancias y podemos progresar todos. Uno puede pensar como en un barco. En un barco hay una primera, una segunda y una tercera. Si sube la marea sobre todo el barco, pero se mantienen las distancias entre la tercera, la segunda y la primera. Si baja la marea, baja todo el barco y se mantienen las mismas distancias. Es decir, se mantienen posiciones que nos dicen cómo se preservó un tipo de sociedad. Hay estudios que han mostrado que cuando se hunden los barcos, los primeros que se mueren son los de la tercera, porque están abajo de la línea de flotación, y se salvaban mejor los de la primera. En las sociedades pasa algo similar. Ser conservador, digo, no es algo que está en contra del progreso de la gente tampoco. Porque en los países donde el conservadurismo ha gobernado han progresado todos, se puede llegar a mejorar la situación de los ricos, la situación de los medios, la situación de los más pobres. En aquellas sociedades donde hay un cierto crecimiento económico, es más fácil ser progresista. Disputar como se distribuye el ingreso, cómo se participa en cultura, cómo se participa en política. Siendo progresistas se trabaja para achicar las distancias sociales.

Digamos que entre los conservadores mantenemos un modelo de sociedad y un modelo de distancias, y ponerlo en cuestión: "...y por qué no lo alteramos?", "¿es natural, es para siempre? ...¿por qué no lo cambiamos?", eso sería quizás una de las primeras barreras para decir dónde hay un conservador y dónde hay un progresista. Querir cambiar o no esas matrices de la sociedad es importante para definir a unos y a otros. Así como hay un conservadurismo que puede pensarse que hace subir a todos juntos con esta línea del barco y que todos pueden mantener sus distancias, pero todos pueden progresar, hay cierta forma de conservadurismo regresivo donde yo no solamente se trata de mantener las distancias, sino de además pronunciarnos. Los que están arriba más arriba, los que están abajo, más abajo, etc., etc. En general, se puede decir que las clases altas son conservadoras, y en general se puede decir que las clases bajas son más bien progresistas, porque tienen más posibilidades de pelear para tratar de mejorar sus posiciones. Obvio, las distancias altas mantienen su posición y sus distancias. La ambigüedad está en las clases medias. Las clases medias (¿dónde están? Y siempre, cuando uno piensa en partidos que tienen un apoyo fuerte en las clases medias, se suele decir, "...y bueno, están divididos en dos: hay unos que se identifican para arriba y otros que se identifican para abajo"). Hay unos que creen que están más cerca de subir, y hay otros que más bien piensan que podrían hacer alianzas con los de abajo.

Siempre que se ha hablado de radicalismo se menciona un sector que mira "para arriba", y hay otros que les gustaría hacer la alianza "para abajo". Sin hacer una historia del radicalismo, uno sabe que hay dos nombres: Alvear y Yrigoyen. ¿Qué están asociando, quizás no muy correctamente, a esta idea, es decir, unos que creyeran más en la alianza para arriba "Alvear", y otros que creyeran más en la alianza para abajo "Yrigoyen". Es complejo por que, incluso, no es tan así. Alvear introdujo temas novedosos en la política Argentina, y los primeros programas introduciendo la justicia social. Es el programa de 1937, de las elecciones en las que iba Alvear como candidato.

La ambigüedad que suele existir en los partidos que tienen este componente de clase media importante, pasa por una pregunta: si uno representa a las clases medias y trata de expresar sectores que no son los obreros, ni los marginales, ¿no hay una alianza posible a hacerla "para arriba"? Digamos, si hacemos una alianza para arriba podemos llegar a hacer un buen bloque, hacemos clases medias más clases altas. Dentro de todo las clases altas no son muchos, pero tienen los medios, ustedes saben que los empresarios votan dos veces. Son los únicos que pueden votar dos veces, porque ponen un poco de plata para un candidato y otro poco de plata para otro candidato.

Su política de alianzas, es la que puede hacer de un partido de clase media más progresista más conservador. Según cómo va a pensar sus alianzas y cómo va a pensar su ubicación. ¿Qué quiere decir esto? En última instancia, un partido que crea en el poder de las clases altas y la solución de las clases altas, y cuenta con un aval electoral importante en las clases medias, posiblemente, pueda orientarse hacia políticas conservadoras. Quizás gane, ¿por qué no? La combinación distinta es la combinación que se ha hecho cuando los partidos de clase media dijeron "bueno, busquemos apoyo en el amplio conjunto los sectores populares y hagamos una serie de alianzas importantes...". Y a veces así se suelen orientar las corrientes llamadas "progresistas". El gran problema de la Argentina actual es que las clases populares, más bien, parecen conservadoras. Entonces ahí hay un problema que hace que todo esto que planteo se complique. Le da más racionalidad a la opción conservadora en los partidos de clase media. Es decir, no es cierto que solamente en las clases altas hay conservadurismo, sino que la Argentina parece permeada hoy por una cultura conservadora que ha penetrado todos los sectores sociales, incluida la clase media; y en la medida de esto, no es tan fácil esta sumatoria de estas alianzas como yo las planteaba recién de manera formal. Digamos que hoy un partido radical que quiera ser progresista tendría que competir con un menemismo que tiene una alianza entre clases altas y clases populares, con una

estrategia conservadora. De allí que es un difícil dilema para un partido radical (o un partido que tiene lo principal de sus bases en las clases medias), encontrar hoy cómo hacer política progresista. ¿Por qué? Porque en buena medida, además, esas clases medias están entre empujadas, en parte con esta combinación conservadora. Y, por otro lado, buenas partes de estas clases medias están golpeadas por una crisis, que resulta difícil representarla. Quizás consiga hacerlo Rico. Rico tiene una estrategia para encontrar sus apoyos electorales, basada en la nostalgia de una Argentina que tal vez ya desapareció. Y entonces un partido que encuentra bases sociales en ese sector está, en una de las situaciones más difíciles de su historia. Las clases altas ven que "algo paso con ellos", y creen que no son confiables. Las clases bajas, les dudan. Y las clases medias hoy tienen muchas dificultades para ser representadas en política.

La política, en última instancia, es siempre un desafío, tratar de lograr lo posible buscando lo imposible. Es decir, la política es un desafío muy complejo, donde construir una fuerza popular de carácter progresista, con un partido político que no tiene todos sus sectores ubicados en esa perspectiva y hablarle a la sociedad desde esa perspectiva y en este momento tan difícil, puede explicar las razones del avance que en el radical, pueden tener los sectores más conservadores. Sectores conservadores que, como decía en un principio, están en la base, en la historia misma de este país. Sectores como el alvearismo, después el unionismo, mostraron el lugar importante que podría conquistar el pensamiento conservador en el radicalismo. A ellos se opusieron primero los yrigoyenistas y luego la intransigencia que revelaban a su vez las potencialidades y prácticas populares no estaban fuera de sus filas aun en situaciones de hegemonía proconservadora.

Para que haya progresismo hace falta que aquellos que hacen política, no por que sean buenos ni porque "quieran al pueblo", sino que es la forma en que quedan

colocados dentro de la política, encuentren sectores a representar y una perspectiva para distribuir mejor algo. En general uno no puede hacer política diciendo: "a mí me gusta el poder". Esto es duro. Es decir, a los pintores uno les pregunta: "¿por qué pintas?", "por amor al arte" contestan. Cuando uno le dice a un político "¿por qué haces política?" contesta "por amor al pueblo". Allí hay algo que está fallando. En la relación esa hay algo que es extraño. Si uno acepta que uno hace política por que le gusta competir efectivamente por alcanzar posiciones de poder, tiene que saber que es algo como una profesión, una manera de situarse en la cual tiene que hacer una oferta. Y para saber hacer una oferta frente a la sociedad tiene que saber que esa oferta tiene dos posibilidades: si en una coyuntura como la actual quiere actuar como "equilibrista" está condenado a hacer un discurso conservador. Si quiere seguir una cierta ola conservadora que ha penetrado la sociedad Argentina, está condenado a repetir algo que me parece que ya hay alguien que lo está diciendo mucho mejor, y entonces tampoco tendría muchas posibilidades de ganar. Si se lo está así aspirando es al poder, entonces debería pensar si no hay que colocarse en otro lugar.

En general es fácil hacer política progresista en los países que crecen, por que entonces se discuten los frutos del progreso, se discute la economía. No es una casualidad que en los países que no crecen no hay políticas reformistas, sino políticas revolucionarias. (Se puede ser reformista en un país que no crece?) Yo creo que sí. Pero hay que preguntarse que para distribuir cuando no crece la economía.

¿Y qué otras cosas hay para distribuir hoy? Saliendo de la trampa de que la política tiene que mirar nada más que la economía, una orientación progresista en un partido como el radical, tendría que saber descubrir todos los espacios de injusticia social que existen, para saber distribuir. Es decir, descubrir los otros lugares de la política. Salirse de la trampa de si no hay otro modelo económico. Ese es un problema para los economistas y ellos deberán plantear nuevos modelos de crecimiento económico con más justicia social. El problema para el político tiene que ser: cuántas otras (formas) de justicia se pueden introducir en una sociedad para achicar las distancias sociales, como se puede hacer para que en un momento de penuria económica se pueda hacer política progresista, y no decir "no se puede por que la economía no lo permite". Ese es un discurso típico de conservadores. Quiero decir: ¿Cómo se hace para encontrar más igualdad social en la educación, mejores formas de relacionar la sociedad con las instituciones culturales, plantear de nuevos modos la gestión de la salud, los problemas de la ciudad?

Lo que hay para distribuir es el poder social que está en muchos otros lugares. Lo que hay para distribuir es la forma de colocarse frente a la sociedad y frente a la política. Frente lo haga quizás en gente electores, puede ser. Pero quien lo haga va a poder hacer una acumulación de fuerzas que le pueda permitir, en un momento determinado, formularse las mejores alianzas, llegar a mayorías. Es decir: sacar la política de la economía, sacarla del imaginario conservador o de la visión inmediata conservadora, y colocarla en el proyecto de lo que como político progresista uno define, que es transformar la sociedad.

Yo creo que hoy hay una gran posibilidad, hay un gran mercado; pero el radicalismo ya no va a estar solo. Por que el radicalismo va a tener muchas competencias en los bordes, por todos los costados, para hacer política progresista. Pero la U.C.R. no podría, como lo hizo en otras épocas, ocupar su viejo lugar de alternativa al peronismo. Los radicales, en muchos momentos, vivieron de los miedos que daba el peronismo, por ejemplo. Hoy el peronismo ya no da más miedo. En el '91 tuvimos las primeras elecciones sin miedo... Y hoy nada más que un radicalismo que tenga un programa y que sea ofrecido a la sociedad desde una perspectiva de distribución de poder social, de distribución de acceso a la educación, de distribución a todo lo que se puede distribuir, aún cuando la economía esté estancada, y sin quedar prendidos en el mito de que el estancamiento económico impide las reformas sociales, sin aceptar el ajuste y decir: "nosotros hubiéramos hecho lo mismo, pero no nos da miedo". Yo creo que si se sitúa la política en ese lugar hay una posibilidad para el progresismo en Argentina. Y en la posibilidad del progresismo en la Argentina, también hay una posibilidad para los radicales progresistas. Pero no hay una posibilidad para un monopolio del progresismo. Nadie podría llevar por sí solo una propuesta que sea "detrás nuestro, o el caos", por que hoy el conservadurismo está asegurando el funcionamiento de la sociedad. Y, al mismo tiempo, por que cada vez más en nuestra sociedad va a haber gente que va a reaccionar frente a esta forma de conservadurismo excluyente que existe en nuestro país y que no necesariamente tenga, por su historia, un tipo de inscripción en la tradición radical.

Estoy convencido que dada esta configuración de la política Argentina, el espacio del progresismo va a ser cada vez más grande. Es decir, esto no es contradictorio. ¿Por qué? Por que yo creo que efectivamente un modelo económico de tipo conservador-liberal, como el que está ahora en el poder, necesariamente va a generar un espacio, y ya lo deja libre, para una acción política de tipo progresista. Esa acción política de tipo progresista, así como el conservadurismo liberal es un corte de toda la sociedad, esa acción política de tipo progresista es también un corte de toda la sociedad.

Hoy Menem es un extraordinario de este gobierno, si uno dijese que este gobierno es peronista. Es decir, hoy hay un frente hecho con todos los sectores que están constituidos en torno al privilegio y todos aquellos sectores partidarios de mantener una situación, o de conservar una situación de inequidad social. Y eso genera un amplio espacio para otra política.

El gran problema que hay, y que a mí no se me ocurre en absoluto, es: ¿Hasta qué punto no estamos viviendo hoy un momento de transformación total de toda la política? La política Argentina se basó, yo diría, sobre varios patrones fundamentales. Estaban los militares, que eran el partido de recambio, y estaban los peronistas y los radicales. Había tres fuerzas: militares, peronistas y radicales se fueron turnando en el gobierno. Los militares llegaban con coartadas diversas, pero más o menos se fueron turnando permanentemente.

En el '82 las clases dominantes argentinas perdieron confianza en los militares que los ingresaron a la guerra de las Malvinas, los llevaron hacia una situación insostenible. ¿Qué descubren los sectores económicos-culturalmente dominantes de la Argentina? Que hay que hacer ideología, que hay que trabajar dentro de la sociedad. "Desde ahora en más vamos a trabajar en la sociedad de los miedos que daba el peronismo, por ejemplo. Hoy el peronismo ya no da más miedo. En el '91 tuvimos las primeras elecciones sin miedo... Y hoy nada más que un radicalismo que tenga un programa y que sea ofrecido a la sociedad desde una perspectiva de distribución de poder social, de distribución de acceso a la educación, de distribución a todo lo que se puede distribuir, aún cuando la economía esté estancada, y sin quedar prendidos en el mito de que el estancamiento económico impide las reformas sociales, sin aceptar el ajuste y decir: "nosotros hubiéramos hecho lo mismo, pero no nos da miedo". Yo creo que si se sitúa la política en ese lugar hay una posibilidad para el progresismo en Argentina. Y en la posibilidad del progresismo en la Argentina, también hay una posibilidad para los radicales progresistas. Pero no hay una posibilidad para un monopolio del progresismo. Nadie podría llevar por sí solo una propuesta que sea "detrás nuestro, o el caos", por que hoy el conservadurismo está asegurando el funcionamiento de la sociedad. Y, al mismo tiempo, por que cada vez más en nuestra sociedad va a haber gente que va a reaccionar frente a esta forma de conservadurismo excluyente que existe en nuestro país y que no necesariamente tenga, por su historia, un tipo de inscripción en la tradición radical.

El peronismo, como tal, ha desaparecido de la política Argentina. El peronismo era otra cosa, no era esto que hay actualmente. Cuando hay un sistema, y cambian dos elementos, el tercero cambia. Cuando hay un sistema, y el sistema es: Radicales, militares y peronistas, aquellos que estuvieron de acuerdo conmigo mientras yo pensé que los militares cambiaron y que los peronistas cambian, pienso que los radicales van a tener que cambiar. Porque unos se corresponden con los otros.

Entonces, en este juego, hay un cambio fundamental. El cambio fundamental, incluso, se está manifestando ya, actualmente. ¿Qué pasó? ¿Vivieron buena parte de los peronistas? Los peronistas vivieron electoralmente de que los radicales no tenían socialmente, y de que vivieron los radicales? De convivir a los electores de que los peronistas no tenían estabilidad democrática. Los peronistas ya están gobernando, ya hicimos la alternancia, ya hay mucha gente que está convencida que pueden gobernar más o menos democráticamente, pero sin sensibilidad social. Esto cambia las reglas de juego.

Una coalición conservador-liberal en el gobierno. ¿Qué hay afuera? Una amplia sociedad que está colada con demandas que no se las expresa nadie. ¿El partido radical, con sus líneas contradictorias puede expresar esas demandas? Si yo quisiera mucho tiempo de inversión política puesta en el partido radical yo diría: sí. Pero como yo tengo una exterioridad que me permite mirar esto con una objetividad distinta, digo: "...Y no... yo creo que puede ser difícil".

El espacio progresista se puede constituir. Pero ese espacio progresista suma radicales, suma gente que no es radical, suma gente que fue peronista, suma gente que nunca le interesó la política, suma muchos. Y en política no se tiene monopolio. No es: "nosotros llegamos primero y ocupamos el espacio, entonces vienen atrás de nosotros". Además sino se hace una acumulación de fuerzas, después los radicales y quedan a merced de los sectores dominantes. Entonces, la única forma que esto no pase es si se consigue construir un amplio movimiento social que expulse al progresismo, no monopolizado por ningún partido, y encima, menos todavía, monopolizado por un partido que podría tener una franja que en realidad se parece más al conservadurismo liberal que al mundo progresista.

Entonces... Si uno solo podría no podría representar al progresismo, menos podría representar un partido que además, tiene una parte que está más cerca del conservadurismo liberal. Y el resto de la sociedad se quedaría sin expresión. Si por el contrario uno piensa que se va a expresar dentro del radicalismo, que quizás el radicalismo se convierta en algo que puede expresar a todos, puede ser legítimo como aspiración. Pero lo que sí está diseñado actualmente... yo no hago futurología... es el espacio de un progresismo que se opone desde el punto de vista de la equidad social, de mayor democracia, de una mejor distribución de la cultura, de una mayor dignidad nacional, que se coloca frente a esto. Se viene de líneas y de horizontes políticos muy distintos; y lo más interesante, yo diría, es que hay mucha gente que nunca se interesó por la política. El día que toda esa gente que no se interesó en política, entra en política, esos movimientos, son imparables.

Cuando digo "dentro de la gente progresista", en general uno tiende a pensar sólo los que están dentro de la política... porque... cuando vos decís: "Hay sesientos adentro de un salicorno", ¿eso?... eso no importa. Yo digo, la politicidad de mucha gente, que hoy rechaza los partidos, pero que los interesa la política, creo que es esa politicidad la que hay que reconquistar. Es ahí donde se encuentra lo fundamental si se quiere defender la democracia; es decir, frente a esta apatía frente a lo público, volver a despertar el interés por lo público, y saber que en la política es tanto o más importante esa situación de moraje y estancamiento, porque es ahí donde hace falta volver a discutir el mejor uso de todo... Yo tiendo a separar estas temáticas porque hay una forma casi obsesiva de reducir a lo económico, y cuando se reduce a lo económico se termina coincidiendo en las grandes fórmulas, y yo creo que esas grandes coincidencias que hoy se están estableciendo, están dejando de lado muchos aspectos de los grandes debates de la sociedad Argentina, donde tiene que intervenir el progresismo. Es decir, hoy está el debate sobre la educación que salta en los medios, a partir de una anécdota de un adolescente, hasta la ley de la Universidad, las cárceles, los medios de comunicación, la ciudad, etc...

Todo está para discutir. Entonces hay muchas, muchas cuestiones donde yo creo que es importante el rol del progresismo. El día que para entrar en política haya que conocer bien todas las claves de la política, a las que hace referencia el Licenciado Tenti, es día en que pocos los que entran en la política. Y cuando son pocos los que están dentro de la política los sectores económicamente poderosos se imponen mucho más fácil, y el sentido común dirá no se puede hacer de otra forma. Entonces ahí el espacio está bien construido. Nadie dijo que hay una garantía de decir quién va a llenar ese espacio. Pero ese espacio tiene muchos, muchos actores. Hoy se rompió el sistema peronista-militar-radical. Y hay otro.

Adolfo Stubrin

“La seriedad, la conducta, la perseverancia con que hagamos las cosas van a permitir que el radicalismo sea nuevamente un vehículo para el progresismo”

La primera pregunta que me hago, la primera cuestión que conmueve a partir de las elecciones del 8 de septiembre, es cómo va a quedar configurado el panorama político en los próximos años en el país. Las elecciones traen una inquietud. Y es que el peronismo conserva una posición dominante, una posición hegemónica en el panorama de las fuerzas políticas de la Argentina. Lo que hace que sea para nosotros, o para cualquier partido, muy difícil de sacarlo del gobierno en los próximos años, o por un período bastante largo de tiempo. ¿Por qué digo esto? Porque evidentemente me hace treinta días nosotros podíamos creer y decir que íbamos a ganar en estas elecciones del 8 de septiembre una docena de provincias, y luego comprobamos que pudimos ganar apenas las dos provincias que teníamos, más el distrito federal, y no avanzamos un solo casillero en el tablero, esto significa que hay una tendencia hacia la consolidación del poder político del peronismo.

No voy a desconocer que hay ciertas capacidades, cierta eficacia, en el peronismo, que evidentemente le acreditan este mérito o esa ubicación en el centro del tablero. Pero si voy a señalar que hay ciertos defectos tradicionales del peronismo que ellos han sabido convertir en virtudes. Uno de estos defectos es su inconsistencia doctrinaria, su costumbre de representar simultáneamente intereses contradictorios y de asumir simultáneamente discursos contradictorios de hacerlo y de modos sucesivos, pero a una velocidad vertiginosa y sin compromiso ninguno con la propia identidad.

Esta viscosidad del peronismo como fuerza política y la posibilidad de que este ejercicio del gobierno lo haga empalmar con un período de un cierto, relativo, crecimiento económico en la Argentina, con cosas para distribuir, me hace temer por un adecuado funcionamiento del sistema democrático en nuestro país; ya que es evidente que un funcionamiento adecuado del sistema democrático requiere que haya alternancia entre diversos partidos en ejercicio del gobierno. Si un partido se convierte en ganador seguro de las elecciones a lo largo de muchas elecciones, durante un lapso considerable, la democracia subsiste como un procedimiento, como mecanismo formal, pero no se ejerce efectivamente en toda su capacidad.

Si este miedo es fundado, es que estamos frente a una fisión de un sistema político en el que al radicalismo y al resto de los partidos les puede quedar un papel simplemente complementario o de partenaire, es decir, de fiscalizador o de colaborador o de crítico; pero no un papel protagónico y en consecuencia, no en la determinación de a quién le toca gobernar.

De allí que yo pienso fundamentalmente en el radicalismo cuando analizo el resultado electoral; primero, claro, porque yo soy radical y porque estamos en un ámbito radical, pero me parece que a cualquier democracia de la Argentina el problema del radicalismo, en un momento como este, le debería interesar especialmente. Porque el radicalismo es una suerte de reaseguro y de copro-

tagonista natural, pero necesario, de este tramo que la Argentina está viviendo. Y en ese sentido el radicalismo, requiere de nosotros una reflexión, incluso una especie de pensar o de mediar sobre la propia actividad que nosotros como radicales, como militantes, realizamos; y cuáles son los vínculos que nos unen con el partido al que pertenecemos. El radicalismo es fundamentalmente un partido histórico, es una entidad, que, de algún modo, heredamos. Ninguno de nosotros lo inventó. Y en esa condición histórica hay ya rasgos ideológicos como muy definidos, tales que nos mira de indicadores culturales de la sociedad, que determinan en todos nosotros una necesidad de acudir esa inercia y de encontrar nuevamente el movimiento.

La gente percibe que el movimiento es, en primer lugar, desde luego, el funcionamiento de las instituciones democráticas. Pero también le da un valor fundamental a la ruptura de la inercia económica, al problema del crecimiento económico: la mayor creación de bienes y servicios, para tener más cosas que disfrutar, para tener mejores posibilidades personales y grupales de desarrollo. La respuesta al problema del crecimiento económico es una de las claves que definen la existencia o no de propuestas progresistas. No quiero con esto decir que de naturalización; que es necesario ir formulando nuevas respuestas a los nuevos problemas, para ser consecuentes con la única tradición que yo podría decir propiamente tal de los radicales, que es rendir un servicio de manera continuada, durante un siglo, un país con una adhesión casi religiosa al ideario democrático y al ideario liberal - desde el punto de vista político-, a la fidelidad a los intereses populares, podríamos agregar. Pero fuera de esta definición, lo único persistente haber adaptado, sin perder principios doctrinarios, distintas posturas y discursos ideológicos a las distintas épocas de la vida del país. Y en ese sentido es una institución básica de la Argentina. Acá se dijo bien: “los partidos son instituciones básicas e imprescindibles de la democracia”. Yo atterzo esa frase general y digo: el radicalismo lo es. Es entonces, al menos, el intento de responder a la pregunta. La pregunta de la charla es: “¿hay espacio para un radicalismo progresista?”

Y desde luego, antes de responder a toda la pregunta, hay que responder a la primera parte: ¿hay espacio para un radicalismo? Creo que sí, que hay espacio para un radicalismo. Y creo, fervientemente, que si el radicalismo es progresista, más espacio va a tener el partido. ¿Por qué hay espacio para un radicalismo? Porque al haber democracia, desde luego, es necesario que funcione la comparación entre quien gobierna y quien está en la oposición. Y quien critica y propone alternativas, está en condiciones de capitalizarse con la elección ciudadana para llegar al gobierno. Y además porque, si bien se hizo aquí una definición de progreso muy atendible, relacionada con los problemas de las diferencias sociales - el grado de distancia que separa a los pobres de los ricos -, podríamos encontrar otra definición de progreso que sería la de la dinámica social, la

del movimiento, la de la creación de nuevas estructuras. Es la idea más tradicional del progreso. Progreso como evolución, como desarrollo de una sociedad, como modernización, si ustedes quieren. En ese sentido, el dilema de la Argentina de los últimos años es, precisamente, confrontarse a una situación de muchos años de no progreso, a una situación de verdadero estancamiento. Un estancamiento que está en las cifras de la economía — que no ha crecido — y también en ciertos rasgos de descomposición de la sociedad (no sé si llega a descomposición, pero sí de atraso de indicadores sociales, de indicadores culturales de la sociedad), que determinan en todos nosotros una necesidad de acudir esa inercia y de encontrar nuevamente el movimiento.

La gente percibe que el movimiento es, en primer lugar, desde luego, el funcionamiento de las instituciones democráticas. Pero también le da un valor fundamental a la ruptura de la inercia económica, al problema del crecimiento económico: la mayor creación de bienes y servicios, para tener más cosas que disfrutar, para tener mejores posibilidades personales y grupales de desarrollo. La respuesta al problema del crecimiento económico es una de las claves que definen la existencia o no de propuestas progresistas. No quiero con esto decir que de naturalización; que es necesario ir formulando nuevas respuestas a los nuevos problemas, para ser consecuentes con la única tradición que yo podría decir propiamente tal de los radicales, que es rendir un servicio de manera continuada, durante un siglo, un país con una adhesión casi religiosa al ideario democrático y al ideario liberal - desde el punto de vista político-, a la fidelidad a los intereses populares, podríamos agregar. Pero fuera de esta definición, lo único persistente haber adaptado, sin perder principios doctrinarios, distintas posturas y discursos ideológicos a las distintas épocas de la vida del país. Y en ese sentido es una institución básica de la Argentina. Acá se dijo bien: “los partidos son instituciones básicas e imprescindibles de la democracia”. Yo atterzo esa frase general y digo: el radicalismo lo es. Es entonces, al menos, el intento de responder a la pregunta. La pregunta de la charla es: “¿hay espacio para un radicalismo progresista?”

Y desde luego, antes de responder a toda la pregunta, hay que responder a la primera parte: ¿hay espacio para un radicalismo? Creo que sí, que hay espacio para un radicalismo. Y creo, fervientemente, que si el radicalismo es progresista, más espacio va a tener el partido. ¿Por qué hay espacio para un radicalismo? Porque al haber democracia, desde luego, es necesario que funcione la comparación entre quien gobierna y quien está en la oposición. Y quien critica y propone alternativas, está en condiciones de capitalizarse con la elección ciudadana para llegar al gobierno. Y además porque, si bien se hizo aquí una definición de progreso muy atendible, relacionada con los problemas de las diferencias sociales - el grado de distancia que separa a los pobres de los ricos -, podríamos encontrar otra definición de progreso que sería la de la dinámica social, la

del movimiento, la de la creación de nuevas estructuras. Es la idea más tradicional del progreso. Progreso como evolución, como desarrollo de una sociedad, como modernización, si ustedes quieren. En ese sentido, el dilema de la Argentina de los últimos años es, precisamente, confrontarse a una situación de muchos años de no progreso, a una situación de verdadero estancamiento. Un estancamiento que está en las cifras de la economía — que no ha crecido — y también en ciertos rasgos de descomposición de la sociedad (no sé si llega a descomposición, pero sí de atraso de indicadores sociales, de indicadores culturales de la sociedad), que determinan en todos nosotros una necesidad de acudir esa inercia y de encontrar nuevamente el movimiento.

La gente percibe que el movimiento es, en primer lugar, desde luego, el funcionamiento de las instituciones democráticas. Pero también le da un valor fundamental a la ruptura de la inercia económica, al problema del crecimiento económico: la mayor creación de bienes y servicios, para tener más cosas que disfrutar, para tener mejores posibilidades personales y grupales de desarrollo. La respuesta al problema del crecimiento económico es una de las claves que definen la existencia o no de propuestas progresistas. No quiero con esto decir que de naturalización; que es necesario ir formulando nuevas respuestas a los nuevos problemas, para ser consecuentes con la única tradición que yo podría decir propiamente tal de los radicales, que es rendir un servicio de manera continuada, durante un siglo, un país con una adhesión casi religiosa al ideario democrático y al ideario liberal - desde el punto de vista político-, a la fidelidad a los intereses populares, podríamos agregar. Pero fuera de esta definición, lo único persistente haber adaptado, sin perder principios doctrinarios, distintas posturas y discursos ideológicos a las distintas épocas de la vida del país. Y en ese sentido es una institución básica de la Argentina. Acá se dijo bien: “los partidos son instituciones básicas e imprescindibles de la democracia”. Yo atterzo esa frase general y digo: el radicalismo lo es. Es entonces, al menos, el intento de responder a la pregunta. La pregunta de la charla es: “¿hay espacio para un radicalismo progresista?”

La gente percibe que el movimiento es, en primer lugar, desde luego, el funcionamiento de las instituciones democráticas. Pero también le da un valor fundamental a la ruptura de la inercia económica, al problema del crecimiento económico: la mayor creación de bienes y servicios, para tener más cosas que disfrutar, para tener mejores posibilidades personales y grupales de desarrollo. La respuesta al problema del crecimiento económico es una de las claves que definen la existencia o no de propuestas progresistas. No quiero con esto decir que de naturalización; que es necesario ir formulando nuevas respuestas a los nuevos problemas, para ser consecuentes con la única tradición que yo podría decir propiamente tal de los radicales, que es rendir un servicio de manera continuada, durante un siglo, un país con una adhesión casi religiosa al ideario democrático y al ideario liberal - desde el punto de vista político-, a la fidelidad a los intereses populares, podríamos agregar. Pero fuera de esta definición, lo único persistente haber adaptado, sin perder principios doctrinarios, distintas posturas y discursos ideológicos a las distintas épocas de la vida del país. Y en ese sentido es una institución básica de la Argentina. Acá se dijo bien: “los partidos son instituciones básicas e imprescindibles de la democracia”. Yo atterzo esa frase general y digo: el radicalismo lo es. Es entonces, al menos, el intento de responder a la pregunta. La pregunta de la charla es: “¿hay espacio para un radicalismo progresista?”

La gente percibe que el movimiento es, en primer lugar, desde luego, el funcionamiento de las instituciones democráticas. Pero también le da un valor fundamental a la ruptura de la inercia económica, al problema del crecimiento económico: la mayor creación de bienes y servicios, para tener más cosas que disfrutar, para tener mejores posibilidades personales y grupales de desarrollo. La respuesta al problema del crecimiento económico es una de las claves que definen la existencia o no de propuestas progresistas. No quiero con esto decir que de naturalización; que es necesario ir formulando nuevas respuestas a los nuevos problemas, para ser consecuentes con la única tradición que yo podría decir propiamente tal de los radicales, que es rendir un servicio de manera continuada, durante un siglo, un país con una adhesión casi religiosa al ideario democrático y al ideario liberal - desde el punto de vista político-, a la fidelidad a los intereses populares, podríamos agregar. Pero fuera de esta definición, lo único persistente haber adaptado, sin perder principios doctrinarios, distintas posturas y discursos ideológicos a las distintas épocas de la vida del país. Y en ese sentido es una institución básica de la Argentina. Acá se dijo bien: “los partidos son instituciones básicas e imprescindibles de la democracia”. Yo atterzo esa frase general y digo: el radicalismo lo es. Es entonces, al menos, el intento de responder a la pregunta. La pregunta de la charla es: “¿hay espacio para un radicalismo progresista?”

redunde en beneficio de un fortalecimiento institucional. Si los partidos son las instituciones básicas de la democracia, si el radicalismo es uno de los partidos típicos del sistema de partidos de la Argentina, el fortalecimiento institucional nuestro va a rodar en un beneficio directo al sistema democrático. Y la posibilidad de que el progresismo, como en Yrigoyen, como con Alfonsín, ocupe un lugar protagónico en la conducción del estado, y los sectores más populares lo hagan de su mano, depende de las estrategias que nos demos en el interior del radicalismo, y sobre la base de la evolución de su organicidad, quienes nos formulamos esta pregunta sobre el futuro de un radicalismo progresista. En rigor la seriedad, la conducta, la perseverancia, con la que nosotros hagamos las cosas, van a permitir que el radicalismo nuevamente sea un vehículo para el progresismo en la conducción del país. En cierto sentido el hecho de que yo me identifique como progresista, no me hace ser radical con beneficio de la sociedad. Yo soy radical pero no “de los de tal”. Yo soy radical integralmente. De una institución que es responsable ante la sociedad de sus programas, de sus candidatos, de su historia, de su futuro, de sus propuestas, de la actuación de sus bloques parlamentarios. No cabe la esquizofrenia, ni imaginarios tales que yo haga del radicalismo la parte que me gusta y deje la que no me gusta para que sea el radicalismo de mi contrincante interno. Hay una unidad que es responsabilidad de los militantes resolver ante el pueblo, a los efectos de ganar en coherencia, de ganar en legitimidad, y de ofrecerle a la sociedad, que hoy está ausbando la posibilidad de romper la inercia del estancamiento, un modelo de crecimiento de su vida social, incluida su vida económica, política y cultural, con adecuados niveles de participación. Es decir, una sociedad Argentina que crezca velozmente, como no hay más remedio que hagamos, pero que lo haga a la vez con una fuerte tributación a la equidad social.

Hay no solamente un problema de lenguaje para los políticos. Hay un problema de objetivos, también. No hay solamente un problema técnico, en que nos convirtamos en grandes especialistas de distintas materias. Sino que hay, también, que preguntarse desde dónde elegimos intentarlos. Por eso mi preocupación no es mejorar a unopolismo considerado aisladamente, a un oficinista de la política eficaz. Quiero que haya esa sistematicidad de construir o de reconstruir al partido mismo que es la gran unidad de construcción que el pueblo tiene para con los militantes.

Nosotros podríamos ser políticos en un sentido “marxista”, es decir, navegantes solitarios que ocasionalmente subimos a un barco, después a otro y así sucesivamente. Resolvimos ser, por lo menos los que estamos acá, lo que se llama hombres de partido. Y llamarse hombre de partido no significa simplemente ser “un perro fiel”. Significa tener “conciencia de colectividad”. Es decir formar parte de una subjetividad que lo excede a uno, y encarnar colectividad, colectiva, federativamente, la visión política. Esto es lo que nosotros tenemos como condición primera. Como condición en el mundo creo que nos falta definirnos con objetivos claros. Estos que nosotros somos, los miembros del partido radical, tenemos que definimos frente a ciertos requerimientos que el pueblo quiere de nosotros hoy. ¿Estos requerimientos son de que “vayan a crear el polo progresista de la sociedad”?... Puede ser... dentro de algún tiempo, un

mediano plazo, que esta sea la gran prioridad. Pero yo creo que hoy, a fines del '91, lo que nosotros tenemos que definirle a la sociedad es una cosa más acuciante, más actual, que el problema de los dilemas entre el crecimiento económico, es decir, la ampliación de las oportunidades de progreso y las cuestiones de la justicia.

Hoy da la impresión de que ser justo consume futuro. Consume la posibilidad de crecimiento. Y en cambio que tener crecimiento, tener más futuro, tener más oportunidades requiere ser injusto. Y este es el gran dilema al que el radicalismo no ha podido responder. Hay políticos de nuestro partido que dicen: “... bueno... seamos injustos con tal de crecer y poder dar respuestas más adelante. Y otros políticos de nuestro partido que han dicho “no debemos ser injustos en ninguna circunstancia y aunque nos cueste crecimiento, seamos justos, antes que nada”.

Esta contradicción, esta dicotomía, ha provocado una cierta desfiguración del radicalismo, a los ojos de la ciudadanía, una cierta contradicción. Yo pienso que este es el gran problema que nosotros tenemos.

El tercer asunto es el que decía Tenti muy bien. Hay que encontrar el idioma con que transmitir las cosas. Pero de nada vale que tengamos un idioma fantástico, si los sabemos adónde queremos conducir a la sociedad, o qué camino aconsejamos a la sociedad que sea adoptado. Y de nada vale que sepamos el camino y que manejeamos el idioma si no tenemos la entidad, el instrumento, el actor social, el sujeto con el que estamos hablando a la sociedad. Y ese es el partido político. Por eso para mí la secuencia es: primero construir el radicalismo, y contribuir así al perfeccionamiento del sistema de partidos, de un conjunto de actores que van a actuar esta escena... Segundo, proponer objetivos o proyectos más o menos inmediatos a la sociedad conforme las propias prioridades que la vida social nos va pautando, y no conforme hipótesis que nosotros creemos que van a tener lugar. Yo también creo que va a tener lugar, una gran demanda de progresismo social en Argentina, en el mediano plazo. Pero no es hoy el tema acuciante de la inmensa mayoría de la gente.

Y en tercer lugar los métodos políticos, los idiomas políticos, los estilos, las maneras de vincularnos, los modos de recabar representatividad, los modos de rendir cuentas, los modos de dar garantías del tipo de acción que se realiza, los modos de perfeccionarse para ejercer desde el gobierno con idoneidad funciones que se nos asignan, teniendo esa actitud técnica y que solamente si se tiene partido, institucionalmente, puede darle a su gente.

Yo siento que el problema nuestro es, en este momento, de contradicciones, o diferencias internas entre nuestros dirigentes, ya lo dije antes, que están afectando nuestra imagen pública, e impidiéndonos saber exactamente cuál es nuestra mejor posición, dentro tenemos que ir, qué propuestas debemos expresar. Esto responde a que somos un partido extremadamente abierto, y que somos más un partido que representa, en el sentido del conjunto de sectores sociales que influyen sobre nosotros, que un partido que actúa o proyecta posiciones sobre aquellos sectores sociales. Es decir, somos hoy por hoy un partido tan abierto, que estamos formados mucho más por lo que se da en llamar la opinión pública, por los puntos de vista de los diferentes grupos que nosotros

dirigentes traen al seno del partido, que un grupo institucional con capacidad de opinar con cierta autonomía con respecto a la realidad, y llevar esa opinión a la consideración del pueblo. Entonces estamos más hechos nosotros por la realidad que lo que nosotros estamos en condiciones de modular la realidad. Y este pequeño drama es un gran desafío práctico y político, que consiste en que en el interior del partido, y necesariamente en un lugar visible y accesible a todos los protagonistas de la vida partidaria, tenga lugar el debate y el procesamiento de las diferencias, de las contradicciones, de las interpretaciones divergentes que los dirigentes hoy tienen y que pasan por la vida política sin prácticamente ningún control partidario. ¿Cuáles son los modos a través de los cuales el radicalismo sobrevive a estas contradicciones de sus dirigentes? A veces el liderazgo, que hemos usado muchas veces, que resume en la personalidad de un gran dirigente estas diferencias. En otras oportunidades el mecanismo del consenso, del consenso, es decir, estar en desacuerdo en un montón de cosas de las que no hablamos y hablamos sólo de la pequeña cantidad de cosas en las que sí estamos de acuerdo, específicamente la declaración de comités de “viva la libertad y la justicia”, pero no decir nada de lo que realmente pasa. Y una tercera variante que es, tal vez, proponerse en el grupo el programa completo que uno cree que corresponde al radicalismo, y salir a decaitar a los demás grupos para imponer el programa a través de una suerte de “toma del partido”. Esta visión, si se quiere un tanto jacobina o tremenda, que existe también en nuestra cultura política y que supone que un grupo debe virtualmente “arrasar” al otro, aniquilarlo, para poder adelantar con sus ideas en el seno del partido.

Pienso que en las actuales circunstancias ninguno de estos caminos va a llenar el “vacío” que sentimos de posiciones coherentes del radicalismo. Y tengo una tesis que es que si el radicalismo consigue un mecanismo de ventilación de las diferentes posiciones, interpretaciones de la realidad y perspectivas ideológicas que se dan en su seno, por lo menos de las principales de ellas, puede llegar a elaborar un programa de acción para la sociedad, lo suficientemente coherente como para ser atractivo y, además, ser compatible con, si se quiere, con el arco progresista y los intereses más populares de la sociedad. Tengo esa hipótesis, creo que puede ser así, en la medida en que nosotros articulamos sectores, como dije antes, interesados muy especialmente en el progreso económico, en el desarrollo de un capitalismo nacional, que está actuando en la Argentina desde las últimas décadas, y también representamos a sectores que sufren los abusos o los excesos de un eventual desarrollo de un capitalismo privado en la Argentina. Y podríamos llegar a sintetizar estas dos posiciones en un programa coherente que contemple la participación del estado en la representación del conjunto social, en la corrección de los desequilibrios, en la fijación de una estrategia global para el país, en su inserción internacional, etc., etc.

Yo creo en esto tanto, que pienso que el sistema político argentino, o el sistema de partidos de la Argentina, va a seguir como lo conocemos. Cuando aquí se dice “el peronismo ya no es el peronismo”, se tiene razón desde un punto de vista de los contenidos, de los discursos, de los significados sociales que conocíamos, etc. Pero en otro plano el peronismo sigue siendo el peronismo. Y lo maravilloso no es que haya dejado de ser el

peronismo conocido, sino que habiendo dejado de ser el peronismo conocido sigue siendo el peronismo, puede llamarse tal, puede actuar como tal, y puede recoger todo el componente histórico tradicional potenciándolo y poniéndolo en una nueva función. Esta es la moda que el peronismo, lo peligroso del peronismo es su extraordinaria plasticidad y su carencia de significados. Pero esto habla desde el peronismo, de algo comparable en lo que nosotros podemos hablar del radicalismo: una gran flexibilidad de las configuraciones políticas tradicionales de la Argentina ante diferentes situaciones históricas. Es como el caso norteamericano. El partido demócrata y republicano, estando desde los tiempos de la independencia y pasan los siglos y son los mismos partidos. Y hay desde luego izquierdas en los EE.UU., ¿hay derechas, y hay intereses sociales, y hay intereses de la alta burguesía, y hay tendencias a la igualdad, y hay tendencias a la diferenciación, y hay tendencias a la opresión, y hay tendencias a la libertad... y los dos partidos son siempre los mismos, pero la persistencia de los partidos políticos depende, en ciertos sistemas, de los alineamientos con las ideas o con las ideologías. Y en otros sistemas depende de la flexibilidad de esos organismos, para adaptarse a las nuevas circunstancias. Yo no estoy en condiciones de afirmar categóricamente que el sistema de partidos en la Argentina es igual al norteamericano. Pero me atrevería a refutar la afirmación de que el sistema de partidos de la Argentina es igual al francés, o va a ser igual al francés. Creo que no. Creo que, si el radicalismo ha vivido cinco años, y el peronismo llega a cincuenta, y además el peronismo tiene estas transformaciones tan extraordinarias, y si nosotros hemos podido realizar una serie de adaptaciones; lo más probable es que el sistema de partidos va a recoger las distintas tareas de las distintas épocas, y vaya adaptándose a los requerimientos de los distintos sectores sociales, sin cambiar su composición.

Otro equívoco, puede que yo no estoy en condiciones de negar, por que puede ocurrir, es que los distintos componentes de los partidos que hoy están alineados bajo la forma tradicional de radicalismo - peronismo, etc., se liberen de sus compromisos partidarios y se reagrupen o se alineen en base a otros parámetros, ya sea ideológicos, por razones de izquierda-derecha o por doctrinas sociopolíticas, etc., etc.

Es posible. Yo no lo propicio en este momento. Creo que no es lo más conveniente o lo más directo para un genuino sistema de representación popular, y para una correcta formación de la conciencia ciudadana de la Argentina. En este momento creo que no. Pero evidentemente subyace una discusión larvada que pocas veces se pone sobre la mesa que, indica que, mientras algunos estamos firmemente convencidos de la resistencia de la configuración actual del sistema de partidos para adaptarse a nuevas circunstancias y requerimientos sociales, otros son totalmente descreídos en esta elasticidad o en esta capacidad de resistir y adaptarse.

Y mientras algunos juegan a la adaptación, otros especulan con la no adaptación. Y creo que esto es malo en sí mismo porque hay que convertirlo, hay que ponerlo sobre la mesa y decir: “¡amputamos a un reagrupamiento, a un realineamiento político en la Argentina en el que los progresistas del radicalismo, de la izquierda, del peronismo, o la gente de izquierda de las distintas filaciones políticas se ponga junta, y los con-

vadores de las distintas filiaciones se pongan juntos, y cambiamos el arco. Yo entonces creo que estas ingenierías no funcionan, no creo en ellas, no estoy en disposición de ánimo hoy de alentarlas, bueno... para algo soy radical, y creo, tengo confianza y fe de que el partido (sí, también fe, en el sonido de la parte de creencia que puede haber en



Jesús Rodríguez

"En definitiva se trata de la búsqueda del nuevo paradigma de los sectores que nos suponemos populares, transformadores, modernos y progresistas"

Hay un tema que me parece central, que es la crisis por la cual están pasando todos los movimientos progresistas o transformadores en América Latina. Crisis que vale para el radicalismo, crisis que vale para el ARESCO en Venezuela, crisis que vale para el APRA en Perú, crisis que vale para el PMDB en Brasil, que ha desaparecido, crisis que vale incluso para el Partido Colorado uruguayo, que hizo una gestión económica razonable, y el propio candidato oficialista perdió la interna del Partido Colorado. Entonces aún cuando esté pasado de moda teóricamente, mi visión es que nosotros hoy, nosotros los radicales, estamos con la vieja pregunta de "qué hacer", sobre la base de tener, me parece, algún dato de la realidad que no puede ser omittido.

Entre mayo del '89 y septiembre del '91, muchos de nosotros creímos que la base social que le dio el triunfo a Menem en agosto del '90, tenía una cuota de frustración o desesperanza o decepción, sobre la base del argumento de la traición que Menem había exteriorizado con su gestión de gobierno en su propuesta política. El argumento en sí del "Grupo de los 8" era ese, la traición de Menem. Traición que se ejemplificaba con el "salariozo" ausente y la "revolución productiva" inexistente.

Uno de los datos políticos centrales que no puede ignorarse es que ese argumento ha desaparecido de la escena política Argentina. Hoy hay un voto mayoritario, 42 % de los votos del día 8 de septiembre, que han dicho, no que votan las desdichadas de Menem o que votan el indulto o que votan cualquiera de las barbaridades que se anunciaron; pero en todo caso, sí, quiere decir que tienen un peso relativo menor, que todos los componentes extraeconómicos que para nosotros tienen una cuota importante en la escala de valores que nosotros estaríamos dispuestos a aceptar, o a la que a nosotros nos gustaría que efectivamente estuviera en la valoración social.

Creo que muchos de nosotros también pensamos antes de la elección, que la cercanía, la vecindad o la aproximación de la UCeDe a Menem iba a terminar contribuyendo a la dilución de la experiencia o la expresión política "Partido Justicialista", que la iba a contaminar. Pero terminó siendo al revés. La cercanía y la vecindad de la UCeDe con el Justicialismo, lo que hizo fue terminar de diluir la expresión política UCeDe en la Argentina.

Otro dato de la elección, que me parece que no puede ser ignorado, es que todos los pronósticos "Fujimoristas" del año '90 terminaron logrando su fracaso. El año '90

del Fujimori argentino, el Sr. de Estrada, tan alentado por algunos medios de comunicación social, en la provincia de Buenos Aires, ni existió. Ubalindi, que pretendía expresar ese voto contestatario de protesta al modelo, y en representación de la traición, terminó lejos de quien finalmente lo expresó en alguna medida, que fue (Aldo Rico).

Entonces, me parece, que es cierto, como cada uno de nosotros presume o intuye, que estamos frente a un proceso político en el cual se da la paradoja de que las víctimas votan a los victimarios, donde terminamos conformando una coalición social donde se juntan y venen la base social del Justicialismo tradicional pero a la cual se le agrega la ideología de los grupos dominantes; y que estamos frente a un proyecto que tiene rasgos distintivos muy potentes, muy claros, muy decisivos en cada una de las facetas, con una, sin duda, ampliación de la brecha social, para decirlo en los términos del último documento de la Iglesia, o desindustrialización de esta sociedad, etc....

Entonces estamos frente a un proyecto que, no sé si le cabe la categoría de liberal-conservador, o de émulos de modelos peralidos de los de Thatcher o de Pinochet, pero lo cierto es que éste es un proyecto político, económico y social que está destinado a cambiar lo que conocimos de la Argentina, estamos hablando de otra Argentina. De otra Argentina que no sé cuántos rasgos distintivos va a tener, pero que es una vida parecida al siglo XXI, pero para muy poca gente.

De lo que se trata, creo yo, y en buena medida es lo que estamos haciendo hoy, es tratar de registrar cada uno de estos cambios, que no creo que pueda ignorarse, además, que implican una suerte de retroceso cultural. A mí me gusta poner como ejemplo lo siguiente: Finales del año '83 el Congreso de la Nación votó, casi por unanimidad, equiparar la pena del torturador a la del homicida—yo no soy abogado, pero creo que en ninguna parte del mundo existe una igualdad de pena para estos tipos de delito—y nosotros estuvimos diciendo estos últimos meses, cómo era posible ser aceptado en Argentina un poquito de tortura, "un poco sí, pero mucho no", y el paradigma de Patti, en todo caso, refleja esto. Por eso creo que una reunión como esta

es muy buena para nosotros. Creo que son el tipo de cosas que tenemos que hacer, esto es, no enclaustrarnos, encapsularnos, puertas adentro de los comités, sino en todo caso, generar un espacio para escuchar, interactuar, y conocer la opinión de quienes no forman parte de esta lógica política, que es la de un partido, la UCR. Tomo algunas de las cosas que se dijeron, muy brevemente.

Lo de Tenti sobre el lenguaje, es rigurosamente cierto. Nosotros tenemos toda la propensión a hablar en una suerte de código, partiendo de la base de que el otro escucha y sabe decodificar lo que nosotros estamos diciendo. Pero a eso hay que agregarle otra cosa, que es algo así como el bajo nivel de debate en la política Argentina. Pongamos un ejemplo: Se discute en la reforma del estado y las privatizaciones. ¿Quién está en contra de que el estado deba ser reformado? Pero no hay un sólo y unívoco camino de reforma del estado. Entonces, cuando aparece lo de Enel y la privatización, muchos como nosotros desde el partido, y quienes otros, dijimos: "cuidado, así como vamos, vamos mal, por que hay garantías de rentabilidad, porque hay tarifas exorbitantes, porque no hay competencia, porque no hay riesgo empresario y porque no sé cuántas cosas", la caricatura era: el gobierno, María Julia, Menem, que quieren privatizar, reformar el estado, versus estos "rogolistas" que no entienden que hay que reformar el estado. Esta era la caricaturización de la realidad. Y esto vale para cincuenta ejemplos más.

Así digo, del lenguaje es cierto. Pero cuidado, en términos de qué es lo que se está reclamando, porque lo que se está reclamando es que uno diga sí, y no importa cómo, haciendo casi como una veneración del título "reformador del estado, inserción internacional, mejora del aparato productivo, modernización etc.", cuando el contenido o el índice de estos temas no es necesariamente compartido por todos.

La intervención de Sidicaro me pareció que apuntaba a decir: "hablemos de todo lo demás, menos de la economía; hablemos de cómo hacemos para democratizar esta sociedad, y hagamos caso omiso del fenómeno de lo que estamos viviendo". Creo que sería una posición muy cómoda para nosotros, para el radicalismo, sobre todo, porque tenemos ahí nuestro mayor talón de Aquiles. Pero creo que ahí reforzaríamos la "ajenidad" o la distancia entre la propuesta, la preocupación de un partido político, y la gente. Creo que si nosotros recorriéramos ese camino, estaríamos profundizando el aislamiento que en alguna medida existe entre los partidos políticos y la sociedad.

sus actitudes históricas) está en condiciones de interpretar correctamente, actualizadamente, a la sociedad, sin necesidad de dividirse, sin necesidad de perder un ala entera (se puede perder alguna gente, eso es inevitable) y sin perder su compromiso histórico con su tradición progresista dentro de todo su conjunto de tradiciones democráticas.

Porque la demanda, el clamor, la urgencia, es: cómo se mejora la calidad de vida, cómo se consigue ocupación, cómo hay mejores servicios, etc., etc. Me parece que estas son, tratando de responder a la pregunta del "qué hacer", y teniendo de antemano la idea de que esta crisis del pensamiento político progresista no es patrimonio de la UCR, ni de los sectores progresistas de Argentina, ni de la Argentina, sino de todos los partidos populares, de América Latina al menos, que no pasa, y así coincido plenamente con Adolfo, con esta idea de: "¡juntos o reuamos a todos los progresistas!". ¿Por qué? Porque ese razonamiento de que juntos o reuamos a los progresistas, se aplica a las fuerzas de izquierda. Uno de los resultados de la elección, me parece, es que la fragmentación de la izquierda terminó por dividir y evitar que tuviera una representación mucho más amplia de la que efectivamente tuvo. Pero tengo la sensación de que eso no se resuelve con el encuentro de "Unión e Benevolencia", donde se reunieron desde troskistas hasta a stalinistas hasta algunos socialdemócratas junto con socialcrístas... ¿Qué punto de coincidencia puede haber ahí? Ninguno. Entonces este mito de la unión de la izquierda, sin contenido y sin para qué, es una respuesta espasmódica ante una situación que no se compadece con los requerimientos de estos tiempos. Me parece que si nosotros decimos: "bueno, reuamos a todos los progresistas del radicalismo, del peronismo, de otros partidos, etc., etc.", podría llegar a pasarnos lo mismo. Para terminar, en todo caso a mí me gustaría decir que cosas como estas que estamos haciendo aquí esta noche, son las cosas que necesitamos hacer. Reuniones de este tipo, donde coexistimos y convivimos votantes del radicalismo y no votantes, militantes del radicalismo y no militantes, afiliados al radicalismo y no afiliados, son las cosas que se espera que nosotros hagamos y son las cosas que nosotros debemos hacer.

Yo estoy seguro de que cada uno de nosotros se va hoy con algo aprendido o con una cosa más clara de cómo llegar. Me parece que si a eso le agregamos la práctica política del debate, la discusión, la búsqueda de encontrar el nuevo paradigma, porque en definitiva de eso se trata, el nuevo paradigma de los sectores que nos suponemos populares, transformadores, modernos y progresistas en la Argentina, dentro de la UCR al menos, entonces el saldo positivo de reuniones como la de esta noche está garantizado. Seguramente no vamos a coincidir todos con todo, pero también estoy seguro de que cada uno de nosotros habrá aportado algo al conocimiento colectivo. ¶

DEFINICIONES

Las siete ideas-fuerza de la izquierda, hoy

Michel Rocard

Esta es una entrevista al dirigente socialista francés realizada por Fernando Adornato y Gabriele Invernizzi para la publicación *Dissent*, número de invierno de 1991.

¿Qué significa la palabra "izquierda" para el siglo veinte? ¿Destrucción o creación?

Creación. Siempre. Por definición la palabra "izquierda" evoca dos conceptos al mismo tiempo: por un lado, aspiraciones, puntos de referencia, valores éticos y por el otro, un sistema de racionalizaciones, basado sobre dichos valores, esto es, un conjunto de prescripciones sociales acerca de cómo llevar a cabo la acción pública. En un momento en que algunas racionalizaciones, aquellas que se han vuelto perversas, están cambiando profundamente, si no colapsando, es necesario recordar que desde un punto de vista ético nada ha cambiado. Todavía quien habla de "izquierda" se está refiriendo a "una voluntad de cambio, a más justicia, más igualdad, más democracia, más pluralismo".

De manera que en cuanto a los supuestos básicos su opinión es positiva.

Antes de pensar en los supuestos básicos es necesario examinar el segundo significado de la palabra "izquierda", lo que llamé el sistema de racionalizaciones de los valores de la izquierda. Por debajo de ese sistema estuvo siempre la implícita y bastante estúpida hipótesis de que a fin de liberar al hombre (que es básicamente bueno) de los males del capitalismo, de la propiedad privada, de la ganancia, de la competencia, todo lo que era necesario era contar con el poder político que no estuviera atado o asociado a esos valores. En rigor, lo opuesto se ha probado verdaderamente. Hoy, el fin de ese sistema de racionalizaciones perversas ha dejado a la mayoría de la izquierda en el mundo sin identidad, en realidad, sin esa identidad que estuvo basada más sobre las racionalizaciones que sobre los valores éticos. De modo que en la actualidad necesitamos de un formidable esfuerzo de creación intelectual para reinventar un sistema de racionalización que sea fiel a todas las esperanzas de la izquierda, pero también que acepte el hecho de que el hombre no es necesariamente bueno, aunque puede llegar a serlo, así como puede ser también malo; que una economía funciona sólo si admite la competencia y que habremos de tener más justicia a condición de establecer mejores reglas para regular al mercado.

Pero, con la crisis histórica de los sistemas comunistas, ¿acaso no desaparece también la noción uópica de nuevas relaciones de igualdad y justicia entre los hombres? ¿O cree usted que la utopía puede ser elaborada?

Sólo puedo decir que los seres humanos no viven sin esperanzas y que, por lo tanto, hay una necesidad de utopía. Las horribles

Libertad, democracia, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y paz. Son estos los valores que Paul Rocard plantea como las claves que pueden servir de guía a la izquierda en la presente búsqueda de un nuevo poder público que asegure mayor igualdad y menor arbitrariedad, en una sociedad que no niegue la competencia. Una proposición que arranca de la reivindicación de la izquierda como un concepto que evoca la noción de cambio y de más justicia, de igualdad, democracia y pluralismo.

experiencias de este siglo nos deben volver más lúcidos acerca de los seres humanos y sustantivos acerca de. Yo, por ejemplo, no sé más—si alguna vez lo hice—en los ideales comunistas. Quizás pueden encontrarse nuevas ideas-fuerza colectivas—y pienso que estamos muy cerca de ellas—, pero a condición de que se adapten bien a las circunstancias de los hombres tal como éstos son.

El término "sociedad socialista" ¿tiene algún significado para usted?

Desde un punto de vista institucional, no. Entre las 160 naciones que en 1990 se sentaban en las Naciones Unidas, cerca de los 80 se proclamaban socialistas, y ellas iban desde Albania a Suecia, China, Unión Soviética, hasta la Francia de François Mitterrand. En el plano ideológico, ya les he dicho lo que pienso. En síntesis, no creo en un renacimiento del comunismo. Creo más bien que tenemos una tarea intelectual por delante, la de elaborar las reglas de un nuevo poder público que busque asegurar más igualdad y menos arbitrariedad en una sociedad en la que no se niegue la competencia; éste será el gran desafío de este fin de siglo.

¿Cuáles son las ideas claves que pueden guiar a la izquierda en los noventa?

Un día traté de contarlas y llegué hasta siete. La primera es la libertad, la libertad de ir y venir, la libertad de expresar las propias opiniones, formar sindicatos, partidos, etc. Pero también la libertad de comprar y de vender lo que uno quiere. El mercado es un elemento constitutivo de la libertad, con independencia del hecho de que quien venda sea un agente privado, una cooperativa o una empresa pública. Es bueno que el discurso socialista haga de esto una verdad suya. Pero, se podría objetar, ¿acaso el mercado no profundiza todas las desigualdades? En efecto, es preciso poner límites al mercado. Pero una sociedad sin mercado es una sociedad sin libertad.

¿Y la segunda?

Democracia. Se podría pensar que la democracia es sinónimo de libertad, pero yo prefiero calificar con esta palabra a los contenidos del poder público. Y aquí incluyo

pluralismo, democracia representativa y una cuidadosa mezcla de democracia directa (como el referéndum y la elección directa del presidente del gobierno por los ciudadanos) y de democracia indirecta, de poderes delegados a las asambleas electas. Y añado que la democracia no es un lujo reservado a los países ricos: es la condición para cualquier tipo de desarrollo económico y social perdurable.

¿La tercera idea?

La tercera es la autonomía, en el sentido del autogobierno y la descentralización. Autonomía significa que en la organización de los poderes públicos lo que se necesita es un sistema que permita que cada decisión sea tomada de la manera más directa posible por todos aquellos que habrán de implementarla y por todos aquellos que habrán de ser afectados por ella. Y también que el control de las decisiones sea hecho desde abajo y no sólo desde arriba. En el nivel económico, autonomía significa la lucha contra los monopolios y contra la concentración del poder. Se trata de una lucha que puede comenzar desde dentro mismo de las empresas, a través del descubrimiento, por parte de los trabajadores, de que el valor de un individuo no está exclusivamente determinado por su salario y por sus obligaciones sino por la conquista de un ámbito en el que pueda ejercer su responsabilidad personal. Por esta razón, la autonomía está ligada a la idea de autogobierno y descentralización.

¿Cuál es la cuarta idea?

Voy a llamarla el control y dominio de las tecnologías. Hoy somos más víctimas que dueños del salto tecnológico. Esto es verdad tanto en lo que se refiere al proceso de automatización del trabajo—el cual es llevado a cabo brutalmente sin tomar en cuenta al hombre—como en el campo de la experimentación biológica. En las relaciones entre el hombre, la materia y la vida, los productos de la investigación científica han progresado mucho más rápido que lo que lo ha hecho la reflexión filosófica. Aquí también es preciso reafirmar que, como en el caso de la economía, la ciencia debe estar al servicio del hombre y no a la inversa.

Hemos llegado al quinto.

Solidaridad, esto es, la voluntad permanente de los poderes públicos de asegurar por sobre todo lo que la marginación de los discapacitados, sea por naturales, salud, desarrollo económico, y además, asegurar una redistribución del ingreso que tome en cuenta la jerarquía de los talentos, el carácter más o menos penoso y duro de los trabajos que se realizan. En la actualidad, lo que gana un jugador de fútbol o una estrella de televisión es escandaloso y termina haciendo fluir valores monetarios a lo largo de la sociedad. Algún día vamos a tener que ocuparnos seriamente de esto. No creo que hoy nuestras sociedades occidentales, que siempre temieron al colectivismo y que sienten que se han salvado de la penuria y del gulag gracias a las fuerzas del mercado, estén prontas para reflexionar sobre esta cuestión. Estoy convencido, empero, de que si la moneda termina siendo el exclusivo punto de referencia terminará corrompiendo definitivamente a nuestras sociedades.

¿Y qué podría ser sexto lugar?

La supremacía de la ley. No existe civilización sin ley. Reafirmar la soberanía de la ley se ha vuelto absolutamente necesario porque la ausencia de ley internacional ha hecho que cada estado considere que tiene derecho a masacrar a su propio pueblo. Pienso en Pol Pot en Camboya. El concepto de supremacía de la ley también se aplica a la economía. Aquí me gustaría llamar la atención a un deslize intelectual de nuestra época. Cuando se habla de libertades civiles a nadie se le ocurre que entre ellas se incluya la libertad de matar o robar, consecuentemente, aceptamos la idea de que no existe libertad sin leyes, sin un sistema de justicia y de policía. Sin embargo, cuando nos movemos al terreno de los intercambios económicos entre los hombres, la libertad es entendida como el derecho a hacer cualquier cosa: a estafar, a vender por debajo del costo, a crear concentraciones de poder económico... y a toda ley, todo sistema de justicia o de policía que interviene para impedirlo—aun cuando se trate sólo de controlar la calidad de los productos que se intercambian—en seguida es considerada como un ejemplo de planificación estatista, como un paso que lleva al gulag. Por cierto, sabemos que no hay libertad sin mercado: ¿qué hacer entonces? Es preciso inventar una ley internacional que sea aplicable también a la economía.

Llegamos al séptimo, el último.

La paz. Esta idea debe inducirnos a buscar la solución de los conflictos a través de la negociación y no la fuerza.

¿Paramos aquí?

No. Quisiera agregar un punto que es muy importante para mí. Estos siete valores que he enumerado no son propiedad exclusiva de Occidente. Cuando los pensamos como ejes de la organización social, ellos constituyen los medios más efectivos para asegurar el desarrollo del Tercer Mundo. ¶

UNIVERSIDAD

Encuesta II

La crisis del sistema universitario argentino

En el marco del debate sobre la crisis de la universidad, continuamos con la encuesta iniciada en el número anterior de *La Ciudad Futura*. En esta oportunidad han manifestado su opinión Guillermo Jaime Etcheverry, profesor titular del Departamento de Biología Celular e Histología y ex-Decano (1986-1990) de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y

Francisco Delich, Rector de la Universidad Nacional de Córdoba. El cuestionario es el siguiente: 1) ¿Cuáles considera que son los aspectos centrales de la crisis del sistema universitario argentino? 2) ¿Sobre qué bases debería reconstruirse? 3) La cuestión del arancelamiento de los estudios de grado se ha convertido, hoy, en un tema de

debate y primera plana; intentando plantear el tema en términos algo más globales: ¿sobre qué bases -en su opinión- debe reestructurarse el financiamiento de la educación en la Argentina? 3) ¿Sigue teniendo vigencia la Reforma Universitaria de 1918? 4) ¿Cómo debería ser -en definitiva- la relación ideal entre la universidad y el estado?

Guillermo Jaime Etcheverry

1 La universidad argentina -como toda nuestra educación- sufre una crisis de relevancia: nadie parece saber con certeza qué funciones debe cumplir, qué expectativas satisfacer. Cualquier intento por reconstruir el sistema universitario (sistema por otra parte inexistente como tal), debe partir del restablecimiento de esa relevancia perdida. No advierto entre nosotros ejemplos de universidades que merezcan llamarse tales: en el mejor de los casos tenemos escuelas profesionales desentendiadas de lo que no sea su campo de saber. Por eso, la modernización de una universidad como la nuestra exige enfrentar poderosos intereses de grupos con los que siempre pareciera ser más conveniente negociar. Los órganos centrales de gobierno universitario, al menos aquellos cuyo funcionamiento he conocido de cerca, son mesas en torno a las que esos sectores corporativos (de dentro y de fuera de la universidad) luchan por el reparto de magros recursos y de influencias sobre la sombra en que nos estamos convirtiendo. El "albergo Wames del conocimiento", según la feliz expresión de Lucrécia Teixidó recogida en estas páginas.

Bases para la reconstrucción son la profesionalización de la tarea docente y la investigación, reemplazando al actual sistema de la beneficencia: la planificación y la racionalización del uso de los recursos en base a criterios académicos; la constitución de un cuerpo de profesores de alto nivel (bien pagados) y de alumnos capaces de aprender (bien seleccionados): así como todos no pueden ser profesores, tampoco todos pueden ser alumnos. El estado agotado de nuestra universidad se refleja tanto en el hecho que se gradúen en nuestras universidades un 30 por ciento o menos de los alumnos que deberían graduarse por año, como en el dócdo creciente de los docentes hacia otras actividades.

La universidad tiene una alta cuota de responsabilidad en decidir su futuro. En mi opinión, una parte esencial de esa responsabilidad es decir la verdad de lo que nos pasa. No se puede seguir afirmando que a pesar de nuestras dificultades, estamos entre los mejores del mundo. No comparto la idea de que superamos nuestras deficiencias de todo tipo con creatividad ni que en estas condiciones podemos embarcarnos en epopeya

alguna. Creo que ocultar la verdad tras ampulosas frases sólo acelera nuestra carrera al precipicio. Pero no hay que temer: nunca caeremos en este precipicio mientras sigamos sosteniendo públicamente que hacemos los que todos sabemos que desde hace tiempo ya no hacemos.

2 El debate sobre arancelamiento sólo sirve para escamotear de la discusión el verdadero problema, que es la prioridad social en la asignación del gasto público. Cuando se pregunta si los alumnos que cuentan con los medios para contribuir al sostenimiento de la universidad deberían hacerlo, es posible que un porcentaje importante de gente (en el que me incluyo) responda afirmativamente. Pero en el fondo lo que se trata de demostrar es que con el arancelamiento se mejorará sustancialmente la universidad, falacia que todo advertido. Por ejemplo, la Universidad de California en los Estados Unidos, que es pública y reúne 152 mil estudiantes en sus nuevas sedes, tiene un presupuesto anual de 7.700 millones de dólares. Sólo el 5 por ciento de ese presupuesto corresponde a los aranceles: el 71 por ciento retribuye a las contribuciones de los gobiernos federales y estatal. Lo mismo sucede en la mayoría de los países en los que hay arancel. En la UBA, para la cantidad equivalente de alumnos se destinan cerca de 170 millones de dólares por año. Lo que pareciera querer señalarse es que si las universidades privadas se sostienen con el arancel (y hasta construyen imponentes edificios), lo mismo podrían hacer las públicas. Para analizar ese argumento habría que definir primero qué entienden los interlocutores por universidad.

Seguramente con el sistema de arancelamiento que se discute, el estado que muestra un desinterés militante en la educación, señalará a las universidades cuando requieran más presupuesto, que lo consigan a través de la imposición de aranceles (las que no lo hayan concretado) o aumentado los mismos. Otro espinoso es la contribución que puede hacer la actividad privada a la financiación: en los Estados Unidos, la industria aporta sólo el 7 por ciento del presupuesto para la investigación universitaria. Este factor es equivalente al arancel: un intento necesario y valioso por conseguir fondos, pero igualmente insuficiente.

3 Sin duda los principios que dieron origen a la Reforma siguen vigentes: la democratización y la participación, el populismo y la tolerancia, la igualdad de oportunidades y el antidotismo, la calidad y la vinculación con el medio. Pero casi un siglo después es evidente que esas ideas centrales deben instrumentarse en forma adecuada a la sociedad contemporánea y al papel que la universidad debe desempeñar en ella. El sistema de gobierno debe reestructurarse tratando de reducir a su mínima expresión la influencia de intereses no académicos. Hay que lograr hacer realmente pública a nuestra universidad estatal, que hoy está privatizada por los intereses de los profesores, los estudiantes, los no-docentes, de los profesionales, de los políticos, de los sectores de todo origen.

El sistema de reclutamiento de los docentes también debe ser actualizado. Debe-

ría, en fin, lograrse que la universidad pública sea la que brinde mayor calidad. Al país le debería interesar que sea la universidad pública la que tenga condiciones de trabajo y criterios de exigencia tales que atraiga a los mejores profesores e investigadores y a los mejores alumnos.

4 Los mecanismos que regulen esa relación deberán ser de más generales y amplios posibles. Garantizar la autonomía de los centros académicos y asegurar también alguna forma de relación con las prioridades reales del país. En ese sentido, la creación o autorización de nuevas universidades debería hacerse siempre que resulten justificados y que se pueda garantizar la calidad de la enseñanza basada en la creación del conocimiento y no en su simple repetición.

Francisco Delich

inercia conservadora que ha atrapado a muchas de las universidades estatales.

2 El sistema argentino global es incorrecto. Las universidades privadas no reciben ningún aporte estatal y las universidades estatales son fundamentalmente sostenidas por el estado. Esta disposición rigió desde 1958 y estimo que no debe cambiarse. De modo que nuestro problema es algo más acotado y refiere al funcionamiento de las universidades estatales. Creo conveniente hacer aquí dos consideraciones. En primer lugar, el presupuesto universitario es desde hace años inexistente; se trata, en realidad de los pagos de sueldos del personal docente y no docente, que se llevan el 70 por ciento de los fondos destinados a las universidades. Esto en sí mismo es una gran irracionalidad y probablemente en estas condiciones es una situación sin salida, porque si el presupuesto, tal como está distribuido, se incrementara -por ejemplo- al doble, lo que estaría haciendo es incrementar al doble los sueldos de los docentes y no docentes. Si así ocurriese se estaría haciendo algo justo con el personal (los sueldos son muy bajos), pero el presupuesto seguiría estando mal distribuido y las universidades seguirían estando imposibilitadas de cumplir muchas y/o algunas de sus funciones. En segundo lugar, el llamado presupuesto

es, en muchas universidades, básicamente irracional. Quiero decir: no existe ningún criterio sólido del uso correcto de los puntos docentes y de los cargos no-docentes, lo cual termina en situaciones de arbitrariedad, cuando no directamente de corrupción.

La universidad estatal debe seguir siendo sostenida por el estado, pero la medida del financiamiento de cada universidad debe estar directamente referida al grado de avance que tenga cada universidad en relación a la calidad de su enseñanza y a la productividad de su investigación. No hay ninguna razón para que el estado financie cualquier tipo de enseñanza, ni cualquier tipo de investigación. El estado debe financiar la buena docencia y la buena investigación, y cuando digo buena investigación quiero decir -reitero- investigación básica o investigación aplicada, pero siempre productiva.

Si nosotros ponemos en las universidades orden en el uso de los recursos y nos planteamos calidad y productividad como objetivos, entonces el problema del financiamiento es algo más complejo e interesante. Además del aporte estatal, para complementar el financiamiento hay que ligar cada vez más la investigación al aparato productivo, de modo que la investigación reciba fondos tanto del sector productivo público como privado. Debemos arancelar completamente -en Córdoba ya lo hemos hecho- todos los estudios de posgrado, porque se trata estrictamente de inversiones individuales que tienen efectos fundamentalmente

individuales, y en consecuencia no existe ninguna razón para que éstos sean gratuitos.

En Córdoba, como es sabido, hemos establecido también una contribución que pagan los estudiantes para financiar los gastos que denominamos paraeducativos. La cuota que pagan los estudiantes se utiliza para actualizar las bibliotecas -como ya se ha hecho- para que no falten insumos para los trabajos prácticos ni para la actividad de la propia facultad, para que las aulas estén limpias, para que los baños estén limpios, para que -en fin- las condiciones medioambientales de la enseñanza sean las más adecuadas. Junto a los aportes del estado, fundamentales y decisivos, los aportes del sector público y privado y los aportes estudiantiles, irían logrando mejorar la situación. El debate aún no abierto es si los estudiantes deben pagar aranceles -en el sentido clásico- en la universidad. Sobre esto me permito también algunas consideraciones: en primer lugar creo que los estudiantes que tienen recursos deben pagar sus estudios; éste es un primer punto de la cuestión. Si se acepta que los estudiantes pueden y deben pagar, entonces el problema es cuánto, cómo y a quién. Personalmente creo que los estudiantes deben pagar, pero no a la universidad, sino a sus cooperadoras, que a la vez deben mantener -como mantiene Córdoba- el control permanente sobre los recursos, y además darle una transparencia hacia sus propios compañeros; por supuesto, los estudiantes deben tener una participación directa en la decisión sobre el

uso de los recursos.

La administración estatal de los recursos es en la Argentina, tanto en el estado nacional como en las universidades, altamente cuestionable. Es muy cara, es muy opaca, es muy ineficaz. En estas condiciones me parece inadecuado que los padres de los estudiantes hagan un esfuerzo para contribuir al sostenimiento de la universidad y este esfuerzo se dilapide. Desde el punto de vista ético me parece, entonces: a) los estudiantes que pueden, deben pagar; b) los estudiantes que no pueden hacerlo deben estar eximidos; c) esos recursos deben estar invariablemente sujetos al control de los propios estudiantes. No necesito decir que el aporte estudiantil no resuelve los problemas presupuestarios de la universidad estatal, pero tampoco necesito decir que van a contribuir -y contribuir desactivamente- a incrementar la calidad de la enseñanza y la investigación.

3 Si la Reforma fue un movimiento democrático, tanto hacia adentro como hacia afuera de las universidades, nos ayudó a identificarnos con América latina, en un discurso indubitablemente generoso y solidario. Fue el mayor movimiento social en favor de la autonomía universitaria y el cogobierno, y sobre todo fue un movimiento que como ningún otro en las universidades, planteó con seriedad y serenidad la democratización del claustro de profesores a través de concursos por títulos, antecedentes y oposición y, además, negándose a reconocer estabilidad do-

cente a perpetuidad. Esto -sobre todo este punto, que ha sido abandonado por las universidades argentinas- sigue siendo para nosotros un tema crucial en la reivindicación de la Reforma Universitaria. Hay buenas universidades con buenos profesores y no hay buenos profesores si no son reclutados y seleccionados a través de concursos transparentes. Por estas razones creo que la legitimidad y la vigencia de este movimiento, que pronto cumplirá setenta y cinco años, siguen siendo perdurables.

4 Creo que debemos ampliar nuestra visión del estado. No habría que hablar sólo del estado nacional. Existen también -y hay que fortalecerlos- los estados provinciales y los estados municipales. La universidad debe tirar puentes hacia ambas. Las universidades han estado muy aisladas y muy encapsuladas, no sólo en relación al estado, sino también a la sociedad; es hora, para las universidades, de encontrar mecanismos de contacto inmediato y directo con las distintas actividades y las distintas instituciones que las regulan. Personalmente no me parece necesario por ahora que estos puentes tengan características institucionales, pero estamos en deuda con nosotros mismos y con la sociedad porque no tenemos todavía ni siquiera un diálogo fluido con las sociedades regionales y provinciales ni con las comunidades locales, y esto me preocupa mucho más que la relación con el estado nacional. □

Imaginación y solidaridad

Lucrécia Teixidó

«...Lo grave y lo serio no es el arancel éste o el reglamento aquél, lo grave y lo serio está en que detrás de estas cosas, en apariencia tan pequeñas, vienen preparando su ofensiva las fuerzas sociales enemigas, y que es necesario por lo mismo movilizar las grandes masas para montar día y noche la guardia vigilante...». Aníbal Ponce, 1935

La academia. De esas épocas sólo queda un efecto residual. Hoy, un porcentaje muy alto de escuelas primarias tiene jornadas de tres horas. Las que cumplen ocho horas se están convirtiendo en depósito de cosas. El exodo de maestros por los bajos salarios corre paralelo al de profesores en los sectores secundarios. En la universidad las cosas no están mejor. El presupuesto de 1992 es el 57% del correspondiente a 1987; el 93% del mismo se destina a pago de sueldos y el 7% a la investigación. Pobre privilegio el de los docentes cuando ese 93% implica sueldos de \$70 para un profesor titular. Cuando el presupuesto alcanza hasta agosto, los edificios se caen, las bibliotecas carecen de libros y revistas especializadas, no hay computadores y las facultades se quedan sin teléfonos por falta de pago, es inevitable recordar los tiempos en que EUDEBA, como expresión de una universidad pujante, era una profecía oficial que abastecía gran parte de las necesidades universitarias.

El gobierno argumenta que los recursos disponibles no alcanzan y quiere modificar el régimen económico: aumentar el pago que la universidad gasta en propios fondos. Sin embargo, es necesario preguntarse si los recursos existentes no pueden distribuirse de manera distinta. Según un informe de 1992 de *Desarrollo Humano*, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el estudio comparado de Argentina y los países de América latina y el Caribe, muestra que el gasto en Educación como porcentaje del Producto Bruto Nacional en nuestro país es de 1,5, mientras que en los demás países es de 3,5. El gasto militar, siempre como porcentaje del PBN y significativamente a la inversa de las cifras anteriores, es de 3,0 para

Argentina y 1,9 para el resto. Para confirmar que en el resto del mundo el país puede seguir gastando, en este día del 54 grado general José Antonio Justo informó al presidente de Brigada comandantes Asá-Munoz con sus sistemas de armas y cadenas de repuestos a Estados Unidos. ¿Contra quién se usarán? ¿Tal vez contra la universidad pública?

Ante esta crisis provocada y generalizada de la educación, cabe preguntarse qué objetivo persigue el gobierno cuando insiste en el arancelamiento de la enseñanza universitaria. El objetivo es dar un paso más hacia la destrucción de la misma. El arancelamiento no resuelve el problema presupuestario y de funcionamiento de la universidad. Esto lo debe garantizar el estado. Si el arancel es el sacrificio necesario como para representar un monto significativo dentro de las necesidades financieras, tendremos una versión *slit generis* de universidad privada. Si, como dice el gobierno, debe ser accesible a los estudiantes, su monto sólo permitirá cubrir algunas de las necesidades internas de cada facultad (algo que, a su vez, no debe ser olvidado por quienes se oponen a cualquier aporte estudiantil).

Hasta aquí la cuestión esencial del debate. Hay, sin embargo, otro aspecto del problema que para la comunidad universitaria es no menos importante: elaborar un programa de subsistencia. Debe generarse nuevos fuentes de financiamiento y proponer proyectos que permitan poder sobrevivir en una época en que economía y política se nos totalmente adversas.

Los 590 mil estudiantes que forman la población de las universidades nacionales deben contribuir con su esfuerzo y responsabilidad para salvar a la universidad de su caída. La creatividad, la energía y el sacrificio puestos de manifiesto en tantos años buenos y malos deben reaparecer ahora, ante los vientos adversos que recorren el país.

Rechazar el arancel estudiantil por ser un instrumento peligroso dentro de la política educativa no impide -por el contrario, obliga- a buscar alternativas diferentes que, junto a la extensión de magisterios y deficiencias de la enseñanza, le permita a la universidad pública, al menos, sobrevivir.

Las organizaciones políticas que trabajan en la universidad, además de oponerse al arancel, deberían llevar adelante una campaña clara y firme sobre el necesario aporte voluntario y responsable de los estudiantes. Recuperar la vida consigna la imaginación al poder, a la vez que se recupera el tiempo que hogan más llevadero el duro período que le toca vivir.

No es justo que el peso de la crisis recaiga exclusivamente sobre los hombros de docentes y no-docentes. Estrechar los lazos de solidaridad dentro de la comunidad universitaria y repartir los esfuerzos entre todos los que la conforman, permitiendo mantener lo conseguido hasta hoy y demostrar que los estudiantes están dispuestos a defender con su esfuerzo a la universidad pública, sin la cual el futuro de toda la sociedad entrará en un agujero negro.

INTERNACIONAL

Nuevo Orden Internacional: de los '20 a los '90

El liberalismo prisionero de Carl Schmitt

Fabián Bosser

Los acontecimientos que están comoviendo al mundo tienen como común denominador la erosión de toda idea de autoridad constituida, el cuestionamiento total o parcial, pasivo o activo, a las nociones de obediencia, representación, comunidad o sociedad civil, tal y como han sido arrastradas hasta el presente, la limitación creciente de los estados nacionales como unidades de gobierno. Es, ni más ni menos, la crisis de legitimidad del sistema político que traduce una crisis de identidad de las mismas sociedades; atolladero de lo propiamente político, desembocadura de la crisis de fundamentos en que se ha introducido hace tiempo la democracia occidental, acompañando a la revolución conservadora y la reconversión capitalista con la ideología de la despolitización.

Si no fuera por el estado de extendido y saludable desconcierto; si no fuera por el alarmante malestar cultural que en todas partes genera miedo, desconfianza e intolerancia; si no fuera por el descrédito (al parecer definitivo) del utopismo marxista, podría decirse que estamos ingresando en una típica "situación pre-revolucionaria". Sin embargo no hay temor, ni intriga ni apasionamiento por lo que pueda ocurrir. Hay inseguridad, inquietud y desasosiego por lo que ya está ocurriendo; las colectividades oscilan entre la redefinición, el desconocimiento o la ruptura de los contratos de convivencia, entre la extrema cautela, la anomia y el enfrentamiento abierto de grupos contra grupos...

El enemigo ha muerto, ¡viva el enemigo!

Pierre Salinger, secretario de Prensa de John Kennedy y Lyndon Johnson y principal corresponsal extranjero de ABC News, sostiene que si bien resulta riesgoso vincular hechos generalizados con una causa única, existe un rasgo coincidente en todos los fenómenos de agitación que están sacudiendo a nuestro planeta: las democracias ya no pueden estabilizarse conforme a una amenaza externa. El derribo del comunismo "las ha dejado sin excusas".

En la misma línea, Octavio Paz plantea que "tras haber vencido a sus enemigos", la democracia enfrenta el desafío de retematizar sus tensiones irresolubles, repensar sus principios cotejados con su fabulosa expansión, "vencerse a sí misma".

Enrique Gil Calvo describe, por su parte, como han ido cayendo una a una las certezas de antaño —en lo político, la disuasión nuclear de la guerra fría, el poder soviético, el imperio americano; en lo ideológico, el estatismo (en sus versiones comunista y socialdemócrata) y el liberalismo de mercado como principio movilizador aglutinante— tras lo cual se pregunta ¿se puede

¿Hubo un exceso de optimismo acerca de la irreversibilidad de la democracia y el capitalismo en el mundo? Tras una década de neo-conservadurismo, anti-estatismo y privatización, las sociedades encuentran su paisaje más parecido a un estado de naturaleza hobbesiano que al tan mentado mercado de Adam Smith. El haber confundido el proyecto siempre inacabado de la "sociedad abierta", en la línea de Karl Popper y Ralf Dahrendorf, con el dogma liberal de Hayek y Friedman, y la crisis de la política con la despolitización, ha contribuido en gran medida a que la vuelta de la política llegue en estos tiempos de la mano de fundamentalismos, neo-fascismos y nuevas formas de barbarie y regresión totalitaria.

sostener una democracia sin alguna certidumbre política o ideológica?

"Las instituciones siguen en pie, consolidadas por el peso del tiempo y la ausencia de alternativas globales, incluyendo la militar —comenta el analista Jorge Castro desde la Buenos Aires caliente de abril de 1989— sólo que vaciadas crecientemente de poder de decisión, al extremo de perder sus atributos tradicionales de soberanía, como el control del propio territorio y el monopolio de la emisión de moneda, renunciando a formas pre-estables de autoridad política."

El sugestivo argumento, resumido como "la paradoja sudamericana: consolidación democrática y disolución del estado" (y elaborado en pleno estallido de los 80) explicaba que los regímenes democrático-constitucionales carecen de capacidad práctica y efectiva para hacerse obedecer debidamente, en gran parte, a una inversión de causas. "La guerra civil deviene de la disolución del estado" y no ésta de aquélla. No hay demo-

cracia posible si antes no se consolida una teoría del estado y una identidad nacional; factores que —en esta hipótesis— no serían inherentes a la democracia sino autónomos y, en ocasiones, hasta contradictorios: "la democracia es el mejor de los regímenes posibles, pero vive sólo si se apoya en un estado consolidado. Este es el orden de los factores, su inversión provoca caos como producto".

En el estallido de violencia urbana en los Estados Unidos; en la guerra balcánica que desintegró Yugoslavia y está desgranando de manera interminable a serbios y croatas; en la inacabable constelación de repúblicas y naciones beligerantes que produjo el "big bang" de la Unión Soviética; en los estadistas mordiendo el polvo de la ingobernabilidad, en las grandes pretensiones hegemónicas de pequeños presidentes y en la aparición reactiva de insólitos engendros de populismo reaccionario y fundamentalismo primitivo alzados con resonantes triunfos electorales; en la incierta fragua de la Nueva

Europa, integrada y fragmentada; en todos los rincones del mundo, de Bangkok a Caracas, de Sarajevo a Los Angeles, de Moscú a París, de San Salvador a Argel, de Lima a Manila, se proyecta una misma evidencia: la fragmentación del poder. Más concretamente: el vaciamiento de legitimidad del poder político del estado nacional moderno y su puesta en cuestión por el costado de su ineficacia. Se arriba a esta vulnerabilidad de la estructura estatal en el momento en que se universaliza la democracia liberal y el mercado capitalista como principios aceptados para el ordenamiento de las sociedades.

De las aproximadamente 170 naciones que componen hoy el cambiante mapa mundial, se contabilizan más de 70 con gobiernos más o menos democráticos y se observa, como nunca antes, una coincidente búsqueda reformista, tanto en las democracias avanzadas como en las llamadas "democracias tardías" o "democracias jóvenes".

Todo se está reformulando, en el Norte y en el Sur, en el Este y en Occidente, y es sintomático que se estén encanando en decenas de países cambios constitucionales, de régimen político, de fronteras y ejércitos, que el actor protagónico de dichos cambios sea el actor integrado por representantes elegidos por el pueblo, y que sean precisamente los parlamentos el símbolo del escarnio (como en Italia); "punching-ball" de presidentes prepotentes (o impotentes) y masas desamparadas, como en el caso del Perú. El chivo expiatorio ideal donde se sacrifica —o autoinmoló— la clase política. La víctima propiciatoria, en fin, de un nuevo bonapartismo que se vislumbra en quienes, como Yeltsin, Walesa o Páez Zamora, se aferran al más crudo presidencialismo para atravesar la tormenta: "un gran parloteo donde se adoptan pocas decisiones", "una gavilla de vagos", "un centro de corrupción y antidemocracia", "tienda parlante del consenso que aparta al pueblo de sus instituciones políticas".

El caso del presidente polaco es arquetípico. "No podemos observar pasivamente cómo el país se hunde en el marasmo y el desorden", dijo Lech Walesa en mayo último, al proponer —con el respaldo de los ex-comunistas a este ex-sindicalista— que el parlamento le confiera plenos poderes "para frenar la anarquía que amenaza a la democracia y la existencia misma del estado (...). La política es un campo de batalla por los cargos, se destruyen todas las autoridades y no hay responsabilidad por las palabras y los actos (lo que provoca) desmembramiento y desconfianza de la gente". Demasiadas similitudes como para atribuir las a una cuestión de hombres o de procedimientos.

Intentos de interpretación hay de todos los gustos y para elegir: tanto en el campo teórico de las relaciones internacionales, como en el de la ciencia política ya económica, como en el del análisis periodístico.

Intentos de interpretación hay de todos los gustos y para elegir: tanto en el campo teórico de las relaciones internacionales, como en el de la ciencia política ya económica, como en el del análisis periodístico.

Causas históricas, relativas al fin del bipolarismo que signó el ordenamiento global de posguerra; el hundimiento de los bloques militares, el desmoronamiento de antiguos conflictos, el despertar de nacionalismos tapados por el comunismo soviético, así como el resurgimiento de ancestrales rivalidades y movimientos regionales, religiosos y étnicos.

Causas socio-económicas, vinculadas a la quiebra del estado de bienestar y el proceso de reestructuración capitalista en la sociedad posindustrial: globalización, ajuste y dualización, privatización corporativa y nueva pobreza; o bien, las escuelas de la incierta transición del centralismo a la economía de mercado, la falta de respuestas del modelo de ajuste económico a la cuestión social, etc.

Causas culturales y psico-sociológicas, como la identificación de tendencias centrifugas y localistas, sentimientos de amenaza frente a los movimientos migratorios, búsqueda de chivos expiatorios y corrientes de intolerancia y xenofobia como respuesta frente a una crisis de valores sociales y la ausencia de alternativas de integración.

Causas políticas relacionadas básicamente con la crisis de gestión por parte de la clase dirigente, su homogeneidad, capacidad y representatividad, así como la influencia creciente de otros actores en la toma de decisiones públicas y la inadecuación de reglas y mecanismos de la democracia representativa de partidos en su relación con movimientos sociales emergentes.

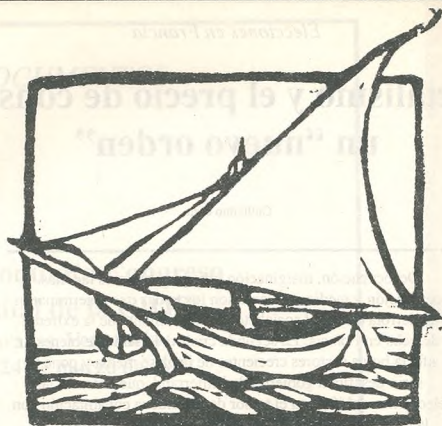
Son sólo algunas de las variantes explicativas convertidas en variables independientes de un cuadro de crisis que se auto-alimenta: la crisis tiende a cerrarse a sí misma cualquier vía de salida. En lo cultural, obstruyendo al ciudadano la posibilidad de acceder o generar un sistema de referencias comunes; en lo social, reforzando la idea de que "la sociedad" no existe; en lo político, alejando de su esencia la representación de lo que la política debe realizar. En síntesis, la crisis ha encontrado su ideología, cuya tarea es ocultarla.

Decisionismo pragmático y decisionismo schmittiano

La despolitización de los conflictos — como ideología que cristaliza una innegable crisis de la política — cubre el deslizamiento del pensamiento liberal democrático desde su tradición legitimista y constructivista hasta la tradición realista del organicismo económico ("liberismo") o el decisionismo pragmático (culto a la "buena administración").

Este tránsito significa la renuncia del liberalismo a su status político y a su articulación con el pensamiento democrático (al que acunó en sus orígenes y acompaña en sus dilemas no resueltos) en pos de un "ordenamiento espontáneo y libre" de la sociedad, la reducción del estado a su mínima expresión y la sustracción de las decisiones públicas del control político, dejándolas en manos de los expertos.

Los principios de consenso, deliberación, representación y participación ciudadana que el liberalismo integra en el altar de la ideología de mercado, son finalmente reemplazados por los que provee el conservadurismo autoritario, o, si las amenazas aumentan, por una variante totalitaria que repolitiza manu militari respondiendo a la demanda de gobierno por parte de la sociedad.



De tal forma, el fundamentalismo, los particularismos, la reacción restauradora antimoderna, no serían la oposición a la universalización del liberalismo sino una respuesta, del propio liberalismo cautivo, al callejón sin salida en el que fue introducido al desviar su principio de justificación desde el ámbito de la sociedad civil al de la capacidad decisoria de las élites, y de la justicia en el proceso de formación de las decisiones al de la eficacia como prueba de legitimidad.

La desembocadura paradójica de tal "decisionismo pragmático", dominante en estos años, según el cual la legitimidad de la autoridad política esta cada vez más apoyada en su aptitud para resolver puntualmente "los problemas concretos de la gente" (sic), alejada de toda ideología y de todo proyecto, es una entronización del "decisionismo schmittiano", teóricamente en sus antipodas, que invita a reconstruir totalidades soberanas barriendo con los indicadores de fragmentación del poder y restaurando la ilusión de una sola y concentrada autoridad efectiva. Gráficamente: el modelo Fujimori 90 no podía sino devenir en este modelo Fujimori 92, tal era su característica de irrupción "apolítica".

La astucia histórica de la ideología neo-conservadora y el fundamentalismo de mercado (de eso se trata, en definitiva) consistió —en un primer movimiento— en estatizar

la política sustrayéndola de la esfera de la sociedad, concentrar luego en el estado la responsabilidad técnica instrumental de comandar la privatización corporativa de lo público y, al desmenuar en la amputación de sus principios democráticos su crisis de legitimidad, arrastrar en ésta a la política y los políticos como un todo.

La doble impotencia del estado despolitizado —imposibilitado materialmente en los ámbitos donde existe una expectativa de los ciudadanos, condenado ideológicamente a la inacción en los ámbitos económicos y sociales— conduce a una repolitización por el vacío; florece la intriga y las acciones de los hombres públicos —desvinculados de sus representados— se muestran como negocios privados. Otra gran astucia: lo que se muestra como causa principal de la crisis, la corrupción, no es sino la consecuencia de un vaciamiento del sentido de lo público operado con anterioridad.

Mantener a la democracia como prisionera de esta operación permite obstruir la aparición de cualquier alternativa de poder, como cuando se deja al sistema político ceñido a una estabilidad económica apoyada en la lógica del ajuste.

Pero aún teniendo ésto, el modelo fracasó. No sólo por olvidar la cuestión social, sino por renunciar a una especificidad política que no sea, en última instancia, la que le ofrece el estado de excepción y la clausura

de la sociedad abierta en el esquema binario amigo-enemigo como regla principal.

La acción basada en la decisión (y ésta en la voluntad del poder) como exclusiva fuente de legitimidad —aun por sobre la legalidad constitucional— se coloca en las antipodas del primado de la representación, la deliberación y la discusión que está en la base del sistema parlamentario, del equilibrio y la división de poderes que sustentan el estado de derecho, del compromiso que caracteriza a la democracia.

Si para el discurso optimista del liberalismo conservador la política era algo a superar, su consagración como ideología finalista de poder se convierte automáticamente en parálisis de la dinámica democrática, cuestionada por el lado de la falta de representación y por el de la irresolución. El estado se liberó de sus compromisos y de sus deudas impagables; pero esto, lejos de traducirse en una renovación de la política y un robustecimiento de los centros activos de la sociedad, dejó indefensa y anomia.

La tensión entre la búsqueda de reelegitimación "como sea" de la autoridad política y la erosión de sus fundamentos que actúa desde dentro del propio discurso antipolítico, como en los años 20, amenaza resolverse con el arsenal de respuestas demoleadoras provistas por Carl Schmitt, empeñado en demostrar la debilidad intrínseca del liberalismo. Respuestas que acompañarán el derribo de las democracias europeas y que hoy planean parecidos interrogantes: ¿sea a través de un curso autoritario de restauración política, sea por la corriente antipolítica que, desde los grupos sociales, una forma de demandar política (sentido) en los asuntos públicos, sea por un ejercicio político directo de corporaciones y grupos sobre el poder gubernamental vaciado de proyecto, cada vez más limitado y discrecional en su funcionamiento.

El sueldo de la razón neo-liberal, finalmente, ha engendrado sus monstruos. Son los Duke, Buchanan y Perot que le surgieron a Bush; los Le Pen, Haidor, Schnhuber, Bossi y demás adalides de la ultraderecha xenófoba y el asalto al sistema de puridos que le salieron a la cumbre de Maastricht, y por fuera de la fortaleza, los fundamentalismos que ganan elecciones o se apoderan de las conciencias en Oriente y África, las sectas y corporaciones militares religiosas o económicas que —como en la Edad Media— avanzan sobre el desmantelamiento de las instituciones vigentes.

Si fue el totalitarismo y el estatismo lo que politizó al liberalismo en su última cruzada, sus derribos parecen indicar que ya no es suficiente la invención del enemigo como motivación para actuar. En el enorme tesoro filosófico aguarda ser desmenuado. En su cubierta podría encontrarse la letra manuscrita de Eugenio Tria: "Si la democracia es algo inviolable, sagrado, que no puede ser interrogado y criticado, entonces damos pie a que sus verdaderos enemigos preparen su asalto definitivo".

Notas

- 1 Pierre Salinger, *La muerte del enemigo*, Diario Clarín, Bs. As., 29/4/92.
- 2 Enrique Gil Calvo, *Huálfano de la certeza*, Diario El País, Edición Internacional, Madrid, 13/4/92.
- 3 Jorge Castro, *La paradoja sudamericana*, Diario El Cronista, Bs. As., 30/4/89.
- 4 Lech Walesa, *Discurso ante el Parlamento el 8/5/92*.
- 5 Nicolás Tenzer, *La Sociedad Despolitizada*, Paidós, Bs. As., 1991.

NOVEDADES del Fondo de Cultura Económica

John Vickers
UN ANALISIS ECONOMICO DE LA PRIVATIZACIONMateo Magarinos
DIALOGOS CON RAUL PREBISCHJ. Burns Marafón
LA TIERRA QUE PERDIÓ SUS HEROESDavid A. Brading
ORBE INDIANO, LA MONARQUÍA CATOLICA, LA PATRIA CRIOLLA Y EL ESTADO LIBERALLuc Ferry
FILOSOFIA POLITICAFONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires
Tel.: 322-9063 / 0825 Fax: 322-7262

Elecciones en Francia

El socialismo y el precio de construir un "nuevo orden"

Guillermo Ortiz

El retroceso de la socialdemocracia en las recientes elecciones regionales expresa un costado de confusión a nivel nacional surgido tras el fin de la guerra fría y las dificultades para adoptar una estrategia tendiente a superar la nueva crisis del estado de bienestar en un escenario caracterizado por la aceleración de la competencia, la mutación tecnológica, el boom inmigratorio y el auge del desempleo. La consolidación de la extrema derecha exige revisar el papel de las clases medias ante el crecimiento de la miseria urbana. Las elecciones regionales y cantonales celebradas en Francia en marzo pasado arrojaron un cuadro significativo en el escenario político del país: en primer lugar, la mayor debacle del Partido Socialista desde el Congreso de Epinay en 1971, con el 18,3 por ciento de los votos y, por otro lado, la consagración del mayor partido de extrema derecha europeo desde la Segunda Guerra Mundial, el Frente Nacional, el liderado por Jean Marie Le Pen, con el 13,8 por ciento. Asimismo hay que consignar la aparición de un vigoroso movimiento ecologista, dividido en dos grupos (Generación Ecológica, liderado por Brice Lalonde, hasta hace poco ministro del Medio Ambiente, que reunió el 7,1 por ciento de los votos, y los Verdes, más radicalizados, con el 6,8 por ciento, con capacidad de convertirse en "árbitro" entre el socialismo y la alianza liberal-gaullista, derecha clásica, que por su parte obtuvo el 33 por ciento de los sufragios reafirmando su condición de principal fuerza opositora.

Asimismo así a la mayor fragmentación de la V República, lo que prefigura una crisis de régimen y el comienzo de una etapa de recomendaciones. Algo está claro: la mayoría de los franceses votaron guiados por razones "generales" como el desempleo, la corrupción, la inmigración y el medio ambiente. Pero vayamos por partes.

Es evidente que los comicios pusieron fin a una maniobra socialista que se pensó de largo alcance: la Operación Cresson, de sólo diez meses de duración ante el fracaso de dos de sus objetivos principales. Esto es, contrarrestar el aumento del desempleo y lograr la movilización del electorado hacia la formación de un "bloque de izquierda" que compitiera en igualdad de condiciones con una derecha que se refuerza para resistir la tentación de aliarse con el neofascismo. La renuencia de verdes y comunistas a atenerse a la tradición regional de la V República votando al candidato de izquierda mejor colocado, esto es asegurar el triunfo de los candidatos socialistas en las asambleas regionales y en algunos cantones, es una prueba. Ni siquiera los ecologistas de Lalonde lo hicieron.

La espiral de desempleo alcanzó a tres millones de personas, el 10 por ciento de la población activa y esto terminó por clausu-

Desocupación, marginación urbana, prejuicios raciales, corrupción y medio ambiente son los temas que determinaron la derrota electoral socialista y el crecimiento de la extrema derecha en Francia. La segunda crisis del estado de bienestar afecta hoy a sectores crecientes de la clase media y pone un serio desafío al gobierno de Mitterrand, que enfrenta las elecciones del '93 con el temor de una nueva cohabitación con la derecha tradicional. Simultáneamente, en Inglaterra los conservadores de Major conquistaron la mayoría sobre la base de una fractura regional y del temor al fiscalismo laborista. Los británicos optaron por abandonar el thatcherismo de la mano de conservadores de nuevo cuño. *La Ciudad Futura* estuvo en Inglaterra y Francia durante las elecciones.

rar esta salida por izquierda como forma de compensar el desgaste. Ahora, el presidente François Mitterrand busca recuperar la ini-

ciativa política para evitar que el hundimiento socialista se acentúe en las legislativas del '93. Por el momento optó por la

prudencia y designó a su fiel colaborador y ex-ministro de Economía, Pierre Bergey, para frenar la erosión. De su gestión dependerá que el jefe del Elíseo culmine su segundo mandato presidencial para el que fue elegido en 1988. El gobierno tiene diez meses para recomponer la imagen socialista y evitarle a Mitterrand la experiencia de una nueva cohabitación con la derecha. De todas maneras, la declinación del socialismo no es producto del intenso desgaste sufrido por un presidente que lleva más de una década en el poder (salvo precisamente el período de cohabitación 1986-88), lo que más que nada sería consecuencia directa del sistema político gal que cuenta con un mandato presidencial de siete años, extensible por vía de la reelección al doble, sino a la gravedad de los problemas estructurales de Francia en un momento de aceleración histórica signado, en el frente externo, por la desaparición de la Unión Soviética y, en el interno, por las dificultades concretas de la socialdemocracia para remontar la cuesta

Gran Bretaña

Los conservadores, encargados de enterrar al thatcherismo

Tal vez lo más importante de estos comicios está en la legitimación del primer ministro John Major, quien se despojó del "manto protector" de la Dama de Hierro condenando definitivamente a la historia al thatcherismo. De alguna manera, Major quedó con las manos limpias para acometer la "deshatcherización" iniciada con la "movida" de un sector tory pragmático, que significó el desbarbamiento de la ex-premier de la jefatura del partido. Hoy Major, gracias a las elecciones, ha conseguido borrar esa "fatalidad".

En segundo lugar, quedó clara la incapacidad del partido laborista, demasiado atado a una concepción fiscalista con base en el alza de impuestos, para capitalizar la dualización de la sociedad británica luego de más de una década de shock. Los conservadores defendieron su mayoría parlamentaria en un marco signado por la recesión económica más prolongada desde la década del '30 y un índice de desocupación de más del 10 por ciento, esto es casi 2700000 personas.

Desde un comienzo la campaña electoral giró en torno al nivel de impuestos, a la desocupación y al gasto público, con lo que se puso en

Cruzando el Canal de la Mancha y contra todas las previsiones, el Partido Conservador obtuvo un rotundo triunfo en las elecciones generales del Reino Unido, tras 13 años de gobierno.

primer plano la salud, la educación y el bienestar social. Y es que en el Reino Unido las grandes batallas ideológicas de los '80, como la política exterior y los temas del desarme, llegaron a su fin. Hoy los partidos coinciden en la integración europea y la alianza con EU. Asimismo, la profunda división regional del país es un punto clave a la hora de explicarse el error de los pronósticos. La restructuración thatcheriana favoreció al Sureste y al Este de Inglaterra. A cinco años de ese miniboom, el electorado de esas regiones permaneció fiel a los conservadores. Escocia y Gales, luego de que en 1986 Thatcher declarara la obsolescencia de la industria y de la infraes-

tructura de servicios de esas regiones, votaron masivamente al laborismo. En este cuadro de fractura regional, no extraña el renacer del nacionalismo hasta apoyar, como en Escocia, la liquidación del statu quo que la UE a la corona del Londres desde el siglo XVIII.

Estos fenómenos abonaron una gestión conservadora de nuevo cuño. Major nombró gabinete propio y abandonó las políticas más controvertidas de Thatcher, como la poll-tax. Saneó la belicosa postura thatcheriana hacia la CE y se encargó de proclamar en todo momento su interés en preservar y mejorar el servicio nacional de salud. Y esto repercutió en el electorado. El programa conservador plantea la reducción de impuestos personales para recuperar la economía y los comicios. Esto le costará unos cuantos millones de libras al Tesoro, que lo resolverá vía endeudamiento, un tabú en la era Thatcher. De alguna manera la política fiscal definió la elección en un país dividido y en donde el conservadismo triunfante debe afrontar los males del "legado de Thatcher", aplicando la discreción y el sentido social. El fantasma de la Dama de Hierro parece haber desaparecido para siempre de Downing Street.

de una segunda crisis del estado de bienestar en el marco del crecimiento inexorable del paro y la inmigración y la perspectiva de integración europea para 1993 tras los acuerdos de Maastricht del pasado año.

El ex-premier Michel Rocard dijo en una ocasión: "Los males del socialismo francés son en definitiva los males de Francia". Y dio en la tecla. Pocas sociedades como la francesa fue tan traumatizada por la actual dinámica de cambios. El derribo del comunismo (recordar la actitud vacilante del propio Mitterrand para condenar inmediatamente el golpe fracasado de la ortodoxia contra Mijail Gorbachov en agosto pasado), obligó a reformular los paradigmas de seguridad del continente. La explosión en cascada de conflictos regionales de naturaleza étnico-secesionista, fuera de la lógica de la bipolaridad, obligan a Francia a relabrar su papel en relación a la OTAN. Simultáneamente, el proceso de unificación europea que incluye la apuesta sobre la capacidad de liderazgo de una Alemania unida, con más de 80 millones de habitantes y decidida a ejercer un nuevo rol internacional. En este sentido, el agravamiento de la crisis yugoslava, en la que París siempre jugó al mantenimiento de la federación balcánica de posguerra mientras Alemania lo hacía a favor de un rápido reconocimiento de las independencias de las repú-

blicas secesionistas de Eslovenia y Croacia, dio la pista irrefutable de que Bonn está dispuesta a reconstruir el destino de Europa con una voluntad acorde a su poderío real. En cuanto a los factores internos, se deducen de una coyuntura que combina aceleración de la competencia y agravamiento del desempleo, alentado por el auge inmigratorio. En Francia residen cerca de 4 millones de inmigrantes, el 8 por ciento de la población total y las masas de extranjeros más numerosas provienen de países musulmanes. Esta situación tiende a agravarse ante el crecimiento demográfico de esos países, Argelia, Túnez y Marruecos, ya que se calcula que sólo en el norte de África la población superará los 160 millones de habitantes para el fin de siglo. Esta realidad le da un impulso adicional a las extremas derechas que sacan provecho de los prejuicios raciales.

La consolidación del Frente Nacional no es ajeno a este fenómeno. Ya es la tercera fuerza política del país, aventajando al Partido Socialista en cuatro de las grandes regiones: Ile de France (10 millones de habitantes, con París capital), Provenza Alpes Costa Azul (4,3 millones de habitantes, capital Marsella), Alpes Ródano y Alsacia. Hay barrios como Belleville o la misma Rue Saint Denis, a escasos minutos del centro de París, donde ya es difícil oír el francés. Se trata de una geografía de callejuelas y "carnicerías musulmanas" (así rezan los carteles

en las puertas) que aparece como experimento avanzado de la ósmosis de razas, lenguas, culturas y religiones que constituirá la Europa del siglo XXI. Hay que tener en cuenta, además, que en los últimos cuarenta años la sociedad francesa sufrió una urbanización tardía y brutal. El 75 por ciento de los franceses vive hoy en el medio urbano, superando con creces al 45 por ciento que lo hacía al término de la Segunda Guerra Mundial. Esa urbanización masiva, organizada con precipitación debido, en un primer momento, a las necesidades de la reconstrucción y, luego, a las derivadas del desarrollo económico, quebró el equilibrio tradicional que caracterizaba a la ciudad como espacio de diversidad social, provocando la segregación en grandes aglomeraciones convertidas en polos de violencia. El gobierno creó un ministerio de la ciudad, una secretaría de Estado para la integración social y una ley antighetto; y el ex-ministro de Asuntos Urbanos, Bernard Tapie, anunció medidas para combatir lo que denominó la "miseria urbana", movido por el impacto visual de los acontecimientos de Los Ángeles.

A todo esto se suma un problema estructural de peso que afecta a Francia, ya que en períodos de crecimiento tiende a crear menos empleos que los demás países, debido principalmente a la insuficiente calificación de la mano de obra y a la creencia de muchos empresarios de

que toda sustitución de mano de obra por capital es necesariamente más competitiva. Asimismo, la crisis socialdemócrata responde al comienzo de un "segundo momento" en el proceso de desgaste del estado de bienestar iniciado en los '70 que afecta a temas claves como la sanidad, la educación y la seguridad ciudadana, provocando una verdadera revolución de las clases medias. La sucesión de manifestaciones de los últimos meses en la capital francesa que agrupó a médicos, personal sanitario de todo el país en protesta por el recorte de los gastos de salud, a los que se sumaron estudiantes, agricultores y oficinistas varios es su mejor expresión.

En este marco ¿cuáles son las cartas de Mitterrand? En noviembre pasado el presidente anunció su intención de proponer una serie de reformas constitucionales que incluía la reducción del mandato presidencial a cinco años y el incremento de los poderes del parlamento. Hay también un proyecto de reforma electoral que contempla la proporcionalidad, pero que a la luz del resultado electoral, choca con un inconveniente: si bien relativizaría la posible victoria de la derecha tradicional en el '93, por otro lado abriría las puertas de la Asamblea a las formaciones menores en ascenso como el Frente Nacional de Le Pen. Pero la suerte está echada y los interrogantes sobre la mesa. El gobierno de Bergey tiene apenas pocos meses para "dar vuelta la historia". □

Italia

Pluripartidismo, nomenklatura y final

Franco Castiglioni

El reciente nombramiento de Giuliano Amato a la presidencia del consejo de ministros tiende a reproponer el modelo centrista de la política italiana de posguerra. Sin embargo, sus posibilidades para gobernar la crisis aparecen escasas y su eventual fracaso denso de incertidumbre. La economía y la política italiana están hoy ligadas más que nunca a una urgente reforma electoral y al fin de la Nomenklatura partidocrática.

mica es independiente del poder político). A partir de la posguerra, el desarrollo peninsular es un notable ejemplo de la inexistencia del presunto divorcio entre economía y política. La economía italiana se expandió bajo el auspicio de la intervención estatal, a nivel de programas industriales y de inversiones directas, y de un conjunto de instituciones protectoras (de seguridad jurídica y de resguardo político) que la pusieron al amparo de cambios bruscos en las reglas de juego.

Para ser más precisos, a pesar de la permanente litigiosidad entre partidos, la inestabilidad de los gobiernos parlamentarios (en promedio uno cada diez meses), la corrupción y los escándalos a repetición, la economía italiana se transformó de agraria a posindustrial, con la consiguiente secularización de la sociedad, en un contexto de continuidad de las políticas estatales. Por un lado la economía se ligó a un marco supranacional de certezas político-jurídicas como el del Mercado Común Europeo que forzó la apertura, un cierto disciplinamiento empre-

sarial y la competitividad, siguiendo el ritmo dictado por Alemania y Francia. En segundo lugar, las fuerzas políticas italianas que dieron el paso europeo construyeron un sistema de alianzas basado en las mas férricas exclusiones del poder ejecutivo del movimiento obrero y de su partido más representativo (el Partido Comunista), percibido por el gobierno y sus aliados internacionales, como un peligro para la economía de mercado y para la misma seguridad occidental. Para la gran industria privada, asociada al capital público, la amenaza de un cambio de reglas de juego de corte radical, como hubiese significado el acceso al poder del PCI, resultó por lo tanto lejana y muy poco probable. En una sociedad con hondas fracturas sociales y culturales (catolicismo vs. marxismo) como la de posguerra, la reconstrucción económica se vio políticamente protegida frente a cualquier cambio indeseado, beneficiándose de la obligada exclusión de los comunistas y en la práctica de la perpetuidad "necesaria", y por eso en constante tensión, del bloque político-so-

cial dominante.

De disociación entre Roma y Milán ni hablar entonces. Por el contrario, Roma se volvió siempre más "círculo" como producto de la forzada coexistencia entre distintas fuerzas políticas ligadas por un pacto de exclusión (desde los demócratas cristianos a los socialistas), protegidas de la alternancia en el poder por la inviabilidad de un gobierno con el PCI y por ello prácticamente irresponsables frente a la opinión pública, mayoritariamente temerosa del acceso al poder de los comunistas, no obstante su adhesión a la democracia. La lógica misma de la interacción entre un poder político inamovible y una economía en buena medida subsidiada impregnó al estado de corrupción y arbitrariedad, en el que se incrustaron prepotentemente poderes ocultos como la Logia P2 y la mafia, hasta poner en discusión el valor mismo de la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Los políticos ocuparon, cobrando parte a los privados, los aparatos públicos, arbitrando entre los partidos en el poder, por influencia y peso político (el sistema de la *lottizzazione*), los nombramientos para los cargos directivos de empresas estatales de punta hasta la misma distribución "ideológica" de los ordenanzas de la administración.

Este sistema político de Nomenklatura, inmóvil e impermeable al control institucional, a su vez venía alimentado por el alejamiento de la sanción popular, por la hibernación política del PCI, reductante a admitirse partid socialdemócrata de corte occidental, ha sido, por un período, funcional al desarrollo

de la economía en un país dividido. Milán se benefició de Roma, y viceversa. En este contexto no fue difícil que se observara sólo la superficie y se pensara que la Italia de los gobiernos del "pentapartito" en los años 80 fuera un ejemplo de estabilidad democrática. En realidad, los cambios que ocurrían en la sociedad (la superación de las fracturas sociales producto del extraordinario crecimiento económico y la secularización social que limaba viejas adhesiones culturales a la Democracia Cristiana y al PCI), y en el plano internacional el debilitamiento y posterior desplome del sistema comunista, así como las nuevas y más desafiantes exigencias de la integración económica y monetaria, —como la de reducir la deuda pública— terminaron por echar luz sobre las innumerables falencias de la "democracia a la italiana" entre las cuales está su incapacidad de construir un marco de mayor competitividad para la economía.

A la transformación de la sociedad no siguió la del sistema político ni la de ese estado que cobijó la industrialización de posguerra y de los que la sociedad reclama su urgente forma. "Las elecciones —escribió Maurice Duverger— sólo han servido para redistribuciones a clientelas sobrepujadas en forma de pirámide, mientras el estado se ha vuelto poco a poco un enorme tumor maligno que amenaza con devorar al entero organismo". Al final de la década pasada la crisis comenzó a dar señales de alarma; este año se convirtió en parálisis institucional.

Una urgente reforma del sistema político

El sistema político, con un correlato de corrupción y de vinculación con la criminalidad mafiosa y los poderes ocultos, así como la maquinaria administrativa de estirpe borbónica, con servicios públicos ineficientes y una deuda pública incontenible (que ya supera el PIB anual) constituyen obstáculos para las exigencias de la economía de fin de siglo. Como no puede ser de otra manera la política condicional al desarrollo económico. Pero las defenestraciones de la política italiana son también, como ha escrito Paolo Flores d'Arcais, "elementos de subdesarrollo y de degradación en términos de civilización, antes aun que de economía". El progresivo crecimiento del voto de opinión respecto al de intercambio, y al de identidad o cautivo, puso en evidencia la desconformidad de la sociedad con el sistema partidocrático reinante. Las elecciones del pasado abril marcaron el surgimiento de una fuerte protesta, no canalizada por la izquierda —el PDS, heredero del viejo PCI, fue uno de los principales derrotados— que se expresó a través de las Ligas, una suerte de movimiento anti-partido con base de obreros y pequeños empresarios, que haciendo eje en el racismo del norte, proponen la federalización del país frente a un estado central siempre más impotente.

Las Ligas, en Lombardía, la región más moderna e industrializada del país, lograron superar el 20 por ciento de los votos, han puesto a la Nomenklatura romana frente a la amenaza, hasta violenta, de la rebelión secesionista. Al mismo tiempo, las elecciones redujeron la mayoría parlamentaria de los partidos del último gobierno a pocos escaños y determinaron una inaudita fragmentación parlamentaria (16 partidos representados). A la DC y sus aliados quedó, sobre todo, la reserva de votos del *Mezzogiorno* donde más contaminada está la política por el clientelismo (voto de intercam-

bio) y la aparcería política con la criminalidad mafiosa. Pasadas las elecciones, la dificultad de los partidos para nombrar al sustituto de Cossiga a la presidencia, los recientes atentados criminales de la mafia y el descubrimiento del maxisecuestro político-financiero en Milán, en el cual se han visto por primera vez involucrados dirigentes del ex-PCI, han dado mayor consistencia a la desafección política de los italianos y a la consolidación de las Ligas. Esta situación ha dado lugar a que políticos, intelectuales y medios abrieran el debate sobre una urgente reforma del sistema político, como única vía para reconstituir la legalidad democrática y a su vez para desmenuar el nudo del estado ineficaz y parásito. Pero, ¿es verosímil que semejante sistema político pueda reformarse profundamente y renunciar al privilegio de la inmovilidad sin caer en tentaciones populistas, presidencialistas, como las que alentaba Cossiga? Es legítimo ser escépticos. Por las características del sistema político sólo la ingeniería institucional podría cambiar este estado de cosas.

El modelo partidocrático italiano se fundó, como se dijo, sobre la base de la exclusión de entre un cuarto y un tercio del electorado. Cualquiera sea la razón histórica ("partidos antisistema" a la Sartori o "coalición negativa" a la Di Palma), se da el caso que Italia no sea ni una democracia mayoritaria, ha sido en alternancia entre dos bloques, ni una democracia consociativa, al estilo belga u holandés. El PCI, y con él movimiento obrero, nunca pudo acceder a posiciones de gobierno a pesar que se centrara con éste en el Parlamento a través de los gobiernos locales o los sindicatos. El sistema electoral extremadamente proporcional, eficaz para permitir en el período de la reconstrucción la integración de masas al sistema político democrático a través del Parlamento, se conjugó con la presencia de un vasto arco de partidos con identidad y tradiciones propias y con la decisión estratégica de excluir del gobierno al PCI, conformando un singular sistema de confluencia y dilatación del centro político (el "pluralismo centrista" descrito por Farnetti). Quedando a la derecha del espectro los neofascistas, fue la DC la que se ubicó con éxito en el centro, logrando compensar su gradual pérdida de votos con la

incorporación en el gobierno, primero, de partidos satélites, como los republicanos, los liberales y los socialdemócratas, y luego, a partir de los 60, de los socialistas. Al inicio este sistema logró contener tensiones sociales absorbiendo los demócratas cristianos en su interior los conflictos que en Wiemar y en la Cuarta República francesa estallaron entre los pequeños partidos de centro. Pero a medida que se fue reduciendo el peso electoral de la DC aumentó la capacidad contractual de sus aliados y de los nuevos miembros, cada uno con distintas necesidades de recursos de identidad y materiales. Sin alternativa creble, la apuesta de los partidos en términos de promesas demagógicas fue creciendo, con costo reducido para todos ellos, incluida la oposición, desresponsabilizada de hecho.

Las características de esta democracia "renga" fueron fundamentalmente tres: la del sistema electoral proporcional en un contexto de numerosos partidos competidores, la de la exclusión de un partido significativo, y la de la dilatación del centro, su erosión y posterior atracción de nuevos partidos moderados a esa área. Cuando el Partido Socialista renovó su dirigencia, sus ambiciones crecieron proporcionalmente con el rol imprescindible que éste fue asumiendo para lograr mayorías parlamentarias. Así, Craxi obtuvo por primera vez, a mediados de los 80, la presidencia del consejo de ministros y de allí en más los socialistas se convirtieron en un segundo pilar del centro, compitiendo con la DC por los mismos recursos y por lo tanto teniendo el terreno de gobierno aún más conflictivo e ineficaz.

Compuesto, día tras día, por las transformaciones en la sociedad italiana, el derrumbe de los regímenes del socialismo real y los nuevos y más importantes desafíos comunitarios, terminaron por modificar los escenarios políticos y económicos y motorizaron una demanda social de cambio.

No hay signos que permitan ser optimistas

El socialista Giuliano Amato, recientemente designado primer ministro, ha intentado proseguir en el modelo de atracción al centro invitando al PDS, hoy

legitimado por su reprocesamiento, por la desintegración del comunismo, y por su misma disminución electoral a subir al gobierno. El fracaso de esta operación, que presuponía tomar constancia de la desaparición del PCI como fenómeno "antisistema", impuso a la vieja coalición la alternativa de formar un gobierno de exigua mayoría parlamentaria. Con lo cual es verosímil conjeturar que proseguirán, agravadas por la estrechez del nuevo gobierno centrista, la conflictividad y la parálisis política, a las que se confrontará ahora la agresividad y el crecimiento de las Ligas en su nueva función de "antisistema". El rechazo del PDS (y ahora también el del Partido Republicano, pero también el de dirigentes reformistas de la DC y del PSI) a la continuidad del modelo "centrista" abre, sin embargo, una posibilidad para evitar un estallido estilo Cuarta República.

Fenece la cláusula de exclusión y alzada la posibilidad de ensanchar el centro con nuevos adeptos, queda sólo la ingeniería electoral para forzar una verdadera reforma política. La sociedad italiana puede asumir la transformación hacia una democracia mayoritaria de tipo bipolar sin temer el abismo. Una reforma de tipo mayoritario (con mecanismos de doble turno o de premio de coalición) puede llevar, junto a un proceso de alianza entre el PSI y el PDS, a la constitución de una democracia con alternancia.

El sistema proporcional, por el contrario, mantiene por inercia en vida vegetativa al modelo actual, pero mucho más debilitado y amenazado además por su creciente conflictividad e ineficacia. En Francia el mismo Mitterrand, aterrado por el ejemplo italiano y el recuerdo de la Cuarta República, renunció recientemente al proyecto de volver al sistema proporcional. El mismo temor cundió en Inglaterra cuando los liberales propusieron una reforma proporcional.

El camino es difícilísimo. Para ello el nuevo gobierno Amato deberá ser consciente de la gravedad de la situación, estar dispuesto a autonomizarse de los conservadores y a transformarse en un ejecutivo de transición. Sus primeros pasos no invitan ciertamente al optimismo. □

América latina

Luis Pádua

Si la década pasada fue de la democratización, la actual aparece marcada por la inestabilidad y el agotamiento de los regímenes que, con el voto popular, se establecieron en casi todos los países de la región.

social afloró en 1992 a través de huelgas, protestas y movilizaciones, y ha cristalizado

tar que en los años cuarenta creó la socialdemocracia de Pepe Figueres, con financiación estadounidense. En la Argentina de la "convertibilidad" y de la falta de alternativas en el repetido juego de radicales y justicialistas, parte del descontento se expresa políticamente en el auditorio electoral convocado por militares convertidos en políticos, como el general Bussi y el coronel Rico, como impresión grado de lealtad a las reglas de la democracia y de la mano de una inequívoca vocación autoritaria.

Brasil es uno de los casos más llamativos, debido a su tamaño. El gobierno de Collor de Mello no parece capaz de curar la persistente inflación —estabilizada ahora en un 20 por ciento mensual— que en la campaña electoral prometió liquidar de un solo tiro; empeño infructuoso que sin embargo en 1990 le costó al país su primera recesión desde que se llevan estadísticas al respecto.

Con cambios de ministros y algunos zigzags en las políticas, Brasil parece deslizarse por una pendiente, entre las negociaciones de la deuda y el control que sobre las calles de las grandes ciudades ejercen narcotraficantes y otros delincuentes; entre las complejas negociaciones parlamentarias y la proliferación del cólera, el Sida y los saqueos. Una situación en la que no sirve de consuelo saber que, según las encuestas, de haber elecciones hoy "Lula" sería el elegido. En América Latina, esto es el resultado, el suma, del desencanto que surge apenas un gobierno ha recorrido el primer tramo del lapso al cual corresponde su mandato electoral.

El repaso podría continuar, pero probablemente no hace falta. Nos queda suficientemente bosquejado el paisaje, a los efectos de plantear la pregunta acerca de qué está pasando con estas democracias latinoamericanas que tenemos.

I

No parece ahora suficiente caracterizarlas como "democracias limitadas", según la sugerencia noción que Orlando Fals Borda propusiera diez años antes, para hacer notar los estrechos márgenes del poder civil respecto a un severo tutelaje militar. Pese a las inquietantes aparcencias, este flanco del asedio sobre la democracia es hoy un componente del problema, que sólo como expresión de factores más profundos aflora ocasionalmente en el desolado paisaje democrático. Es decir, si un sector militar intenta derrocar a Pérez en Venezuela y otro, más importante, respalda a Fujimori en Perú, no estamos ante comportamientos atribuibles a la simple voluntad militar de prevalecer sobre la decisión ciudadana. La opinión civil mayoritaria, en ambos casos, sugiere más bien lo contrario.

Los por qué de esta opinión —que anuncia cierta frustración respecto a las democracias realmente existentes— constituyen una posible puerta de entrada al tema. De otra parte, tenemos que considerar el rol marginal reservado ahora a nuestros países en la economía mundial, que se expresa en el desinterés del Norte por nosotros e impone límites precisos a la esfera de lo posible en esta región. No es sólo, pues, por falta de imaginación o seguidismo a "la voz de Washington" que las políticas de estabilización han ganado condiciones para generalizarse. Es que nadie está en condiciones de asegurar la viabilidad de la política económica expansiva y distributiva a la vez que, según el esquema conceptual que examinamos, requeriría la democracia para desarrollarse satisfactoriamente.

Un segundo tipo de explicación disponible pone el énfasis en las severas limitaciones de la clase política de nuestros países o más abarcativamente, para incluir a empresarios, intelectuales y líderes sociales —de sus élites. La falta de un liderazgo dotado de un proyecto social y de la estatura necesaria para llevarlo adelante aparece así como una falencia notable de nuestros países, con la probable excepción de Chile. La excepcionalidad chilena, precisamente, reúne un liderazgo exitoso económico —no obstante el he-

PUNTO DE VISTA

Nº 43 - AGOSTO DE 1992

Benjamin y los pasajes
Saer y El río sin orillas
Sectas protestantes en América Latina
Homenaje a José Arioic / El peronismo hoy
Derechos humanos y democracia
Borges y el poder / El cine moderno
Ficciones rurales

Escriben: Altamirano, Montaldo, Beceyro,
Filippelli, Cheresky, Lehmann, Sarlo

con un régimen político que no mejora —, más bien, empeora— las condiciones de vida de la población. La segunda aldea, en términos teóricos, a la tolerancia social frente a la desigualdad en democracia. La tercera deriva, en términos de una propuesta política no bien perfilada, la necesidad de una política económica distinta a la de ajuste, que revierte ese círculo perverso donde se produce una democracia que cada vez se angosta más, entre los márgenes de la recesión y el achicamiento del gasto fiscal.

Este primer tipo de explicación no es inexacta, pero puede que sea insuficiente, debido a que pasa por alto cuando menos dos elementos importantes en una consideración atenta de aquello que ocurre hoy en nuestros países.

De una parte, la pobreza es cada vez menos aceptada como legítima en América Latina; pero —como el clásico ejemplo de Italia recuerda— las razones para la insubordinación del pobre tienen menos relación con la existencia de un régimen político determinado que con los cambios culturales modernizadores que, habiendo llegado de fuera, revolucionaron las expectativas de las mayorías durante los últimos treinta años, y las siguen revolucionando. Como observara agudamente Alejandro Portes, debido a que estos cambios de mentalidad no correspondían ni expresaban la propia evolución productiva, se convirtieron paradójicamente en obstáculos para un esfuerzo de crecimiento.

De otra parte, tenemos que considerar el rol marginal reservado ahora a nuestros países en la economía mundial, que se expresa en el desinterés del Norte por nosotros e impone límites precisos a la esfera de lo posible en esta región. No es sólo, pues, por falta de imaginación o seguidismo a "la voz de Washington" que las políticas de estabilización han ganado condiciones para generalizarse. Es que nadie está en condiciones de asegurar la viabilidad de la política económica expansiva y distributiva a la vez que, según el esquema conceptual que examinamos, requeriría la democracia para desarrollarse satisfactoriamente.

Un segundo tipo de explicación disponible pone el énfasis en las severas limitaciones de la clase política de nuestros países o más abarcativamente, para incluir a empresarios, intelectuales y líderes sociales —de sus élites. La falta de un liderazgo dotado de un proyecto social y de la estatura necesaria para llevarlo adelante aparece así como una falencia notable de nuestros países, con la probable excepción de Chile. La excepcionalidad chilena, precisamente, reúne un liderazgo exitoso económico —no obstante el he-

cho de que casi el 40 por ciento de su población permanece por debajo de la línea de pobreza — y un excelente nivel de élite, bien formada y mejor ubicada en la avanzada del cambio tecnológico y productivo.

Una mirada al resto de la región corpora, con matices aportados por los estilos nacionales, la hipótesis prospectiva acerca de una clase dirigente cuya capacidad de respuesta se halla por debajo de las difíciles exigencias presentes. La retórica sin sustento, el predominio de la frivolidad y la ignorancia inexcusable perfilan, en efecto, a muchas de las principales figuras de nuestros países: políticos, empresarios, dirigentes sindicales o religiosos. El límite a la tentación de imputarles consiguientemente a estos actores principales está dado, sin embargo, por el alto nivel de aceptación popular de la cual disfrutan, por ejemplo, personajes como los presidentes Menem y Fujimori. ¿Cómo explicar la paradoja?

La cuestión puede volver a incitarlos a una consideración más atenta de aquello que, en verdad, son las sociedades de las cuales surgen estas democracias. Reexaminarlas, como ha propuesto recientemente Guillermo O'Donnell, para preguntarse, por de pronto, por qué nuestras sociedades no han generado un liderazgo distinto al conocido. O, si se prefieren términos más prospectivos y amplios, bajo qué condiciones posibles podrían generarse otros líderes, otros comportamientos ciudadanos y otro tipo de funcionamiento de las instituciones civiles.

II

El caso del Perú, en este debate, es extremo pero no es excepcional. Y si no lo es —porque ofrece reunidos y exacerbados diversos males degenerativos que otras sociedades de la región también albergan, aunque en grado menor de crecimiento— mirarlo de cerca puede ser de enorme utilidad.

La economía peruana se ha revelado invariable, en la forma que adoptó y en las que ha intentado, desde hace casi veinte años. La carga de la deuda externa, en el caso peruano, es una excusa que rimó notablemente en la demagogia de Alan García, pero no hay drenaje hacia el exterior que explique la escasa acumulación interna y los niveles de miseria del país. Igual que en el caso de Bolivia, si se repatriase por igual entre sus habitantes el ingreso nacional, sólo se lograría socializar la pobreza.

Los partidos políticos han fracasado al hacerse cargo, desde 1980, de una democracia que ha producido gobiernos nacionales y locales ineficientes, militarian sus responsabilidades en derechas o en izquierdas. En el vacío consiguiente se hizo posible que en noviembre de 1989 Lima eligiera como alcalde a un personaje de la televisión y que el año siguiente prefiriera a un hombre casi desconocido —sin trayectoria política, sin partido, sin programa, sin equipos de gobierno— en lugar de un novelista respetado por buena parte de la clase dirigente.

En 1989 Venezuela había tomado el camino contrario, al volver a elegir al candidato partidario más popular, y la ciudadanía luce arrepenida. En Perú, en cambio, el elector promedio volvió a respaldar este año, según las encuestas disponibles, la opción aventurera de Fujimori, cuando éste decidió saltar por sobre la constitución y el parlamento, con fines y objetivos que nadie puede precisar. ¿A quién responsabilizar por ello? ¿A una experiencia histórica donde de la democracia fue ineficiente y el recurso al autoritarismo militar fue la única medicina cíclicamente administrada? ¿A un caso de movilidad descendente de casi veinte años? ¿Al ajuste que el propio Fujimori impulsó brutalmente en agosto de 1990? ¿A una élite sin proyectos sociales, que aparece dividida frente al autogolpe? ¿O a los propios ciudadanos de una sociedad que nunca pudo o supo vivir estable y proveyosamente en democracia?

En el drama latinoamericano actual concurren la incapacidad de generar endógenamente un proceso de crecimiento económico sano y la imposibilidad de construir democracias como aquellas sobre las que razonó la teoría democrática, elaborada en el Norte. Nuestra impregnación —menudo ideológica, casi siempre cargada de voluntarismo— de las democracias insuficientes que vivimos esporádicamente en este siglo nos hizo perder de vista que, en el Norte, en el principio fue el desarrollo capitalista y que históricamente no se ha abierto una ruta alternativa hacia la democracia. Sin haber resuelto el desafío de la viabilidad económica de nuestros países, convertimos el tema de la democracia en un asunto de gestión y movilización.

Si nuestras ciencias sociales quieren entender este que nos pasa probablemente deban regresar de su periplo excesivamente prologado por las teorías que, abrevando en el marxismo o en el neoliberalismo, se elaboraron originalmente en el esfuerzo de explicar realidades demasiado distintas a las nuestras. Mucho de nuestra reflexión sigue tributando a la dependencia; no a la teoría que difundieron Cardoso y Faletto como hipótesis inteligente, luego degradada a diagnóstico mágico, sino a la dependencia intelectual.

Necesitamos pensar de nuevo estas sociedades. Caracterizar desde prejuiciosamente las raíces y sus límites, para proyectar mejor sus posibilidades a través del tiempo. Y, a la hora de la propuesta, debemos tener presente que, así como no hay crecimiento económico espontáneo ni, menos aun, instantáneo, tampoco la democracia es un acto de voluntad o una proclama fundadora.

Desde la nueva comprensión resultante habrá que responder seriamente la cuestión de los límites de lo posible. Y sólo entonces será factible vencer —pero no gracias a un simple acto de voluntad o de movilización política— tanto la falta de alternancia como la resignación que la acompaña. □

ENTREVISTA

Diálogo con Michael Walzer

Elogio del pluralismo democrático

Chantal Mouffe*

Michael Walzer es profesor en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton y codirector, con Irving Howe y Mitchel Cohen, de la revista Dissent. Su pensamiento es mencionado frecuentemente como una de las fuentes importantes de renovación de la filosofía política. Esta entrevista fue publicada originalmente en el número de marzo/abril de este año en Esprit.

algunos esfuerzos para valorizar los rasgos comunes que existen en todos, o casi todos, los contextos humanos. Quiero, por ejemplo, poder expresar mi solidaridad con los demócratas checos o chinos. Al mismo tiempo, Rawls acepta reconocer los argumentos presentando afinidades marcadas con la singularidad de la experiencia americana. No obstante, existen todavía importantes diferencias entre nosotros, que comienzan, quizá, a las disciplinas académicas que apoyan nuestras concepciones respectivas de la justicia distributiva. Rawls se inspira en la teoría económica y la psicología del desarrollo; yo en la historia y la antropología. En consecuencia, su «justicia como equidad» da lugar a un solo conjunto de principios coherentes, mientras que los principios distributivos de mi «justicia compleja» son radicalmente divergentes, en armonía con nuestras representaciones de los bienes sociales más bien con los resultados de un proceso de elección racional.

Volvamos un momento sobre su concepción de una socialdemocracia liberal y pluralista. Este proyecto se acerca al de «democracia plural», que consiste en repensar la política de la «izquierda» en términos de «radicalización de la democracia», como la extensión de los principios de igualdad a un número creciente de relaciones sociales. En esta perspectiva, sus proposiciones concierne a la «asociación crítica» me interesarán particularmente porque hacen explícita una idea, que usted a menudo defiende, de un liberalismo cuya dinámica condice al socialismo democrático.

Siempre pensé que un socialismo democrático debería permitir el desarrollo de una vida animada por asociaciones múltiples. Las asociaciones voluntarias son una característica de la sociedad liberal: con el gobierno, su extensión y su energía representan uno de los grandes logros del liberalismo. Pero éstas siempre estuvieron limitadas a algunas clases, la mayoría de los voluntarios provienen de las clases medias y superiores, y reproducen muchas veces en la sociedad civil modos de dominación ya presentes en el seno del mercado o del estado.

Las fracciones populares de la sociedad, excepto cuando están organizadas en un movimiento de izquierda-oderecho, derechos civiles, feminista, etc.-son pasivos y temen-

rosas. Esta movilización a través de los diferentes movimientos es muy importante y siempre tiene algo de exaltadora, pero es necesario preguntarse lo que queda a nivel de las instituciones. Veo la sociedad civil como el dominio donde el compromiso y el activismo de los militantes podrían ser institucionalizados y transformados en una forma de responsabilidad cotidiana, necesaria para que exista una verdadera vida pública. Es ahí donde la cooperación, la ayuda mutua y la solidaridad pueden convertirse en reales y concretas. La sociedad necesita un marco político y es preciso que sea apoyada por el estado; es por eso que sus miembros deben también ser ciudadanos. Me parece que el test más decisivo de todo socialismo, es su capacidad de hacer de la sociedad en sí misma la creación continua de hombres y mujeres comunes.

La función del estado es redescubierta en Francia. Luego de haber privilegiado demasiado la sociedad civil, ahora se dan cuenta, hasta qué punto es necesario que se apoye en el estado. De ahí un retorno de lo político que se había descuidado en su dimensión de decisión, y asimismo una renovación del honor de la ciudadanía.

Estoy de acuerdo en la importancia del estado porque representa un nivel de generalización al cual ninguna de las asociaciones de la sociedad civil puede aspirar. Podemos concebir su función de dos maneras. Primero, cuando los movimientos de masa rompen las formas tradicionales de dominación, se necesita al estado para ratificar los cambios y asegurar su eficacia: como fue el caso de la revolución de los derechos civiles en Estados Unidos. Segundo, el estado es necesario para garantizar (legal y materialmente) las nuevas formas de libertad y pluralismo. Como éstas siempre tienen un cierto grado de indeterminación (esto es una característica tanto de la libertad como del pluralismo), la función del estado será perpetuamente impugnada. Será resolver estas cuestiones de una manera política, es decir, por intermedio de ciudadanos vigilantes. Es el conjunto de los ciudadanos, la comunidad política obrando a través de las instituciones del estado, la que debe decidir la solución para estos conflictos. Al mismo tiempo, estos ciudadanos activos están también comprometidos en otra parte, en las diferentes asociaciones de la sociedad civil. Hasta

qué punto deberían ser sus compromisos respectivos, he aquí una buena pregunta que no puede ser respondida de manera teórica sino únicamente en la práctica.

El reconocimiento del pluralismo, es ahí donde reside el carácter específico de la democracia moderna y no es sorprendente que al mismo ocupe un lugar central en su investigación. Sin embargo este término tiene significados tan diferentes que no es fácil comprender lo que usted entiende exactamente por «pluralismo».

Recuerdo a la noción de pluralismo en dos sentidos que no siempre son suficientemente distinguidos. En primer lugar hay un pluralismo que se refiere a los bienes sociales y a las «esferas de justicia» que éstos constituyen, con sus diferentes principios de distribución y los procedimientos que los identidades. Existe luego el pluralismo de las identidades sociales y de culturas étnicas y religiosas a partir de las cuales son engendradas. Es preciso aceptar y adaptarse a estas formas de pluralismo, ya que son inherentes a toda sociedad moderna y compleja. Pueden ser reprimidas: al precio de la uranía y la brutalidad, pero no pueden ser jamás eliminadas. El pluralismo de que trata la ciencia política americana y que data de los años 60, es más limitado y apologetico. Sostiene que el poder en la sociedad americana está radicalmente fragmentado y dispersado: no existe ni soberano, ni centro, ni clase dominante, ni élite en el poder; solamente ciudadanos liberales, organizados en una serie de grupos que se equilibran y ejercen sus derechos democráticos. Es una tesis que se debe examinar con precaución ya que no es evidente que la fragmentación sea un valor democrático. Desde luego, deseamos a veces que el poder esté dividido, pero el objetivo de todo movimiento político serio es ganar el poder y consolidarlo con el fin de su utilización.

La insistencia en la necesidad de dar lugar al pluralismo de culturas y de identidades le valió a menudo la acusación de «relativismo», por Ronald Dworkin, entre otros, en la polémica que tuvo con usted a propósito de Spheres of Justice. Según Dworkin, el objetivo de una teoría de la justicia debe ser establecer principios que sean válidos en todas partes y siempre, mientras que usted afirma que el filósofo político debe «permanecer en la caverna» y que su finalidad es interpretar para sus conciudadanos el mundo de significaciones que tienen en común.

Estoy a favor de una concepción que afirma la relatividad de la justicia distributiva. El argumento de Spheres of Justice es precisamente que la distribución de los bienes sociales debe ser relativa a la significación que éstos poseen en la vida de las personas entre quienes se distribuirá. ¿Cómo podemos decidir nosotros la distribución de las prestaciones médicas, sin ocuparnos del valor atribuido a la salud y a la longevidad en un grupo determinado? ¿O

establecer una política de educación sin prestar atención a la importancia de la educación en una sociedad particular? Pero la justicia distributiva no es el todo de la moralidad, ni comprende el conjunto de la justicia. Cuando escribí de guerras justas e injustas, me referí a principios más universalistas, porque las guerras suceden entre sociedades y suscitan cuestiones que van más allá de las fronteras culturales. La idea crucial, por ejemplo, de la inmunidad de los no-combatientes debe estar arraigada en el reconocimiento mutuo de una humanidad común-aun si esto será expresado en lenguajes diferentes. En Europa y en Estados Unidos probablemente del derecho a la vida y a la libertad y el derecho de los pueblos de disponer de sí mismos representa, creo, una versión correcta de este mismo derecho. Por lo tanto, cuando discuto sobre la justicia distributiva, apelo a las significaciones y prácticas internas de mi propia sociedad (liberal, democrática). También tengo otras cosas que decir respecto a los civiles vietnamitas e irakíes, kurdos, palestinos y tibetanos que apenas conozco y cuyo modo de vida es diferente al mío. A diferencia de Dworkin, no tengo la pretensión de decirlos como deben organizar la correcta sociedad; desoso solamente darles la posibilidad de hacerlo por sí mismos. Si lo hacen muy mal, me uniré a Dworkin para criticarlos.

Afirmar el pluralismo de los bienes sociales y de las identidades culturales es enunciar una proposición a la vez particularista y universalista. Es reconocer la existencia de la diferencia en todas partes. El reconocimiento es universal mientras que lo que se reconoce es local y particular. Esto podría ser considerado como un universalismo reiterativo: la creación de bienes y de identidades se produce constantemente y nunca de la misma manera. Si bien conviene valorar la creatividad y respetar sus frutos, es igualmente necesario poner algunos límites a estos procesos sociales de creación, ya que sus protagonistas no deben imponer sus propias concepciones de la política o de la cultura. Autores como Habermas o Ackerman consideran que, a partir de estas obligaciones, debería ser posible producir el consenso y la moralidad de manera que los diferentes procesos de creación conduzcan a un consenso y a un cierto resultado. No es solamente la tolerancia lo que defiende sino también la idea de que todas las cosas humanas son necesariamente parciales e incompletas. Hay un antiguo refrán judío sobre la ley de Dios que dice «Dale vueltas y dale vueltas, todo está en Ella». Quizá. Pero nosotros no seremos nunca capaces de extraer el «todo».

Un argumento utilizado muchas veces contra una perspectiva que pone el acento sobre el pluralismo de las tradiciones, es que no permite dar un fundamento a los derechos humanos. Los presenta como el producto de una tradición particular, algo específicamente occidental, cuando se tendría que considerarlos como la expresión de un «progreso moral» de la humanidad, cuya evidencia debería poder ser aceptada por toda persona racional. Responder a un tal fundamento serio, al parecer, justificar la barbarie.

El lenguaje de los derechos del hombre no me es más que un nombre que nuestra manera particular de hablar de ciertos valores humanos que son centrales y generalmente aceptados. Cuando decimos, por ejemplo, que Idi Amin Dada, Pol Pot o Sadam Hussein violaron los derechos del hombre, los acusamos de lo que podría calificarse como



mo brutalidad o barbarie, de actos de inhumanidad o de crimen contra Dios. Parto del principio de que nuestra acusación puede ser traducida a otras lenguas. Es porque puede ser traducida que puede ser entendida y aplicada más allá de nuestras fronteras políticas y culturales. Pero estaríamos equivocados en pensar que el lenguaje de los derechos del hombre pueda servir para validar los caracteres más específicos de nuestra propia cultura política, como si todos los seres humanos estuvieran moralmente destinados a vivir de la misma manera que nosotros, excluyendo cualquier otra. No creo que se refuerza el argumento en favor del individualismo radical estableciendo una lista de los derechos individuales. En realidad, cuanto más larga sea la lista menos plausible será-o, más bien, tendrá solamente un significado local.

Lejos de representar una etapa necesaria en la evolución de la humanidad, un punto de no retorno, los derechos del hombre y las instituciones democráticas son conquistas que sería peligroso considerar que funcionan por sí mismas. Ahora bien, no es procurando fundamentar las políticas como las consolidamos, sino multiplicando las prácticas en que se basan y reforzando las diferentes identidades que las sostienen. La explosión de antisemitismo, de racismo y de nacionalismo a la cual asistimos ¿podría quebrantar ciertas convicciones occidentales un poco nuevas sobre la política y el carácter natural de la democracia?

Examinemos un poco este retorno de viejos antagonismos que trabajamos a la vez antiguos y nuevos. La izquierda nunca comprendió a las tribus. Ahora es claro que gran parte de la obstinación, de la resistencia pasiva pero penetrante que erosionan los regímenes totalitarios del Este provienen de pasiones y lealtades de naturaleza atenuada: particularistas. Deberíamos sorprendernos del poder de este particularismo. Fue reproducido década tras década, a través de varias generaciones, sin ningún apoyo de los organismos oficiales de reproducción social como son las escuelas y los medios de comunicación. Me imagino a los ancianos contando cosas a sus nietos. No soy partidario de llevar a cabo un combate político contra esa gente. Dejémosle contar sus historias públicamente. Lo que tienen de positivo será reforzado: lo negativo, lo fantástico, lo que es sólo resentimiento será expuesto a la crítica. En la medida en que ellas no implican ninguna injusticia hacia los que relatan historias diferentes, se debe permitir que estas historias se realicen. Para esto necesitaremos mucha creatividad y arte político, además de una gran variedad de disposiciones institucionales: descentralización, autonomía local, federalismo, etc. Quizá lo que sucedió con la religión en Oeste llegó finalmente con el nacionalismo en Este: el hecho de dar lugar a las diferencias minará poco a poco las bases del odio y del fanatismo. De todos modos hay algo que me parece cierto: el esfuerzo para crear un socialismo liberal debe estar relacionado a una solución «liberal» de la cuestión nacional.

Es exactamente lo que pienso y la razón por la cual todo lo que escribí sobre la justicia y la crítica social tienen por objeto establecer un marco de interpretación, indicar lo que debemos interpretar y en qué dirección lo debemos de interpretación. Mi crítica se quejan de que no ofrezco un método definitivo para elegir entre inter-

ciudadanía. La cuestión se plantea de manera diferente, pero es lo mismo lo que está en juego: cómo conciliar el reconocimiento del pluralismo étnico, religioso y cultural con el pertenecer a una comunidad política democrática cuyos principios políticos son la afirmación de la libertad y la igualdad para todos? Sobre este punto la tentativa de los autores comunitarios de recuperar el aspecto activo de la ciudadanía que se encuentra en el republicanismo cívico responde a una necesidad real. El problema es que su concepción de la comunidad no da lugar a ningún pluralismo. Pero la visión liberal que presenta la democracia exclusivamente como un conjunto de procedimientos es del todo insuficiente, ya que la democracia moderna no se centra con respecto a los valores. Si no logramos que se acepte su dimensión normativa, ético-política, dado que seamos capaces de resistir a las fuerzas centrífugas del particularismo.

En el pensamiento de izquierda se encuentran a menudo la idea, que viene de Rousseau, de que la ciudadanía debe ser concebida como un compromiso total y exclusivo, el ciudadano como un sujeto que no está dividido y cuyo impulso hacia lo general estaría garantizado por la cultura homogénea y una religión civil. Tal punto de vista hace de la política algo demasiado fácil (en realidad Rousseau era enemigo de la política; se oponía a sus divisiones y a su agitación). De manera más peligrosa aun, esto sugiere que los dirigentes políticos deberían reprimir y transformar a los sujetos divididos que ellos encuentran en las sociedades contemporáneas. Me parece que deberíamos más bien considerar a la ciudadanía como una de nuestras obligaciones, entre otras, atribuyéndole un carácter crucial porque nos sirve de mediadora con las otras obligaciones y nos permite vivir en una comunidad universal. La comunidad política es un dominio de interacción común en vista de objetivos comunes. Estos objetivos no comprenden el conjunto de la vida; no se encuentran en la política ni en la salud, ni en la realización del ser, ni en el amor. No obstante, es bueno para los hombres y las mujeres trabajar unidos para dar forma a las diferentes modalidades de su coexistencia; encontrarse, discutir, deliberar y decidir. Importantes capacidades humanas son iniciadas en el ejercicio y precisamente las dificultades que encontramos nos deben convencer de su valor.

Es indispensable aceptar que una política democrática verdaderamente pluralista debe admitir el carácter relativo, siempre precario e inconcluso de las soluciones que aportamos al problema de nuestra coexistencia. Por eso, en una sociedad democrática, no puede haber una respuesta única y definitiva al tema de la justicia. Siempre habrá interpretaciones diferentes que conducirán a la manera cómo los principios de libertad e igualdad deben ser institucionalizados y a las relaciones sociales a que deben aplicarse. De ahí la futilidad de pretender llegar a la respuesta «racional» a este problema.

Es exactamente lo que pienso y la razón por la cual todo lo que escribí sobre la justicia y la crítica social tienen por objeto establecer un marco de interpretación, indicar lo que debemos interpretar y en qué dirección lo debemos de interpretación. Mi crítica se quejan de que no ofrezco un método definitivo para elegir entre inter-

pretaciones contradictorias. Pero tal método no existe. El hecho de elegir es un proceso social: una mezcla de argumento, retórica manipulación, presión y obligación. La tarea de los intelectuales se refiere a una parte de este proceso: presentamos los mejores argumentos que podemos, sin pretender que son algo más que parciales e incompletos. Afirmar que se logró encontrar la solución final, formular la interpretación única, racional y necesaria, conduce a justificar la coerción. Debemos ser no sólo tolerantes sino humildes. Los crímenes de la izquierda a lo largo del siglo tienen mucho que ver con la arrogancia intelectual. (Los crímenes de la derecha tienen un origen materialista: en la codicia y el egoísmo colectivo).

Es la causa por la cual descubro de un cierto tipo de filosofía política que se esfuerza en proporcionar argumentos irrefutables para la democracia, de fundamental en la naturaleza humana o en la razón humana. Tal deseo de acceder a la respuesta racional de la coexistencia humana es la expresión de una peligrosa voluntad de dominio que va en contra del pluralismo constitutivo de la democracia moderna. Esto es necesariamente de naturaleza conflictiva y excluye la posibilidad de alcanzar un consenso definitivo. No podemos escapar a la división y al antagonismo y es verdad que la política es nuestro destino.

Si, la política es política y democracia. Los choques entre intereses, valores y creencias tienen fin. La libertad y el pluralismo, en lugar de abolirlos, tienen como efecto intensificarlos porque hacen entrar en la arena a un mayor número de personas; legitiman una diversidad mayor de intereses, valores y creencias y dividen el poder y la autoridad. Es posible que, si logramos eliminar las formas de opresión, las más flagrantemente, tendríamos más placer en el conflicto (es el caso de algunos); de todas maneras es mejor que aprendamos a mezclarnos en las diversas batallas. Lo importante es que el hecho de perder o de ganar no sea una experiencia total, del tipo que produce arrogancia por un lado, humillación y temor por el otro. Veo ahí una triple función para los filósofos políticos: 1) presentar una defensa del pluralismo y de la diferencia que acepta los conflictos que estos implican, pero insistiendo en el hecho de que esos conflictos deben permanecer siempre parciales: el sujeto en su totalidad, la sociedad en su conjunto no deben ser jamás cuestionados; 2) dar cuenta de la justicia en política de una manera minimalista y en términos de procedimientos, con el fin de establecer los límites de nuestros litigios, es una defensa de la «civilidad» y de la participación; 3) procurar relatos y visiones de lo que podría ser una justicia más sustancial, ya que la consecuencia fundamental que debemos extraer de nuestra experiencia y asimismo de las consideraciones teóricas que uno estima prioritarias, es que no se puede haber victoria final. Nuestra voluntad competitiva siempre con la de los otros con quienes debemos encontrar una forma decente de coexistencia.

* Chantal Mouffe es directora de programa en el Colegio Internacional de Filosofía y coautora con Ernesto Laclau de Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics (1985). Es responsable del volumen colectivo Dimensiones de la Democracia: Pluralism, Citizenship, Community, a editarse en breve (Verso, Londres).

TRANSFORMACIONES

El mundo ha cambiado sustancialmente

Líneas de fuerza en la globalización y desafíos al socialismo

Julio Godio

El mundo ha cambiado sustancialmente: la globalización como núcleo del proyecto socialista

La década de los noventa presenta un cuadro preciso de crecimiento de las economías de los países desarrollados; ha comenzado un nuevo ciclo de acumulación de capital. La inversión se realiza principalmente a través de las innovaciones tecnológicas: la microelectrónica y la microinformática se expanden en todos los sectores de la economía. Se trata de una onda larga de nueva expansión capitalista mundial. La recuperación del crecimiento de las economías de los países desarrollados ha generado dos tipos de desequilibrios coyunturales: a) el saneamiento de los mercados financieros, para financiar las inversiones; y b) el retraso de los salarios reales y la caída de los niveles de empleo para facilitar los procesos de reconversión productiva. Estos fenómenos coyunturales son más fuertes en la economía norteamericana, lo que ha generado un cuadro de recesión dentro del crecimiento global de las economías de los países capitalistas desarrollados.

Se desarrollará un rápido proceso de conformación de grandes regiones económicas: Norteamérica, la CEE y Japón-Cuenca del Pacífico. Este proceso de conformación de grandes regiones económicas pasa actualmente por una fase de desórdenes financieros y re-equilibrios de esferas de influencia, pero el proceso de acumulación de capital es constante. En este contexto, la guerra de Kuwait, ganada por una coalición organizada por los EU, bajo la tutela de la ONU y con la colaboración de la ex-URSS, indica que la voluntad política de cooperación entre los países desarrollados es sólida, lo cual ha tenido efectos directos sobre la economía mundial al estimular la reactivación de los mercados. Los desmoronamientos de los países de la coalición a los EU y la reconstrucción de Kuwait constituyen un elemento de orden en el desorden coyuntural. Se está construyendo —bajo la hegemonía del capitalismo— el llamado "mundo uno". Este se está organizando a través de un aglutinador común: el desplome y desarticulación de la ex-URSS y la tendencia en los países del Sur a ser sucionados en la economía global. Sin embargo, el cuadro político del "mundo uno" no es unipolar —un cuando la preponderancia militar de los EU es evidente— sino un mundo multipolar, articulado alrededor de grandes esferas económicas regionales, cada una de las cuales intentará extender sus líneas de penetración en las zonas que parecen quedar fuera de esos espacios: África negra y

China.

La segmentación de la economía mundial en espacios regionales no significa una solución para los países dependientes y atrasados del Sur, en tanto incluye nuevas formas de explotación. Es evidente que, para protegerse e insertarse en la economía global, los países del Sur deberán implementar políticas de industrialización integradas con la producción local agrominera, desarrollar sus mercados internos, proteger selectivamente actividades productivas estratégicas y compatibilizar esas políticas con la inserción dinámica en la economía global. Si la "época del imperialismo" ha terminado, no ha finalizado la tarea histórica de conquistar las autonomías regionales y construir economías mixtas integradas en los países del Sur. La disolución del viejo colonialismo no ha cambiado en lo sustancial los términos de dominación del centro sobre la periferia: intercambio desigual, transferencia financiera en beneficio de los países del Norte; estructura del comercio exterior basada en exportaciones de materias primas e importación de bienes industriales, etc. El peso de la deuda externa en muchos países del Sur hace en esos países incompatible impulsar políticas de ajuste con políticas de inversión.

La formación de la llamada economía global podría constituir un gran salto hacia adelante, en tanto la interdependencia económica es un factor de progreso. Pero esa economía global se está constituyendo sobre la base de políticas neoliberales que introducen la lógica del llamado "mercado libre" en los países del Sur. El "mercado libre" de hoy es el viejo mercado libre que en el pasado condujo a los países industrializados a crisis económicas, violentos con-

flictos sociales y guerras mundiales. Por lo tanto, la introducción del mercado libre conducirá en los países del Sur a una mayor segmentación de las economías nacionales y una creciente polarización entre pequeños grupos sociales de altos ingresos y enormes grupos sociales afectados por la pobreza y el desempleo. El neo-fundamentalismo que se extiende en los países árabes expresa —parcialmente— ese rechazo a la desestabilización del "mercado libre" y puede extenderse a otras regiones del Sur, dando cohesión ideológica a movimientos nacionalistas.

En los países del Sur la necesaria extensión de la economía de mercado requiere la regulación estatal y servir para el desarrollo de economías mixtas integradas, bloqueando la introducción de las políticas neoliberales. Es evidente que la economía de "mercado libre" tiene efectos negativos en el Sur, que es necesario combatir: fragmenta el mercado de trabajo, dejando afuera a los trabajadores que no consiguen incorporarse a los sectores de producción de bienes transables (economía de exportación); fortalece a grupos económicos monopolísticos industrial-financieros y desarticula la red de la pequeña y mediana industria que provee la principal oferta de empleo; extiende la agroindustria, excluyendo las economías campesinas; y fomenta la cultura del darwinismo social. El neoliberalismo es incompatible con la democracia política, en tanto hace imposible la construcción de democracias políticas, económicas y sociales.

La formación de la llamada economía global bajo la hegemonía cultural del neoliberalismo ha generado una seria confusión ideológica en los países del Sur, en los

cuales se desploman los viejos modelos nacionales-industrialistas obsoletos y variedades del socialismo real. Pero los resultados negativos del neoliberalismo crearán condiciones para la elaboración de núcleos teóricos promotores de nuevas culturas políticas progresivas en el Sur, articuladas sobre principios claros: derecho a implementar modelos socioeconómicos que permitan a los pueblos acercarse a los standards de vida de los países desarrollados, derecho a construir democracias políticas económicas y sociales según las tradiciones nacionales, derecho a la cooperación política entre los países del Sur para presentar sus demandas en las instituciones y foros internacionales, derecho a desarrollar sus culturas regionales y nacionales y a la integración subregional, derecho a la preservación de sus recursos naturales, etc. El socialismo deberá hacerse cargo de la tarea de impulsar una nueva identidad político-cultural en los países del Sur. El "mundo uno" convoca a todos los países a participar en el "mundo global", será entonces tarea del socialismo encabezar acciones para una presencia definida en los países del Sur en esta nueva época histórica. Ello originará en muchos países violentas confrontaciones políticas entre bloques nacional-populares y fuerzas conservadoras y neoliberales. Es previsible que esos bloques nacional-populares ya no serán dirigidos por fuerzas "marxistas-leninistas" sino por fuerzas con discursos ideológicos de modernización económica, autonomía nacional y equidad social. Es previsible que esas ideologías "abarcatorias"—expresiones ideológicas que reconocen sus antecedentes en las ideologías nacional-populistas nacionalistas— incluyen en algunas regiones componentes "fundamentalistas" de retención social, vinculados a ideologías religiosas.

El escenario principal de la competencia histórica entre capitalismo y socialismo: las sociedades posindustrializadas informatizadas

En el contexto del llamado "mundo uno", nuevamente el escenario en el cual se definirán las líneas de fuerza estratégicas de la evolución mundial, es el de los países desarrollados o sociedades posindustrializadas informatizadas. En estos países se decidirá si el socialismo constituye una alternativa viable para la humanidad a mediano plazo o si será necesario pasar todavía por toda una larga época histórica de hegemonía del capitalismo —que puede incluir siglos— hasta que la humani-

dad cuente con las premisas y pueda asociar el ideal socialista con la construcción de una sociedad de ciudadanos que haga compatible la libertad con el bienestar social masivo.

El punto de partida para la reconstrucción de la teoría socialista reside —*sine qua non*— en aceptar que las actuales transformaciones generadas por la globalización de la economía y la tercera revolución industrial constituyen el componente "material" de una nueva fase del proceso histórico de modernización capitalista.

El paso de la sociedad cerrada medieval a la sociedad "abierta" capitalista es lo que ha permitido no sólo el desarrollo constante de las fuerzas productivas, sino también la constitución de la sociedad civil como entidad diferenciada del poder político.

La sociedad civil "burguesa" occidental ha constituido un conjunto de "fortalezas y casamatas" —en el sentido de Gramsci— que la hace refractaria a las tendencias autoritarias provenientes del poder político. En "Occidente" —es decir en el conjunto de países capitalistas desarrollados— la tendencia dominante es la secularización de la sociedad y la política y la tendencia totalitaria es secundaria. Esto no excluye una permanente tensión entre ambas tendencias en el interior de esas sociedades, como lo demuestra actualmente la confrontación en Europa entre las fuerzas políticas democristianas y manifestaciones neofascistas y regionalistas-masistas (lepenismo en Francia, Ligas regionales en Italia, etc.).

La formación y desarrollo del movimiento obrero ha significado un saldo histórico general para la humanidad, en tanto ha permitido a las clases subalternas y naciones oprimidas, entrar en la escena de la historia y establecer líneas de fuerzas de renovación de las sociedades. Dentro de este cuadro histórico de renovación de las sociedades debe ser ubicada la Revolución de Octubre, la lucha de la URSS contra el fascismo y las grandes revoluciones independentistas de ese siglo dirigidas por partidos marxistas. Pero a la larga el sistema soviético bloqueó el proceso de secularización de la sociedad civil, al socializar al marxismo y reinstalar el dominio del estado sobre los ciudadanos. En la ex URSS el stalinismo bloqueó el paso de una sociedad de "súbditos" a una "sociedad de ciudadanos", lo cual determinó que el sistema soviético fuese —como "resultado histórico"— una muralla a la modernización, excepto en las metas del complejo militar-industrial. La frustrada experiencia soviética reinstala —paradójicamente— la idea marxista de que el socialismo es heredero y superación de la civilización capitalista. Pero esta civilización se basa en tres pilares: individualismo, liberalismo y racionalismo.

En consecuencia la reconstrucción de la teoría socialista supone considerar a esos valores como "piso cultural" en el cual el socialismo debe "apoyarse" para dotar a sus propuestas de una sociedad solidaria e igualitaria de contenidos concretos, conservando el aspecto revolucionario del individualismo, el liberalismo y el racionalismo. De este modo el socialismo hace suyo el concepto de modernización que es lo mismo que decir que recupera su capacidad potencial para liderar el progreso histórico.

Profundizar la democracia como guía estratégica del socialismo



El desplome del socialismo real no significa la desaparición del socialismo, en tanto la teoría socialista considere a ese sistema desaparecido como un acto de experimentación histórica operado no sólo sobre sociedades concretas sino sobre la misma teoría.

El socialismo deberá hacerse cargo de los componentes de progreso económico, social y político inherentes a la experiencia soviética, para poder clausurar con fundamentos el debate con el marxismo-leninismo-stalinismo abierto en la década del veinte, que condujo a cerrar el camino a la secularización de las sociedades orientales.

La premisa básica que exige la construcción del socialismo es la secularización "completa" de la sociedad posindustrial informatizada. Por eso queda claro que el eje estratégico del socialismo debe ser la profundización de la democracia. Este concepto no se refiere exclusivamente a la democratización de la política, aquí la contiene como una de sus determinaciones específicas; se refiere a una forma de pensar el socialismo como ejercicio pleno por la sociedad de las expectativas diferenciadas que genera la modernización, el mercado y la secularización en el capitalismo. Esas expectativas se refieren a la necesidad de liberar las "capacidades" bloqueadas por las exclusiones y desigualdades inherentes a las modalidades de secularización capitalista, en las condiciones de la "sociedad posindustrial informatizada". La opción entre capitalismo o socialismo se concentra en cuál de esas alternativas resulta más "eficaz" en términos económicos, sociales y culturales para provocar "procesos de autorrevolu-

ción" en las sociedades posindustrializadas informatizadas.

Las sociedades posindustrializadas informatizadas de base capitalista generarán bloqueos a la profundización de la democracia. Esos bloques operan principalmente sobre estructuras básicas para impulsar procesos de autorrevolución progresiva de las sociedades de los países desarrollados. Las estructuras básicas son: origen de "conflictos abarcativos"; en tanto estos determinarán si las transformaciones de la sociedad posindustrial preservan o superan la tradicional escisión entre "gobernantes y gobernados". Los "conflictos abarcativos" parecen ser:

a) Consolidación de un territorio social en el cual se concentran los trabajadores beneficiados por la reconversión productiva y cambios tecnológicos. En este territorio social la demanda principal de los trabajadores se plantea en el campo de la participación en el sistema de decisiones en la empresa.

La introducción de nuevas tecnologías informatizadas blandas y duras ha modificado a la organización y la estructura del trabajo aislándolo, dando lugar por un lado a la formación de equipos de producción/servicios como "célula organizativa" y la

constitución de puestos de trabajo "polivalentes". La formación del equipo y la cualificación polivalente del trabajo incentivan las potencialidades de participación en la gestión por los trabajadores, en tanto la competencia entre los equipos se constituye en el fundamento de la productividad y la "calidad total". Pero esa potencialidad de gestión es limitada por la autoridad empresarial. En consecuencia, los sindicatos, para conservar su fuerza, no sólo necesitarán aducir sus formas organizativas a las nuevas formas de organización del trabajo, sino además colocar en el centro de sus programas la cohesión de los obreros, empleados y técnicos desde el puesto de trabajo a la gestión estratégica de la empresa. La exigencia sindical de participación de los trabajadores en la gestión —tomando como experiencias piloto las existentes en la RFA, Italia, países escandinavos y otros— constituye un aspecto fundamental de la profundización de la democracia, porque está dirigida a democratizar en la base del sistema —la empresa— a la sociedad posindustrial informatizada.

La humanización del trabajo, objetivo que históricamente se ha articulado a partir de la mejora en las condiciones de trabajo, encuentra en la demanda de la cohesión su fundamento político-técnico abarcativo. La cohesión, al cuestionar la autoridad capitalista excluyente, se constituye en el fundamento político "nuclear" para la socialización del sistema de gestión desde la empresa hasta el sistema de decisiones macroeconómico.

b) El feminismo es otro componente esencial de una concepción socialista renovada. El feminismo, al criticar las instituciones que determinan la subordinación y explotación de la mujer —la familia "patriarcal", la distribución de los puestos de trabajo, el acoso sexual en las empresas y el marginamiento de los órganos de decisión en la sociedad política, etc.— desarrolla una cultura "antimachista" basada en los valores de la igualdad entre géneros. El feminismo como movimiento socio-político articula a una vasta heterogeneidad de expectativas de género socio-laborales, políticas, etc. La potencialidad del movimiento feminista reside en que se expande desde la exigencia de la fijación de un cuerpo de derechos propios de la mujer en el ámbito de los derechos civiles (formalmente localizados en los sistemas jurídicos occidentales) hasta el cuestionamiento de los roles diferenciados en la estructura de la familia. El feminismo es potencialmente revolucionario porque cuestiona contenidos machistas de los sistemas jurídicos y el carácter masculino de la administración de justicia, a partir de la crítica a la institución en que se sustentan todas las discriminaciones de género: la familia "patriarcal" tradicional. El feminismo es una cultura revolucionaria que irá extendiéndose entre diferentes estratos del género, produciendo un vaciamiento progresivo de los ancestrales símbolos de "superioridad" del género masculino. En este aspecto el feminismo es un constituyente esencial de un programa socialista de democratización de la sociedad posindustrial.

c) La ecología se está constituyendo en fundamento de variados movimientos sociales de crítica a las modalidades de configuración de la "economía global", en tanto esos movimientos establecen parámetros inflexibles para combatir la destrucción del medio ambiente (degradación biogenética de la naturaleza, estructuras productivas-poluicionantes, uso extensivo de la energía

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Cursos de Posgrado

La lógica y el descubrimiento científico

Profesores: Cecilia Hidalgo Federico Schuster

Horario: Martes de 18 a 20

Duración: 8 reuniones

Inicia: 4 de agosto de 1992

Problemas de epistemología en ciencias sociales

Profesores: G. Klimovsky, E. Mari, C. Hidalgo, R. Borelio,

F. Schuster y F. Naishtat

Horario: Jueves de 18 a 20

Duración: 12 reuniones

Inicia: 6 de agosto de 1992

Informes e inscripción: Facultad de Ciencias Sociales (UBA) - M. T. de Alvear 2230, 1er piso, Oficina 107, de lunes a viernes de 14 a 19. Tel.: 961-9212/8048/5956/6978/6630, Interinos 212 y 234



NUEVA SOCIEDAD

Director
ALBERTO KOSCHÜTZKE

Jefe de Redacción
SERGIO CHEJFEC

SUSCRIPCIONES
(Incluido flete aéreo)
América Latina
Resto del mundo
Venezuela

ANUAL
(6 Nros.)
US\$ 20
US\$ 30
Bs. 300

BIENAL
(12 Nros.)
US\$ 35
US\$ 50
Bs. 500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.

Dirección: Apartado 6712 - Chacao - Caracas 1060-A, Venezuela.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

nuclear, etc.). La ecología no es un movimiento romántico de «retorno a la naturaleza», sino un movimiento que va estableciendo las reglas para que las sociedades industriales se reinstituyan «solidariamente» en la naturaleza, al considerarla como objeto de preservación en sí misma y como fundamento epistemológico de la existencia del hombre.

El ecologismo es quizá una forma de reparación en la historia de las viejas escuelas filosóficas «panteístas», en las cuales naturaleza y hombre eran «idénticos». Pero en la historia de la sociedad posindustrial informatizada —el viejo panteísmo adopta contenidos precisos contra el irracionalismo «productivista» del capitalismo y contra las guerras como catalizadores de todas las agresiones contra la naturaleza y las sociedades, etc.

El ecologismo es un componente fundamental de todo proyecto socialista de sociedad del futuro, formando parte constitutiva de las acciones para profundizar la democracia, en tanto sus prácticas políticas insurgen en el interior de los «espacios de poder» autopreservadores por los complejos militar-industriales, corporaciones multinacionales, etc., para articular los discursos de exclusión, dominación y explotación, tanto en los países industrializados como en los países del Sur.

Otro componente sustancial de un proyecto socialista es el pacifismo. Este ha sido un aspecto esencial del ideal socialista desde los orígenes del movimiento obrero, asociado a la oposición de los trabajadores a las políticas de los estados imperialistas a recurrir a la guerra para imponer hegemonías nacionales, proceder al reparto de mercados y usar a los trabajadores como carne de cañón en los frentes de batalla.

El actual pacifismo presenta contenidos originales: oposición al riesgo de guerra nuclear (riesgo no desaparecido por la extinción de la forma estatal de la URSS); oposición a la dominación de países del Sur por los países industrializados, a través de «guerras de baja intensidad» o por medio de la transformación de las fuerzas armadas de los estados del Sur en fuerzas de ocupación de sus propios países, y propuesta de utilizar los recursos financieros y tecnológicos liberados por el desarme para la promoción del desarrollo económico. El pacifismo encuentra sus límites y desafíos en la coexistencia de viejos y nuevos factores belicistas; en primer lugar, la decisión de sectores fundamentales del *establishment* de los EU a convertir a sus fuerzas armadas en «policía del mundo» y a obligar a los países de la CE y Japón a financiar el rol de los EU como única superpotencia militar; en segundo lugar la emergencia en Europa de conflictos armados internacionales (especialmente en países del ex-socialismo real); y en tercer lugar la persistencia de conflictos bélicos en áreas del Sur, de colisiones interestatales, interestatales o de ancestrales odios religiosos.

El pacifismo no debe establecer sus límites territoriales en la «no guerra», sino que debe extender su territorio hasta la aceptación universal de los derechos de los pueblos del Norte y del Sur a desarrollar autónomamente sus tradiciones nacional-culturales. El pacifismo profundiza la democracia al promover tanto la autodeterminación de naciones como la cooperación y entendimiento mundial y regional entre estados, regiones y civilizaciones, y en este sentido se asocia con el ideal socialista.

En las últimas décadas la *mass-media* se han convertido en el necesario escenario

fundamental de competencia potencial entre concepciones del mundo, entre proyectos y programas políticos. El control de los *mass-media* —especialmente la TV— por el *establishment* empresarial privado constituye el principal escollo para que la sociedad pueda optar entre modelos humanistas y solidarios o modelos promotores de culturas basadas en el individualismo extremo y el darwinismo social.

Los *mass-media* han causado un fenómeno cultural original: la identificación a través pautas culturales comunes entre segmentos de la sociedad posindustrial informatizada —el viejo panteísmo adopta contenidos precisos contra el irracionalismo «productivista» del capitalismo y contra las guerras como catalizadores de todas las agresiones contra la naturaleza y las sociedades, etc.

El ecologismo es un componente fundamental de todo proyecto socialista de sociedad del futuro, formando parte constitutiva de las acciones para profundizar la democracia, en tanto sus prácticas políticas insurgen en el interior de los «espacios de poder» autopreservadores por los complejos militar-industriales, corporaciones multinacionales, etc., para articular los discursos de exclusión, dominación y explotación, tanto en los países industrializados como en los países del Sur.

Otro componente sustancial de un proyecto socialista es el pacifismo. Este ha sido un aspecto esencial del ideal socialista desde los orígenes del movimiento obrero, asociado a la oposición de los trabajadores a las políticas de los estados imperialistas a recurrir a la guerra para imponer hegemonías nacionales, proceder al reparto de mercados y usar a los trabajadores como carne de cañón en los frentes de batalla.

El actual pacifismo presenta contenidos originales: oposición al riesgo de guerra nuclear (riesgo no desaparecido por la extinción de la forma estatal de la URSS); oposición a la dominación de países del Sur por los países industrializados, a través de «guerras de baja intensidad» o por medio de la transformación de las fuerzas armadas de los estados del Sur en fuerzas de ocupación de sus propios países, y propuesta de utilizar los recursos financieros y tecnológicos liberados por el desarme para la promoción del desarrollo económico. El pacifismo encuentra sus límites y desafíos en la coexistencia de viejos y nuevos factores belicistas; en primer lugar, la decisión de sectores fundamentales del *establishment* de los EU a convertir a sus fuerzas armadas en «policía del mundo» y a obligar a los países de la CE y Japón a financiar el rol de los EU como única superpotencia militar; en segundo lugar la emergencia en Europa de conflictos armados internacionales (especialmente en países del ex-socialismo real); y en tercer lugar la persistencia de conflictos bélicos en áreas del Sur, de colisiones interestatales, interestatales o de ancestrales odios religiosos.

El pacifismo no debe establecer sus límites territoriales en la «no guerra», sino que debe extender su territorio hasta la aceptación universal de los derechos de los pueblos del Norte y del Sur a desarrollar autónomamente sus tradiciones nacional-culturales. El pacifismo profundiza la democracia al promover tanto la autodeterminación de naciones como la cooperación y entendimiento mundial y regional entre estados, regiones y civilizaciones, y en este sentido se asocia con el ideal socialista.

En las últimas décadas la *mass-media* se han convertido en el necesario escenario

A modo de síntesis: principales desafíos políticos e ideológicos para el socialismo

El debate sobre el futuro del socialismo está instalado hoy en una realidad bidimensional: por un lado es un debate acerca de dos grandes alternativas en el interior de la sociedad posindustrial informatizada, y por otro lado es un debate acerca de la computabilidad entre la lógica de la sociedad posindustrial informatizada y la lógica de la modernización en los países del Sur. Son dos aspectos diferentes de un mismo problema: las opciones de diseño del mundo durante el siglo XXI.

La computabilidad cultural entre la «revolución conservadora» y el socialismo no puede ser enfrentada por este último desde el vano intento de restaurar el marxismo. Es cierto que el Marx de los *Grundrisse* está intacto, pues ni el desplome del socialismo real ni el reformismo socialista pragmático han «batido» para invalidar los paradigmas del capitalismo y el socialismo elaborados por Marx. Pero, el marxismo como ideología unificada y «exacta» del movimiento obrero ha terminado, en tanto no ha agotado demandas concretas fundamentales planteadas por los trabajadores al socialismo durante el siglo XX.

El marxismo como teoría «homogénea» ya no da cuenta de la variedad de «líneas epistemológicas» fundadoras de las ciencias sociales. Sin embargo, el marxismo no se ha agotado como ideología, pero como método para interpretar la historia y para hacer política sigue vigente, en tanto preserva la potencialidad de reinstituirse como paradigma abarcativo de la sociedad socialista pluralista, dentro de culturas socialistas genéricas.

El marxismo seguirá estando presente en las ciencias sociales, en la filosofía, en la literatura, etc. como teoría del conocimiento que permite «descubrir» estructuras «invisibles» que organizan a las sociedades y las relaciones entre las clases sociales. El marxismo no podrá ser excluido de la cultura posindustrial informatizada, pero sólo en la medida en que se reinstituya como «conciencia» a más de mil millones de excluidos, marginados y explotados del capitalismo darwinista. El marxismo, en resumen, deberá dar cuenta de la «globalización del mundo» o desaparecerá.

Otro aspecto central para el socialismo es la modernización del Sur. En el Sur predominan sociedades distintas a las socie-

dades occidentales, que resistirán los intentos de colonización cultural. Son sociedades —globalmente vistas— antindustrialistas y organizadas por la primacía del Estado sobre la sociedad civil. La *inteligencia* en estos países está escindida entre garantizar la continuidad de la tradición y asimilar y relaburar los contenidos de la modernización occidental. En este contexto de persistente autorreflexión, la identidad nacional, se plantea a estas sociedades implementar modelos socioeconómicos que permitan el crecimiento económico y la eliminación de la pobreza, el desempleo, etc. En el próximo siglo, en los países del Sur se desarrollarán poderosos movimientos socio-políticos que —como ocurrió en Europa en la época de las monarquías absolutas— tratarán de computabilizar la lógica de las tradiciones como variable de ajuste cultural en los modelos socioeconómicos de economías de mercado mixtas y reguladas. Esos movimientos chocarán frontalmente con el ya experimentado intento de promover la modernización capitalista segmentaria. En el Sur comienza una nueva etapa histórica en la cual sólo proyectos socialistas podrán garantizar que el propio desarrollo del sector capitalista de la economía, la presencia de empresas multinacionales dinámicas, la apertura selectiva y las integraciones subregionales sean compatibles con estrategias de crecimiento económico que ensambren diferentes formas de propiedad en modelos de acumulación y distribución de economías mixtas integradas. La democracia es posible en el Sur, pero sólo es realizable a través de voluntades nacional-populares hegemónicas por movimientos socio-políticos con base en el mundo de los trabajadores. En cambio la hegemonía política de las burguesías locales y transnacionales, por su carácter «no nacional», conduce inevitablemente a la disgregación y segmentación de las sociedades del Sur, al «capitalismo salvaje», a la instauración de regímenes autoritarios.

Por lo tanto, el Sur será escenario de profundas confrontaciones sociales y políticas entre bloques nacional-populares de moderados y bloques conservadores autoritarios. El éxito de los programas políticos de renovación y dinamismo de las sociedades del Sur dependerá en gran medida de la rápida asimilación en esta región del carácter obsoleto de los viejos nacionalismos cerrados y la clara disposición a incidir en la reformulación en curso del sistema de relaciones internacionales, para impedir que la «globalización del mundo» consolide nuevas formas de control policia-militar y dominación económica por los países desarrollados sobre los países del Sur.

La historia universal sigue en curso. La confrontación entre las fuerzas interesadas —en el Norte y el Sur— en la conservación de la escisión entre clases dominantes y clases subalternas, y las fuerzas promotoras —en los países del Norte y del Sur— de la construcción de un mundo de ciudadanos-productores libres e iguales, de la «secularización completa».

Ciento cincuenta años atrás, Marx y Engels escribieron un folleto en el cual anunciaban que el fantasma redentor de la utopía socialista había comenzado a recorrer el mundo. Todavía estamos dentro de esa época histórica y por eso la utopía encontrará nuevos fundamentos científicos para poder mover a los hombres a hacer realizable el ideal del socialismo.□

LIBROS

Complejidad y transparencia

Norberto Bobbio

Complejidad y transparencia

Desde que se publicara *El existencialismo* (México, FCE, 1949) hubo que esperar mucho tiempo para que volviéramos a tener en castellano algún otro libro de Norberto Bobbio. Si bien en las décadas del 60 y 70 se tradujeron un par de libros y varios artículos, fue necesario aguardar a la siguiente para que pudiéramos leer en nuestro idioma parte de sus trabajos más significativos. Así pues, en los últimos tiempos tenemos la posibilidad de encontrar en el mercado *Reflexiones del siglo XX en la historia* (México, FCE, 1989). *Liberalismo y democracia* (México, FCE, 1990). *La edad de los derechos* (Madrid, Sistema, 1991), sin olvidar, «Norberto Bobbio entrevista a Norberto Bobbio» en el suplemento 7 de *La Ciudad Futura* N° 21 (Buenos Aires, febrero-marzo de 1990), y en poco tiempo tendremos posibilidad de acceder a *Liberalismo y socialismo* (Cancun, Nueva Sociedad, 1992).

Considerado por algunos como tal vez el más grande teórico político viviente, Bobbio es un autor con un alto grado de complejidad y transparencia. Complejidad por la gran cantidad de escritos publicados, que oscilan entre los más sencillos títulos por la variedad de los temas abordados y por la diversidad de campos disciplinarios en los que se instala para realizar sus reflexiones. Todo esto se suma a una gran expresión multifacética que por cierto no facilita la reconstrucción de su pensamiento. Sin embargo, tal vez haciendo caso de las recomendaciones de su compatriota Rodolfo Mondolfo (con quien compartió solamente la extensión de su producción y la variedad de temas sobre los que reflexionó) en el sentido de que la claridad es la honestidad de los filósofos, Bobbio la ha buscado a su obra una transparencia que atienda la complejidad a la que hicimos mención.

Sin desconocer los variados y significativos trabajos sobre la historia y la trayectoria política de Bobbio (entre los que podríamos mencionar, por ejemplo, *Norberto Bobbio. Da Política e cultura agli anni settanta*, de Pasquale Serra, pero también el libro de Carlo Vizzini, *Norberto Bobbio. 50 anni di studi*, donde está reunida toda su bibliografía), las dificultades ante aludidas reclamaban, si fuera posible, que una mente cercana en profundidad y erudición como la del autor de *El futuro de la democracia nos ayude a comprender el recorrido y la disolución del camino elegido*. Está en todo caso lejos de la casualidad que haya sido Perry Anderson el que se encargara de tamaño emprendimiento. En una de las cartas que se cruzaron con motivo de la aparición en *New Left Review* del trabajo de Anderson, el mismo Bobbio se encargó de decirnos cuál fue el resultado de semejante empresa: «Quedé asombrado por el conocimiento verdaderamente excepcional que muestra de mi vida y obra. Creo que nadie de los que hasta ahora se ocuparon de mí —agrega—, sobre todo si se trata de extranjeros, ha efectuado un esfuerzo de conocimiento de la magnitud del suyo. No acostumbrado a los juicios gratuitamente generosos, estas consideraciones no hacen sino reconocer la seriedad y profundidad con que fue abordada su obra, como por otra parte le hubiera advertido cualquiera que se haya introducido, aunque sea parcialmente, en el pensamiento de Bobbio».

Sea como fuere, lo cierto es que los de los méritos del trabajo de Anderson se detectan, entre los aspectos centrales del pensamiento de Bobbio, las tensiones y los dilemas alrededor de los temas de la libertad, de la democracia y del socialismo. Los que por otro lado siempre estuvieron presentes en sus más variadas reflexiones. Y si estas tensiones y dilemas comenzaron a manifestarse en aquellos años que siguieron a la posguerra —en oportunidad de la controversia en torno de la izquierda italiana sobre democracia-directora, cuyo punto central en opinión de Bobbio se refería a la «afirmación indisolubilidad de la democracia y de la concepción del ejercicio del poder»— hoy aparecen con igual o mayor intensidad. Porque es indudable que ahora como entonces, si bien en circunstancias notoriamente modificadas, la figura de Bobbio y de su concepción del socialismo liberal ocupan un lugar igualmente destacado en esa lucha intelectual y política interminable por un socialismo fundado en la democracia y la libertad. Y en el pensamiento de Bobbio aparece como indisolublemente unido ese entrelazamiento entre la democracia, insuperable instrumento para resguardarnos de los arbitrios del poder y de las pretensiones totalitarias, y la tensión socialista hacia la justicia. Entre otras cosas porque tal vez sea la única manera de que la democracia no devalore sus principios ni sus promesas cuando incumplidas.

Una tentación, esta última, que puede adquirir una intensidad creciente en circunstancias históricas como las que vivimos actualmente ante el fracaso y la consiguiente disgregación de los regímenes comunistas y que podría llevar a un goce narcisista al saber que axiológicamente al menos como democracia política carece por ahora de rivales. Pero es precisamente en este nuevo clima, con estas inéditas dificultades, que se presenta el desafío de repensar las funciones de la izquierda, el significado del progreso, los fines de la emancipación y el camino adecuado para lograrla. Dicho con palabras de Bobbio, se trata de «tener el coraje de redefinir el socialismo».

El laborioso e incisivo ensayo de Anderson, que tuvo como antecedente directo la conferencia dictada en Buenos Aires en octubre de 1987, nos permite apreciar que estas siempre presentes tensiones y dilemas se manifiestan sin que Bobbio intente operación alguna para diluir sus contradicciones. Por el contrario, ellas se presentan con todas sus fuerzas, y en opinión de Anderson esto no hace sino mostrar que se trata de instancias inconciliables o hasta ahora no conciliables, que además derivarían de un conflicto de principios. En realidad dice Bobbio, contestando a estas afirmaciones, deberíamos advertir que el «realismo del científico» y el «idealismo del filósofo» transitan niveles diversos.

Inscrito en una tradición que no necesariamente es la misma, Anderson cree ver en el socialismo liberal de Bobbio una especie de compuesto químico inestable. Sin embargo su actitud crítica no le impide darse cuenta de que no es posible reflexión alguna sobre la relación entre liberalismo y socialismo sin tener presente como dato fundamental la obra de Bobbio. Más aún: teniendo

en cuenta las distintas proveniencias era posible esperar una actitud más abiertamente cuestionadora del núcleo del pensamiento de Bobbio y de la a la democracia hasta conducir a diversas formas de degeneración.

Pero por otro lado sostiene la necesidad cada vez más imperiosa de dirigir hacia el futuro la democracia de la izquierda internacional si se quiere ser respetuoso de los principios democráticos. Porque, tal como se presentan las cosas en el mundo, el problema de la justicia social ya no puede estar circunscrito a las relaciones entre capitalistas y obreros en el interior de un estado en particular sino que debe más que nunca a las relaciones entre estados ricos y estados pobres. Este es el punto de vista fundamental. Es a traición entonces de que nos desplacemos del gobierno del estado al gobierno de una democracia del gobierno democrático del mundo.

Jorge Tula

Retrato del ironista liberal

Richard Rorty

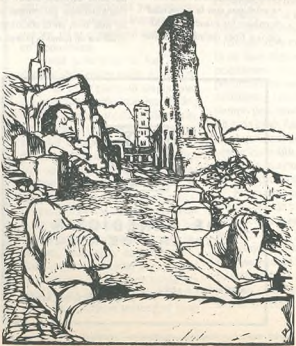
Contingencia, Ironía y Solidaridad. Paidós, Barcelona, 1991, 223 páginas.

Richard Rorty lo ha inventado. No ha sido trabajo fácil (en un personaje exigente). Traza su figura en dos ciclos de conferencias que en este libro son nuevas capitales.

El ironista siempre está dispuesto a reconocer la radical contingencia de sus deseos y creencias, aun de aquellos que, por costumbre, experimenta como los más profundos (ya se verá que el ironista se permite de considerar lo que la dupla democracia-representativa-economía de mercado conduce necesariamente a formas de equidad, negándose a ver las injusticias y los poderes ocultos que engendra. Pero a la vez incita a todo pensamiento crítico a la persistente búsqueda de nuevos caminos para arribar a una sociedad más justa.

Algunas de las últimas reflexiones de Bobbio advierten al respecto algunas cosas que conviene registrar. En una nota publicada en *Teoría política* (año IV, N° 1, 1988) a propósito del libro de Giovanni Sartori *Theory of democracy revisited*, Bobbio reflexiona una vez más sobre este tema que se ha tornado cada vez más excluyente y al que él mismo designa como el abrazo entre la democracia y la economía de mercado. En esa oportunidad, después de reconocer una vez más que la economía de mercado permitió el difícil camino de la democracia, afirma que ese abrazo puede ser considerado

ciencia social ya no puede estar circunscrito a las relaciones entre capitalistas y obreros en el interior de un estado en particular sino que debe más que nunca a las relaciones entre estados ricos y estados pobres. Este es el punto de vista fundamental. Es a traición entonces de que nos desplacemos del gobierno del estado al gobierno de una democracia del gobierno democrático del mundo.

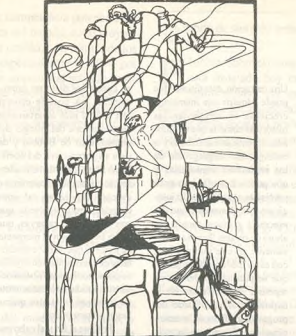


marcas que todas nuestras acciones llevan, podemos remontarlas a su origen". Pero, le recuerda Larkin, el poeta: cuando hemos llegado a los orígenes es para descubrir que todo ello, finalmente, no es más que "... lo que se aplicó sólo a un hombre una vez?". Allí, la angustia y la tentación de imaginar lo que es la redención del propio linaje como la cifra de una existencia más grande: la eternidad en una chispa. Nada es solo para el ironista liberal que, además de irreverente, es modesto y cauto.

Hasta aquí, contingencia. ¿Qué decir ahora en favor de la solidaridad? ¿Cómo sostener "ironísticamente" que una comunidad donde el sufrimiento de unos a manos de otros no existe es preferible a cualquier otra que pueda imaginarse? Aquí, el corte. Ninguna posibilidad de valorar la utilidad de unificar los valores públicos con los privados. Puede uno ser ironista y no a la liberal: allí Nietzsche, Foucault o Heidegger para los marzianos. Los revisamos. Uno, ironista y liberal, pregunta: "¿estás sufriendo?". Omitió —aprendió a omitir— preguntar si el otro comparte sus deseos y creencias. Renunció a sintetizar en una teoría lo que sólo puede combinarse en el curso de una

solidaridad en otros relatos. Esa solidaridad es "un sentimiento que se activa cuando está en peligro uno de nosotros". Y precisamente los marzianos han de prestarnos colaboración para multiplicar el inventario de propiedades, atributos y cualidades que hagan de este nosotros un conjunto cada vez más amplio. Pero nunca una universal. El liberal es etnocéntrico. No reconoce otro centro, otro punto de apoyo, que aquel que sólo es una comunidad, un nosotros, (que siempre señala un "ellos") puede brindar. Pero no liberal, si es un ironista y no un metafísico, no fundará la comunidad, el ser común, en la comunidad de léxicos. Más aun, si el liberal, como ironista, es consecuente, se fabricará un léxico que nada pueda comunicar. Así, el ironista liberal, a guisa de un filósofo, parte a la izquierda de sus obras deben ser juzgadas (aceptando que, seguramente, otro verdadero ironista redescubrirá ese gusto haciendo de su intento sólo eso: un intento).

Dos hombres. Uno, ironista y liberal, pregunta: "¿estás sufriendo?". Omitió —aprendió a omitir— preguntar si el otro comparte sus deseos y creencias. Renunció a sintetizar en una teoría lo que sólo puede combinarse en el curso de una



Marcelo Leiras

Notas

1. Así se denominaron los dos sentidos acerca del fin de la filosofía en "Habermas y Lyotard sobre la postmodernidad" incluidos en *Habermas y la Modernidad*. Círculo, Madrid, 1988.
2. Esta y todas las citas que continúan corresponden al volumen que nos ocupa.

La familia se reúne

Raúl Jorjat y Ruth Sauat, compadres.

Después de Germani Paidós, Buenos Aires, 1992.

Es casi un lugar común definir a Gino Germani como el padre de la sociología en la Argentina, al menos en su faz académica. Como buen padre tuvo que soportar la rebeldía de los que crecieron junto a él y fue duramente criticado. Hoy, basados en los hechos, algunos de sus hijos deciden juntar a la familia que el tiempo dispuso, para rendir un merecido homenaje al progenitor, a treinta y cinco años de la publicación de *La estructura social de la Argentina* social de la Argentina.

Raúl Jorjat y Ruth Sauat eligen para el homenaje reír un rosario de temas y enfoques de la sociología tal como se la practica hoy en nuestro país. Construyen así un muestrario de preocupaciones sociológicas, planteadas por muchos de los mejores y más importantes investigadores que se desmenuan en nuestro medio y dos que lo hacen fuera de él. El resultado es un caleidoscopio que, si por un lado, como indica de la pluralidad de miradas, puede verse como positivo y deseable, por otro destaca por la desconexión y excesiva especialización de muchos de los aportes reunidos.

Podemos identificar en el libro tres partes principales,

vida. Pudo al fin, ironista y liberal, ser las dos cosas.

camente, con la movilización, la utilización del sistema político desde un liderazgo modernizante y con la marginalidad, característica de la estratificación en una sociedad que pierde de su centro, abandonando a vastos sectores sociales a la despolitización política. Horowitz analiza luego la conexión de los asuntos fundamentalistas a la modernización con la democracia. Plantea, por un lado, la contradicción estructural del desarrollo: un desarrollo que alcanza un nivel tan alto que necesita de un recurso "bajo", como tal, posible de ser manejado por elites tradicionales, que gracias a eso, pueden reproducirse en su posición sin modernizarse y democratizar sus sociedades. Por otro lado, la revuelta surge en los países centrales como respuesta a la complejidad creciente, a la dificultad para absorber los lenguajes especializados. La crítica a la modernidad sería entonces una respuesta al desarrollo elitista y sólo puede ser superada con la comunicación entre lenguajes especializados y lenguajes de la vida cotidiana.

Así, Irving Horowitz trabaja sobre conceptos centrales en Germani, como el de modernización. Este sería un problema no de atraso económico sino de integración política. En efecto, puesto que el desarrollo se relaciona con la capacidad de elaborar los avances tecnológicos a fines definidos políticos.

Anonio Villiello encuentra en Germani una concepción de la sociología aplicada a procesos históricos, una ciencia de los hombres en el tiempo. Desde su punto de vista, Germani no sería ubicable dentro del funcionalismo parsoniano sino más bien en la sociología histórica tal como la presenta-

ba Karl Mannheim. Define la secularización como un *ethos* que, ejercido en la ciencia, la tecnología y la economía, da origen a la sociedad moderna. El Germani que así se nos presenta prevé un oscuro porvenir para estas sociedades, ya que la individuación acelerada, generada por la dinámica de la secularización, amenaza la noción de valores y normas que las fundan la sociedad.

Al estudiar la interpretación sociológica de un proceso histórico que Germani expone en *Política y Sociedad en una época de Transición*, Waldo Ansaldi pone también de relieve su relación con la sociología histórica. Esta disciplina permite a través de la contraposición múltiple de hipótesis predicar: de la sociedad, más allá de la historia; y, de la historia, más allá de lo funcionalista. El citado libro es, para Ansaldi, un ejercicio de sociología histórica, si bien limitado, por lo que caracteriza como concepción lineal de la evolución, reñida con la dialéctica marxista. La relación con la obra de Germani que propone Ansaldi es la de diálogo/confrontación, enfrentamiento productivo.

Participación y movilización política son los temas de la segunda parte de la obra. Los focos del pensamiento de Germani de quien se reconoce un artículo referido al peronismo, que data de 1973. En él explica el carácter heterogéneo del movimiento que sintetiza las contradicciones de la sociedad nacional. Estas obedecerán a tres crisis sucesivas: la primera, que transformó a una sociedad agrícola y rural en una urbana y moderna; la segunda, motivada por la influencia del crecimiento económico y del orden democrático; y tercera, enorme migración de sectores rurales a las ciudades. Resurgió con este último fenómeno la vieja oposición entre la Argentina crítica y la Argentina abyecta bajo el gobierno de Perón. Aparece así la posibilidad de un movimiento de masas, con elementos de protesta social, por parte de los sectores marginados. Sin embargo el antagonismo "clases sociales" no sería ubicable dentro del gobierno peronista y sólo emplea a caer cuando sectores antiperonistas se acercan al movimiento. El clivaje real pasará ahora por el enfrentamiento de los sectores que quieren el cambio social, basándose en reformas democráticas, con los que la extrema derecha, excepto la derrota de la vía revolucionaria (predicción tristemente ajustada). Sin embargo Germani cree que el conflicto fundamental no se basaba en la confrontación de intereses conformados en el nivel de las clases, sino que era de carácter immanente, "los fantasmas de un pasado tumultuoso y traumático que se resisten a desaparecer".

Torcuato Di Tella vuelve a indagar en su artículo en la pregunta de Germani (que es también, ante, de la Sarmiento) sobre las consecuencias de la inmigración para la conformación del sistema político. Consciente de que muchos han criticado la igualdad de "voto" y "participación política", la inclusión de los inmigrantes en otras formas de participación y elude el problema que es preciso tratar: las tendencias resultantes de una conducta de este tipo que, en una situación de sectores crecientes, puede llevarlos al abandono del sector. En otro apartado, el análisis de la dinámica urbana es presentado con dos enfoques complementarios. Por un lado se busca relacionar los procesos de estructuración urbana con los de estratificación social. Se señalan los factores que contribuyeron a la suburbanización de los sectores de menores ingresos de los años 45/60 (densificación central, producción de la vivienda horizontal, lotes y transporte políticamente subsidiados). La orientación de estos determinantes "se modifica desde 1960, provocando el crecimiento de ubicaciones periféricas de sectores de altos ingresos (countries) y el hacinamiento de sectores bajos en el núcleo urbano (pensiones e inquilinatos).

Por otro lado se describe la dinámica de las migraciones de los sectores de bajos ingresos en esta descripción que el proceso de crecimiento del Gran Buenos Aires que, acelerado hasta 1960, va deteniendo su ritmo y pasa de fundarse en la migración de sectores rurales al crecimiento de sectores urbanos. Esto habilita a los autores la predicción de una distribución espacial menos macrocefálica, ya que crece rápidamente la población de las ciudades interiores.

Finalmente se presentan los estudios ligados a la estructura de clases y ocupacional. Una alternativa es estudiar diferentes aspectos de dicha estructura tratándose de aclararlos, en cierta desproporción, por el sentido teórico del análisis, esto claramente manifiesto en el artículo de R. Jorjat, en exceso centrado en el metodológico. Sauat, por su parte, analiza la distribución del empleo de las mujeres, localizadas en el núcleo de la ciudad, después de la partida del padre, cada uno en el nivel terciario, que se correlaciona con posiciones de status medio, concluyendo que las mujeres se desempeñan en empleos de baja predominancia en posiciones de status. Jorjat analiza la vinculación entre movilidad de status ocupacional y status educacional. Encuentra que la movilidad de status de los hijos está más relacionada con su educación que el status paterno, aunque el resultado que se desea influir en la educación.

Otra posibilidad es trabajar sobre los postulados teóricos que sustentaron posibles cambios. Es la elección de Miguel Murrín y Silvio Feldman, que estudian los presupuestos y el sentido del estudio de las clases medias para Germani. Parten de rechazar la figura habitual de un Germani

destinista, ven en él (la diferencia de Ansaldi) a alguien consciente de la variedad de procesos de transición, debido, en parte, a la alineación de fuerzas sociales. La democracia no es una consecuencia del proceso de desarrollo, depende de la forma en que se generalice la participación y el papel que asuman las clases medias en el proceso. Plantea que los deben ser los sectores aliados con los sectores populares. Si se produce el desencuentro no hay esperanza para la democracia.

Finalmente, Dora Orlansky plantea la producción de conocimiento sociológico como una revolución permanente de las categorías e instrumentos en que se basa esta práctica de producción de conocimiento. Afirma que la investigación debe ser permanente, no sólo en los procedimientos y en la seguridad que aparece en otros trabajos. Observamos esto en la crítica a la categoría *persona de referencia* que se propone en remisión de la, antes criticada, *febe de hogar*.

En el currículum incluido al comienzo del libro, Germani rechaza la esencia entre hechos y teoría, entre una sociología culturalista, que sería una forma de despolitización, y una sociología empírica, que tendría los hechos para interpretarlos posteriormente. El motivo de la esencia es la característica de la investigación científica de dividir el objeto para su estudio. Esto es el crecimiento vegetativo. Esto habilita a los autores la predicción de una distribución espacial menos macrocefálica, ya que crece rápidamente la población de las ciudades interiores.

Finalmente se presentan los estudios ligados a la estructura de clases y ocupacional. Una alternativa es estudiar diferentes aspectos de dicha estructura tratándose de aclararlos, en cierta desproporción, por el sentido teórico del análisis, esto claramente manifiesto en el artículo de R. Jorjat, en exceso centrado en el metodológico. Sauat, por su parte, analiza la distribución del empleo de las mujeres, localizadas en el núcleo de la ciudad, después de la partida del padre, cada uno en el nivel terciario, que se correlaciona con posiciones de status medio, concluyendo que las mujeres se desempeñan en empleos de baja predominancia en posiciones de status. Jorjat analiza la vinculación entre movilidad de status ocupacional y status educacional. Encuentra que la movilidad de status de los hijos está más relacionada con su educación que el status paterno, aunque el resultado que se desea influir en la educación.

Otra posibilidad es trabajar sobre los postulados teóricos que sustentaron posibles cambios. Es la elección de Miguel Murrín y Silvio Feldman, que estudian los presupuestos y el sentido del estudio de las clases medias para Germani. Parten de rechazar la figura habitual de un Germani determinista, ven en él (la diferencia de Ansaldi) a alguien consciente de la variedad de procesos de transición, debido, en parte, a la alineación de fuerzas sociales. La democracia no es una consecuencia del proceso de desarrollo, depende de la forma en que se generalice la participación y el papel que asuman las clases medias en el proceso. Plantea que los deben ser los sectores aliados con los sectores populares. Si se produce el desencuentro no hay esperanza para la democracia.

Finalmente, Dora Orlansky plantea la producción de conocimiento sociológico como una revolución permanente de las categorías e instrumentos en que se basa esta práctica de producción de conocimiento. Afirma que la investigación debe ser permanente, no sólo en los procedimientos y en la seguridad que aparece en otros trabajos. Observamos esto en la crítica a la categoría *persona de referencia* que se propone en remisión de la, antes criticada, *febe de hogar*.

En el currículum incluido al comienzo del libro, Germani rechaza la esencia entre hechos y teoría, entre una sociología culturalista, que sería una forma de despolitización, y una sociología empírica, que tendría los hechos para interpretarlos posteriormente. El motivo de la esencia es la característica de la investigación científica de dividir el objeto para su estudio. Esto es el crecimiento vegetativo. Esto habilita a los autores la predicción de una distribución espacial menos macrocefálica, ya que crece rápidamente la población de las ciudades interiores.

Finalmente se presentan los estudios ligados a la estructura de clases y ocupacional. Una alternativa es estudiar diferentes aspectos de dicha estructura tratándose de aclararlos, en cierta desproporción, por el sentido teórico del análisis, esto claramente manifiesto en el artículo de R. Jorjat, en exceso centrado en el metodológico. Sauat, por su parte, analiza la distribución del empleo de las mujeres, localizadas en el núcleo de la ciudad, después de la partida del padre, cada uno en el nivel terciario, que se correlaciona con posiciones de status medio, concluyendo que las mujeres se desempeñan en empleos de baja predominancia en posiciones de status. Jorjat analiza la vinculación entre movilidad de status ocupacional y status educacional. Encuentra que la movilidad de status de los hijos está más relacionada con su educación que el status paterno, aunque el resultado que se desea influir en la educación.

Otra posibilidad es trabajar sobre los postulados teóricos que sustentaron posibles cambios. Es la elección de Miguel Murrín y Silvio Feldman, que estudian los presupuestos y el sentido del estudio de las clases medias para Germani. Parten de rechazar la figura habitual de un Germani

El libro del éxito final

Ernesto Semán

Los últimos dos años significaron para las editoriales —y para la mayoría de ellas— un período de sensible incremento en sus actividades. Las librerías y kioscos reparten libros como si fuera diarios. No faltan —más bien abundan— quienes piensan que esto aparece en el marco de un florecimiento cultural sin precedentes. Y las estadísticas parecen confirmarlo. Es decir, los que escriben tienen hoy más posibilidades de publicar que hace unos años y la gente en general parece dispuesta a incluir al libro entre uno de sus artículos de consumo. Es entonces cuando surge la pregunta acerca de qué significa un "éxito cultural" en una sociedad que, como la argentina, absorbe con rapidez azombrosa las conductas propias de la extensión del mercado.

Aun con el mayor escepticismo posible, el actual augurio editorial y las cifras de éste no pueden dejar de mencionarse como un fenómeno que una raíz específicamente cultural; y, a la vez, una producción de la sociedad que lo dejará a ésta huellas profundas, aun cuando hoy sean indecifrabiles. ¿Cómo saber lo que perdurará en el tiempo?, ¿quién recordará, por ejemplo, dentro de treinta años, a Buenos Aires por el escrito de Rodolfo Hanglin que la editorial del momento publicará en breve?, ¿puede reconstruirse una imagen sin dobleces de nuestra época a partir de la novela de Ricardo Piglia —aunque el tiempo no sea el único factor— y el libro que hace de escribir el saxofonista-animador Roberto Petinato?

Así visto, el mejor juez de la cultura es el tiempo. Y no tanto para determinar lo bueno y lo malo, sino más bien para determinar cómo pudo ser lo que es. Esto es la dimensión una sociedad a partir de lo que ella escribió, editó y leyó. Si intentáramos hacer hoy ejercicio, las conclusiones no serían claras, por la obsesión por la cantidad y la utilidad de los libros consumidos emergerían en este cuadro.

Desde recetas para mejorar el perfil personal frente a las esposas, jefes o hijos, hasta métodos para leer más velozmente a evitar la calvicie, junto a investigaciones periodísticas que en general, tienden a confirmar o ampliar informaciones ya suministradas por los mismos autores en los diarios, tal es el material que abunda en reediciones.

Hasta principios de los '80, y durante casi veinte años, Argentina vivió un resurgimiento importante del enciclopedismo, que inundó los hogares de clase media de diccionarios, libros de universalización de los misterios del mundo animal. De aquel boom quedó la imagen de esa biblioteca con volúmenes de colores y tamaños ordenados que decoraban el ambiente. Hoy las cosas han cambiado. Pero el criterio utilitarista permanece. Los libros de la mayoría de las ventas corresponden a libros que informan, aconsejan, en fin, sirven. Solo esporádicamente se mezclan las pocas historias que no sirven para algo —y quizás logran asomar a la superficie merced al peso

reconstrucción histórica de este siglo. Finalmente nadie se toma el trabajo de salir del espacio del pensamiento para atravesar los toruos caminos de la escritura, si no es para compartirlo. Ningún escritor puede hacerse eco del razonamiento de Isidor Blainstein, para quien el mandato de plantar un árbol, tener el hijo y escribir un libro, nada decía acerca de publicar. Quizás Kafka, el hijo de todos modos se dio a sí mismo una última oportunidad, de legando la tarea de destruir sus originales en quien a la postre sería su editor. En fin, nadie escribe para lo que le lea. Sería saludable entonces poder indagar que tipo de fenómeno cultural es el que encierra el actual boom editorial, discriminando sus contenidos más allá de las venas, y si es un juicio de la historia.

Vemos entonces a una sociedad que ha perdido velleo, una masa de lectores que para enmaromarse se inspiran en cómo hacer el amor... con amor, de la terapia sexual Dagny O'Connor, un éxito de la última Feria del Libro. Un cuerpo político protección, que para poder mostrar su descontento frente a las injusticias no podrá abreviar en la lectura de los libros de la vida, sino en investigaciones, estadísticas, y denuncias que, en muchos casos, son el agregado informe de artículos de diarios, más jugosas anécdotas deslizadas por un informante de palacio, todo relacionado en el tono de un maduro y nuevo periodismo —que homogeneiza la propia modernidad.

Asistimos, es cierto, a un fenómeno cultural floreciente. Para muchos, el aumento de la venta de libros es de por sí un dato auspicioso para la cultura. Quizá en un compromiso desmesurado, la cultura que el medio es el mensaje, el incremento en la tirada de libros, y no por ejemplo, el aumento en el consumo de horas de televisión, se toma como referente de una sociedad inquieta y despierta.

Pero lo que emerge en realidad es una cultura atravesada por los valores menos trascendentes del mercado, aquellos que giran en torno a la utilidad. La sociedad actual ha hecho del éxito personal una bandera irrenunciable y con metas precarias: el ascenso social, el incremento de la renta universal, las posesiones que el desarrollo tecnológico multiplica a cada instante en un abrir y cerrar de ojos. Cada segundo vale oro y entonces hasta el ocio se ha compactado y programado. Con esta presión encima, difícilmente alguién lea un libro para entretenerse. Después de todo, resta bastante comprensible esta necesidad imperiosa de lograr éxitos, después de tanto fracaso estrepitoso. Como siempre el fenómeno ha tenido costos y beneficios y, como casi siempre, los ha distribuido desigualmente. En este caso, el augo de la lectura ha enriquecido mucho más el bolsillo de algunas editoriales que el horizonte de una sociedad intoxicada de información y en la búsqueda desesperada de recetas efectivas para el triunfo individual de las

ARENALES 1292
42 - 8998
10600 BUENOS AIRES

DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ENSAYO

Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia

Tulio Halperin Donghi*

El signo más dramático de esta transición es sin duda el derrumbe espontáneo del "socialismo realmente existente", que más allá de abolir el experimento social lanzado en 1917 confirma el imperio de una casi invencible fatiga colectiva frente a cualquier aspiración al cambio radical; la celebración del segundo centenario de la Revolución Francesa, en las vísperas mismas de ese derrumbe, reflejaba ya de modo casi embarazoso ese mismo temible colectivo. La influencia que ese conservadurismo esencial tuvo sobre el repudio del más sistemático esfuerzo jamás lanzado por cambiar la sociedad desde el poder se expresa muy bien en una frase muy olda en Alemania del Este durante el vertiginoso proceso que llevó a la unificación, frase que respondía a la propuesta de comenzar de nuevo, ahora en un marco de libertad, la búsqueda de una alternativa socialista al capitalismo, proclamando: "Tenemos una sola vida y no queremos seguir empleándola en servir de conejillos de Indias".

Un temple como el actual sólo encuentra paralelo en el que conoció Europa después del derrumbe del imperio napoleónico, ese heredero infiel de la Revolución Francesa cuya derrota fue percibida, sin embargo, como la bancarrota final de ésta. Sin duda ese paralelo es menos perceptible debido a la precoz esclerosis del orden socialista, reducible en tres cuartos de siglo a un decrepito *ancien régime* incapaz de sobrellevar a desafíos ciertamente más módicos que la toma de la Bastilla. Pero la insurgencia contra ese *ancien régime* no estaba sostenida por ningún anhelo revolucionario; la dinamiza en cambio la nostalgia de otro *ancien régime* más auténtico y sobre todo más eficaz.

Y de nuevo como en 1815 ese conservadurismo encuentra expresión en la centralidad reconocida al principio de legitimidad, en cuya defensa las Naciones Unidas parecen dispuestas a poner hoy más energía militante que anteayer las reunidas en la Santa Alianza.

Hay, con todo, una diferencia notable con la Europa de la Restauración; mientras entonces lo que movilizaba todas las alarmas era la noticia de que tal o cual capital europeo había proclamado la Constitución de Cádiz, hoy es la amenaza a las instituciones democráticas la que tiene ese poder movilizador. Sin duda la devoción que ha vuelto a profesárselo no siempre halla fácil volcarse en acciones eficaces (basta comparar el celo desplegado para restaurar en Kuwait una legitimidad estrictamente dinástica con la mucho menor pista puesta para correr en socorro de la que, basada en la expresión de la voluntad popular, acaba de ser arrasada en Haití para advertir cómo siguen estando las cosas). Ello no impide que un temple colectivo radicalmente conservador busque su definición política mediante la identificación intransigente con una solución en su origen celebrada o temida como un instrumento eficaz de las aspiraciones revolucionarias de las mayorías.

Sin duda, una continuidad superficial existe en las expresiones de esa identificación actual y las invocaciones polémicas de los valores de la democracia liberal en el marco de la guerra fría, hace menos fácil percibir lo que la situación tiene de radicalmente nuevo. Hay, sin embargo, una diferencia esencial entre la actitud de hoy y la vigente hasta ayer en el marco de la guerra fría: el culto de los valores liberal-democráticos no tenía como corolario la exigencia de verlos regir en todo lo que se llamaba el mundo libre; al proponer como criterio alternativo el de una legitimidad democrática demasiado literalmente entendida, la distinción entre regímenes autoritarios y totalitarios, la señora Jeane Kirkpatrick no hizo sino ofrecer base teórica para una práctica ya muy

El año 1992, que parecía un año destinado a la conmemoración de lo que ya no nos atrevemos a llamar el descubrimiento de América, y en su dimensión más actual a la consumación de la unidad económica europea, ha venido a quedar además engolfado del modo más inesperado en una vertiginosa transición entre dos épocas históricas; quienes la vivimos advertimos tan bien como Goethe en el campo de Valmy que estamos cruzando un umbral significativo en la experiencia colectiva de la humanidad.

arraiga.

Es que mientras hasta ayer se trataba de evocar la lealtad al ideal liberal, forjados en los regímenes de democracia representativa, a fin de ganar el apoyo de las masas para un orden social fuertemente desigual, frente a un rival que proclamaba su lealtad prioritaria por la igualdad, hoy es la adecuación del marco institucional ofrecido por la democracia a un orden socioeconómico que (así sea sin entusiasmo) las mayorías han terminado por preferir a cualquier alternativa efectivamente disponible la que hace a la democracia liberal universalmente atractiva. Las metamorfosis del que fue campo socialista ofrecen una imagen especular del mismo deslaminamiento: fiel aún en su lecho de agonía a la noción del carácter superestructural de la política, el socialismo soviético se resignó al *glasnost* porque reconocía en él el precio necesario de la *perestroika*, y cuando el fracaso de ésta dejó como única alternativa, todavía abierta, la ofrecida por la economía pródicamente llamada de mercado, el replanteo del estado-partido por la democracia representativa se impuso como corolario político inevitable del infamecesado retorno al capitalismo.

Momentos como éste, en que la historia parece haber entrado en una curva decisiva, son los que ponen nervioso al historiador de hoy, consciente de que la solemnidad de la hora incita a preguntas que —a diferencia de sus colegas del siglo pasado— no se cree capaz de contestar. La que encuentra más terrible es, desde luego, la que inquiere a dónde vamos desde aquí, cuando son modestos dones, entre los cuales no se cuenta, por cierto, el de profecía, sólo lo habilitan en el mejor de los casos para explicar cómo llegaron hasta aquí.

Ni aun esta última tarea se anuncia en este caso demasiado fácil. Lo que se trata de entender es, en efecto, el casi milagroso rejuvenecimiento de una fe política cuya progresiva decrepitud venía siendo anunciada, y denunciada, ya por más de un siglo. El argumento que aquí se ha de desenvolver es que ésta es una de las consecuencias de una mutación política muy reciente, que, sólo parcialmente triunfante en el primer mundo, ha sabido sin embargo sacar ventaja tanto de las flaquezas como del vigor que el orden capitalista despliega en el marco de una coyuntura necesariamente efímera para librar victoriosamente la batalla decisiva en el campo hasta ayer poco propicio del segundo y tercer mundo.

Esta mutación política viene a reaccionar ante el fin de la más larga y lozana de las primavera que conoció el capitalismo en su entera trayectoria, la que transcurrió entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el primer aforamiento, al comienzo mismo de la década de 1970, de las dificultades que iban a derivar vertiginosamente hacia la primera crisis del petróleo. Durante ese cuarto de siglo el mundo noratlántico, que en 1945 era aún casi lo mismo que el primer mundo, dejó atrás una inesperadamente breve etapa de reconstrucción de posguerra, introdujo o completa las estructuras del *welfare state* y avanza en la transición de éste hacia una sociedad de consumo. Esos triunfos son los que desvaloriza el conservadurismo hoy triunfante como frutos necesariamente efímeros de la deliberada continuación de los principios del liberalismo político y económico, únicos capaces de asegurar la felicidad eterna en esta tierra. Es preciso admitir que —se comporta o no la conclusión negativa— la caracterización de las soluciones que subdieron esa etapa de incomparable prosperidad no podría ser más justa.

Hay excelentes razones para que la reconstrucción de posguerra no se inaugurase bajo el signo de una democracia liberal restituida a su perfil clásico. Una, aunque circunstancial, no es anecdótica: la victoria democrática fue sólo posible gracias a la contribución de una autoproclamada democracia que no tenía nada de liberal; la necesidad de mantener un lenguaje común con la URSS estalinista incitaba entonces a subrayar los motivos genéricamente democráticos antes que los liberales. Pero el eclipse de la dimensión liberal reflejaba una reacción de más antigua data frente a la trayectoria de las sociedades desarrolladas. A partir de la crisis de 1929 sólo la intervención del estado se había mostrado capaz de atenuar sus devastadoras consecuencias, y ello tanto más efectivamente cuanto más sistemáticamente se la practicaba: así, la Alemania nacionalsocialista conoció una recuperación más rápida y completa que la alcanzada por Estados Unidos bajo la inspiración, menos audaz del *New Deal*. La guerra confirmó la misma lección: durante ella los Estados Unidos entraron en una vertiginosa expansión, mientras el estado se constituía no sólo en árbitro cada vez más activo, sino en agente de primera fila de la actividad económica. Mientras la justificación por la eficacia constantemente invocada por los defensores del capitalismo perdió así buena parte de su fuerza, también la pérdida la hostilidad a la acción estatal por parte de agentes económicos que se habían resignado primero a aceptarla tan sólo como una solución de emergencia, pero habían tenido ya ocasión de reconciliarse mejor con ella al descubrir que, bajo la égida del estado, se le abrían nuevos campos para su búsqueda del provecho.

Por todas estas razones, al abrirse la posguerra el activismo económico estatal no corría riesgo de ser puesto en tela de juicio, pero esas mismas razones hacían dudosos que él alcanzase el sentido inequívocamente renovador y aun revolucionario que sólo reconocerse en las propuestas políticas entonces populares. Mientras en Estados Unidos, como de costumbre menos atraídos por innovaciones ideológicas, ellas tuvieron expresión en el *Fair Deal* propuesto por el presidente Truman, suerte de *New Deal* para tiempos prósperos que se preocupaba menos de revitalizar la economía que de expandir el *welfare state*, en las naciones vencedoras pero maltradas de Europa occidental esa misma expansión del *welfare state*, complementada con algunas nacionalizaciones, era presentada de modo ideológicamente más ambicioso como la solución capaz de integrar las exigencias liberales de Occidente con las igualitarias proclamadas por la URSS.

La primera etapa de reconstrucción avanzó así bajo el

signo de un reformismo dispuesto a avanzar hasta el umbral mismo de la revolución, en el marco de una democracia rejuvenecida por el retorno a sus fuentes: François Mauriac, el devoto novelista bordelés, reflejaba muy bien el temple de la hora cuando proponía restaurar el lema originario de la Revolución Francesa; puesto que, gracias al heroísmo de la Resistencia, Francia había resumido en plenitud el compromiso revolucionario, era de nuevo hora de proclamar "libertad, igualdad, fraternidad o muerte".

El lema expresaba muy bien la intención de utilizar el plazo de gracia que su victoria había concedido a la democracia liberal para encadenar la metamorfosis radical que ésta necesitaba para sobrevivir. ¿Cúales eran en efecto las insuficiencias que era urgente corregir? Por más de un siglo, mientras algunos de sus críticos habían achacado a la democracia liberal haber privado de moribiente a su exigencia igualitaria ante la ley, todos ellos la habían acusado de agravar la fragmentación y vaciamiento de sentido de la experiencia del hombre en sociedad, al rehusarse a afrontarla en su totalidad para enajenar al hombre a la figura abstracta del ciudadano, en una manipulación complementaria a la que lo enajenaba a la figura igualmente abstracta del productor asalariado. Con la igualdad reducida a una abstracción y la fraternidad ignorada aun como exigencia, también la libertad quedaba así reducida a un vacío simulacro.

Tomada literalmente, la reformulación radical del credo democrático postulaba cambios revolucionarios y no se esperaba verla apoyada por el consenso casi unánime de sociedades divididas por firmes fronteras de clase. Si ese consenso pudo surgir, no fue tan sólo porque después de los cataclismos pasados pocos tenían posibilidad de retornar sin más a la situación previa a la tormenta, sino más aun —como se ha sugerido ya— porque prometía la reducción final de la humanidad como resultado de algo mucho más modesto que una revolución radical: las nacionalizaciones de la inmediata posguerra en el Reino Unido y Francia, y la creación y ampliación del *welfare state* estaban marcando ya un rumbo que bastaba con continuar sin sobresaltos para alcanzar esa meta.

La apertura al cambio revolucionario fue sólo voluntad de momento: sin duda las corrientes políticas dominantes en Europa occidental —la socialdemocracia tanto como la democracia cristiana— mantenían reservas ideológicas frente a la concepción liberal de la democracia, pero para buscar apoyos invocaban menos esas reservas que su superior eficiencia para administrar una experiencia sociopolítica que se desenvolvía en el marco de una democracia liberal y capitalista, sin duda reducida en algunos aspectos significativos, pero no en los fundamentales. El éxito mismo de la reconstrucción de posguerra agregó vigor a esa reorientación conservadora: así en el Reino Unido, la oposición conservadora logró desplazar el laborismo identificándose audazmente con el nuevo equilibrio político y social, que acusaba a los laboristas de estar dispuestos a sacrificar a nuevos experimentos utópicos; bajo el liderazgo de Harold MacMillan, los *tories* iban a vencer una vez y otra con el lema *you never had it so good* (usted nunca lo pasó tan bien como ahora); en el continente la misma identificación con el *status* que tuvo expresión todavía más contundente en la fórmula que dio la victoria, tantas veces como fue necesario a la coalición liderada por Konrad Adenauer en Alemania del Oeste: *keine experimente* (nada de experimentos).

Mientras en Europa occidental revolucionarios y conservadores descubrían que para sobrevivir debían reivindicar su perfecta identificación con un orden socioeconómico que sus principios le impedían aprobar sin reservas, en Estados Unidos, en un marco menos influido por contrastes ideológicos, el retorno aquí a una versión ideológicamente más ortodoxa de la democracia liberal no impidió que sobrevivieran en sus aspectos esenciales las innovaciones introducidas por el *New Deal*.

¿Cuál era el contenido de ese consenso tan sólido? El reconocimiento como parte de los deberes del estado asegurar el mantenimiento en buen orden del *welfare state*, con un sistema de seguridad social y salud y de subsidio al desempleo razonablemente completo, mientras la expansión económica no trajese consigo la disminución (y en el límite eliminación) del desempleo mismo. Incluso en Estados Unidos, donde el consenso se desplaza en sentido más conservador que en Europa occidental, las modestas conquistas del *New Deal* son mantenidas porque los gobiernos republicanos se



abstienen de usar los instrumentos que la legislación introducida por su partido les ofrece para dificultar la sindicalización. En efecto, el casi monopolio que Estados Unidos retienen en la esfera industrial durante la primera década de posguerra permite a los empresarios desplegar una generosidad inusitada frente a las demandas obreras, en la seguridad de poder trasladar con creces su costo a sus consumidores, mientras la intervención del estado en la economía sigue avanzando gracias a un intenso rearme que acreciente la intimidad entre estados y mundo empresarial (con consecuencias que llevaron al presidente Eisenhower a advertir sobre la peligrosa influencia del que bautizó complejo militar-industrial).

Hacia 1960 las tareas llevadas adelante a ambos lados del Atlántico bajo el signo de ese capitalismo y esa democracia modificados han sido tan brillantemente completadas que el equilibrio social consolidado por ese proceso tan reciente parece dotado de solidez de roca. El peligro que ahora amenaza es el del estancamiento, y el nuevo tema del debate político es cómo escapar a él. Ese debate revela que los alineamientos, que todavía en 1945 se definían frente a alternativas muy tradicionales, los han dejado atrás casi sin advertirlo. Así en el Reino Unido el laborismo denuncia la deserción del empresariado británico frente al deber empresario por excelencia, que es el de innovar; es tarea del estado forzar a los empresarios a encarar la renovación tecnológica, la cual la decadencia nacional se hará irremediable, y asociarse con ellos en esa tarea salvadora. En Estados Unidos los demócratas, de vuelta en el poder, imponen una solución más sencilla contra el estancamiento: la reducción de impuestos, que aumenta tanto la ganancia empresarial como la capacidad de consumo de los asalariados.

Parace en verdad legítimo el fin de las ideologías anudados uno años antes por Daniel Bell. Durante la década de 1960, mientras en otros aspectos los cambios arcean (la descolonización se traduce en algunas sangrientas guerras de independencia, una de las cuales —la de Vietnam— se encuadra desde el comienzo en el marco de la rivalidad Oriente-Occidente, la revolución cubana lleva esa rivalidad al Nuevo Mundo, y las modalidades nuevas adquiridas así por la guerra fría, que excluyen ya su desenlace apocalíptico, pero la extienden a nuevos campos de rivalidad económica

y política, le aseguran una incidencia más compleja y ambigua que en el pasado), en lo interno los gobiernos de Estados Unidos y Europa occidental afrontan el gran desafío de administrar una prosperidad que no cesa de crecer. En Estados Unidos ella se utilizará primero en una tentativa de eliminar las huellas dejadas por la esclavitud, abolida un siglo antes en la situación de los descendientes de los emancipados, y luego para un intento aun más ambicioso de abolir para siempre la pobreza, en Europa occidental, en un clima por una vez menos ideológico que allende el Atlántico, en el salto del estado de bienestar a la sociedad de consumo.

En 1968 iban a revelarse las grietas que ocultaba la brillante fachada de la prosperidad. Las convulsiones que ello se entendieron a ambos lados del Atlántico y de la llanada cortina de hierro reflejaban en parte el desengaño inevitable después de las desafortunadas promesas de comienzos de la década. Pero reflejaban también cambios apenas incipientes y menos perceptibles que los males denunciados en las imaginativas consignas del movimiento insurrente.

Bajo el doble impacto del *welfare state* y de la más arrolladora ola expansiva en la historia del capitalismo, las sociedades de los países desarrollados estaban iniciando una metamorfosis profunda. Antes ya que el avance de la informática, aun demasiado incipiente para tener efectos masivos, el crecimiento de la burocracia pública y la privada, impuesto por la complejidad creciente de la sociedad y la economía, y la prosperidad misma, que expandía la demanda de servicios antes incluso que la de bienes, impulsaban de consumo ese avance hacia un perfil de sociedad que algunos comensaban a llamar *postindustrial*. No era sólo el cambio económico, sin embargo, el que empujaba en esa dirección. Lo que había dado su perfil propio a la sociedad industrial había sido la presencia de fronteras de clase que reflejaban algo más que la diferencia de ingresos o en la inserción en el proceso productivo. En la segunda posguerra, mientras la distancia entre los ingresos de la clase obrera y la pequeña clase media se acortaba —y en algunos casos revertía— los avances de la civilización del consumo abolían las barreras creadas por las diferencias en el estilo de vida: no sólo arrasaban con los enclaves relativamente cerrados en que la experiencia proletaria se había adquirido sus perfiles más acusados, sino unificaban el marco en que se desenvolvía la vida cotidiana de las mayorías obreras.

Mientras en Estados Unidos fue ese el momento en que la clase obrera comenzó a ser vista como la clase media por excelencia, aun en la Europa occidental la pérdida de centralidad de la clase obrera tuvo un impacto político más inmediato que la agonía del campamento, cuyo derrumbe casi silencioso venía a cerrar un capítulo de historia europea abierto en rigor en el neolítico. En medio de las tormentas de 1968, un episodio revelador permitió medir por anticipado ese impacto: fue cuando el jefe de los sindicatos franceses se negó a apoyar a la insurrección, alegando que —esta sólo concedida a la clase obrera el pago de *force d'appoint*, de fuerza de apoyo, sin por ello reivindicar para esa clase un protagonismo revolucionario del que no parecía ya capaz.

La larga expansión del sector noratlántico, a la vez que había avanzado ya considerablemente en la corrosión del perfil tradicional de la sociedad industrial, había venido modificando la relación de ese sector con el resto del mundo. Mientras en las primeras etapas de la posguerra la reactivación de las economías industriales desarrolladas había avanzado más rápidamente que su demanda de productos primarios, luego el ya desaforado crecimiento del centro vino a revertir esa tendencia, más eficazmente aun para los productos minerales no renovables que para los agrícolas. Ya, hacia fines de la década de 1970, ello se reflejaba en la relación entre precios de productos primarios e industriales que comenzaba a moverse en favor de los primeros.

Otra novedad cuyo posible impacto no se adivinaba todavía plenamente era el surgimiento de economías industriales más allá de las fronteras del mundo desarrollado. Aunque el Japón no era, por cierto, una nueva potencia industrial, fue durante la década de 1960 cuando comenzó a perfilarse como uno de los gigantes económicos de la posguerra: el absoluto predominio industrial del que el sector noratlántico había gozado hasta entonces afrontaba una amenaza agravada todavía por el surgimiento de otros focos de industrialización en el resto de Asia oriental.

La primera crisis del petróleo reveló súbitamente la

Los libros, en fausto

AHORA, TAMBIÉN POR TELÉFONO

Ya puede comprar sus libros por teléfono. Llamando al 45-5284 y 476-4199/3914, usted los recibirá en su casa. Con una ventaja más: si tiene dudas, puede pedirnos los libros que desee ver. Y decidir en el momento. Como si estuviera en la librería. El pago puede ser en efectivo. O con Argencard/Mastercard. Para nosotros es lo mismo.

Ventas: Corrientes 1316. Tel. 476-4919 • Corrientes 1343. Tel. 36-5114
Santa Fe 1715. Tel. 41-2704 • Santa Fe 1311. Tel. 41-4893 • Santa Fe 2077. Tel. 84-3251
Santa Fe 1987. Tel. 812-4219 Buenos Aires Argentina.
Rivadavia 2298 Tel. 41513 Mir del Plata
Administración: Maestros 177. Tel. 88-2758/89-6446 • Fax 885-0332 • B.A. Arg.

fragilidad del orden de posguerra, pero vino a hacer más lenta la transformación del equilibrio interno al mundo desarrollado, en cuanto su impacto fue menor sobre Estados Unidos, cuya producción cubrió más de la mitad de su demanda, que sobre Europa o sobre el Japón (este último totalmente deficitario en petróleo). En cuanto a relación entre el mundo desarrollado y la periferia, la pausada el crecimiento y en los avances del bienestar, al disminuir la demanda para otros productos primarios, restableció el equilibrio cercano al anterior a la crisis, en que la opulencia árabe, venezolana y mexicana tenía por contrapartida la depresión en el resto de la periferia.

El impacto de ésta, lo mismo que el de la pausa en el crecimiento del centro, era atenuado por otra consecuencia de la crisis petrolera: al concentrar entre los beneficiarios de ésta una vasta masa de capital líquido necesitado de invertir, ella provocó una corriente de las tasas de interés que introdujo en el lenguaje borriate la noción paradójica de tasa negativa; esa abundancia de capitales hizo posible en el sector noratlántico atenuar el impacto de la crisis mediante una inflación controlada (que al bajar todavía más las tasas de interés real reducía el odioso tributo pagado a los productores de petróleo), mientras en el nuevo frente de industrialización en Asia (en Brasil) permitió proseguir los avances de ésta en una coyuntura decididamente menos favorable, y en casi todo el resto de la periferia —y señaladamente en América Latina— y en más de un país socialista sirvió para mantener en funcionamiento economías ya inculciblemente deficitarias.

En el mundo desarrollado, la *stagflation* —el recurso a una inflación controlada para evitar que el estancamiento dejara paso a la depresión—, que ofrecía refugio contra la crisis, no sólo disipaba lo poco que todavía sobrevivía de la política que había subyugado el gran avance de posguerra, sino inspiraba serias dudas sobre si éste podría alguna vez ser reanudado bajo el mismo signo, poniendo fin al estancamiento de la economía. Lo que había sido en su origen una fe renovadora, transformada por el éxito en una adhesión más sólida que fervorosa al orden vigente, se degradaba ahora a apego instintivo, a un orden de cosas cada vez menos satisfactorio que se intentaba mantener en vida a fuerza de expedientes. Ese apego reflejaba sin embargo la misma adhesión al equilibrio social, considerablemente renovado, que había surgido en la posguerra, que las actitudes más afirmativas a las que había venido a reemplazar; todavía abra la tentativa de salvaje del *welfare state* sacrificaba audazmente a la supervivencia de éste la tasa de ganancia del capital.

Pero si la *stagflation* debió ser abandonada, ello se debió menos a que impusiese ese sacrificio que a su creciente ineficacia: después la depresión demandaba dosis crecientes del remedio inflacionario, que terminó así por parecer peor que la enfermedad. Tocó al presidente Carter inaugurar el cambio de rumbo, dejando de lado los remedios de viejas que sus predecesores repulcianos habían esgrimido contra la inflación, para adoptar el verdaderamente heroico de una subida salvaje de las tasas reales de interés, a sabiendas de que ello debía provocar una muy seria contracción de la economía, pronto agravada por la segunda crisis del petróleo, que al extenderla a la otra orilla del Atlántico aseguró que, ante la caída de la demanda, la bonanza para los productores petroleros sería esta vez muy breve.

He aquí llegado por fin el momento en que se hace posible la reversión de la tendencia triunfante en la segunda posguerra. Posible —ahí que subyugarlo—, pero no inevitable. En Europa continental todavía hoy conservan vigencia el perfil de estado y sociedad que fraguaron en esa etapa, y si el mundo anglosajón tomó otro camino, fue porque hubo y quienes supieron empujar en esa dirección nueva, favorecidos en la empresa más aun que por las dificultades de la economía, por los cambios ya ocurridos en el equilibrio social de sus respectivas naciones: fueron esos cambios los que permitieron tanto a Ronald Reagan como a su fervorosa aliada británica, llegar al poder con la promesa de reconstruir la prosperidad a través de una contrarrevolución restauradora del capitalismo clásico. Son también esos cambios sociales los que hacen posible que después de que por más de una década los Estados Unidos de Reagan y Bush, como el Reino Unido de Margaret Thatcher, no han hecho más que rezagarse respecto del resto del mundo desarrollado, las fuerzas políticas identificadas con ese desempeño tan poco

satisfactorio sigan cosechando convincentes victorias electorales.

Nada sorprendentemente, esa contrarrevolución triunfante en el mundo anglosajón no ha logrado restaurar el capitalismo clásico; si para el Reino Unido de la señora Thatcher ello representa un innegable fracaso, no puede decirse lo mismo de los Estados Unidos del presidente Reagan, donde lo que se implantó bajo el signo engañoso de una restauración fue algo totalmente inédito y original: una suerte de keynesianismo para millonarios, en que la combinación de baja de impuestos, subida feroz de gastos militares y corte salvaje de los subsidios directos e indirectos a la clase media baja (mientras los destinados a la población marginal, y crónicamente desocupada, eran menos afectados) se traduce en una enérgica redistribución regresiva del ingreso, en la caída de las finanzas públicas en un déficit crónico y progresivo, que en diez años transformó a Estados Unidos de primer país acreedor en el mayor deudor del planeta, y en una contracción creciente del sector industrial, hasta tal punto que la economía norteamericana comienza a exhibir algunos rasgos característicos de las del Tercer Mundo.

El éxito político de este ensayo de reestructuración socioeconómica debe mucho a las peculiaridades de la sociedad norteamericana, sobre la cual la polarización de clases ha gravitado tradicionalmente menos que en la mayoría de las industriales modernas (ya a comienzos del siglo Werner Sombart había llamado la atención sobre ello, el explorar las causas de la incapacidad del socialismo para ganar allí una base de masas). Después de que el ingreso en la sociedad postindustrial acentuó aún más la fragmentación de los sectores subordinados y marginados, la libertad de expresión y acción que ahora les era aun más ampliamente reconocida que en el pasado se reveló paradójicamente más eficaz que cualquier represión para neutralizarlos políticamente.

Pero si esa circunstancia abrió la brecha por la que iba a infiltrarse el neoconservadurismo triunfante, ello no explica del todo su perpetuación en el poder; ésta es, por otra parte, facilitada por la bancarrota del estado, como consecuencia no del todo imprevisible del programa neoconservador. Desde el *New Deal* el alfa y omega de la acción política fue para los sectores subordinados el diálogo permanente con el estado, en una ambigua actitud que combina la súplica con la demanda, la promesa de apoyo y subordinación con la amenaza de retirarse en los momentos políticamente menos oportunos. Al elevar límites al parecer infranqueables a la acción de ese estado, que no sólo no muestra interés en escuchar demandas, sino ha sido puesto en la imposibilidad de atenderlas, el neoconservadurismo elimina la política como alternativa real para las clases subordinadas: el *riot*, el tumulto urbano, nunca totalmente desterrado de las

costumbres norteamericanas y empleado sistemáticamente por el movimiento negro como medio de presión sobre el estado, aunque es hoy menos frecuente que cuando podía ser usado de ese modo, se ha transformado así en la expresión política por excelencia de las turbas que están desplazando de las grandes ciudades a los integrantes de una sociedad de clases marginales que expresan más resistencia y cotidiana en el crimen delincuencia. Las ventajas que esta metamorfosis de la sociedad urbana brinda a la restauración neoconservadora están excelentemente resumidas en la chistosa definición de un neoconservador como un liberal que ha sido víctima de un asalto callejero, y no es éste el único ejemplo que sugiere que la involución económica, lejos de comprometer el éxito político del neoconservadurismo, viene a consolidarlo.

El triunfo neoconservador no debe todo, sin embargo, a la ruina del estado que ha sabido acelerar y agravar. Al subrayar la suprema habilidad con la que ha utilizado la obligada adaptación a un nuevo clima económico mundial para imponer un giro político, mucho más radical de lo que habían imaginado las muy ajustadas mayorías, que comenzaron por concederle un muy tibio apoyo, no se negará que esa adaptación era en efecto imitable.

La acción todavía más necesaria la modificación del impulso causado sobre el mundo desarrollado por el sistema de relaciones económicas internacionales introducido al finalizar la guerra, como consecuencia del posterior debilitamiento de la hegemonía económica y financiera del centro noratlántico. En particular la eliminación de barreras comerciales, aunque originariamente impulsada por Estados Unidos, comenzaba a tener consecuencias enojosas para éstos; aun así no podía ser revisada sin sacrificar la posición central de ese país, en el sistema financiero mundial (posición que hasta finales de la década de 1970 le había permitido, por ejemplo, desviar hacia Europa parte del costo de su propio activismo militar y social en la década anterior).

La apertura mercantil favoreció el éxito de la gestión neoconservadora en cuanto fortaleció al mundo empresario, acostumbrado hasta entonces a mantener la paz laboral mediante concesiones generosas que se apresuraba a trasladar a los precios, a controlar costos respondiendo agresivamente a las demandas de la fuerza de trabajo; en suma lo obligaba a movilizarse para la exitosa cruzada contra el movimiento sindical lanzada por los neoconservadores.

También la supresión de las barreras financieras se tornó de hecho irreversible, desde que buena parte de la acumulación de riqueza fuera del centro desarrollado, en los países productores de petróleo; en esas condiciones cualquier retorno a ellas amenazaba provocar una crisis de alcances imprevisibles para el mundo desarrollado, y en particular para Estados Unidos, instalados en un permanente déficit de su balance comercial y sus finanzas estatales.

Eliminadas las barreras legales, el progreso tecnológico daba al capital el don de la ubicuidad, al permitirle literalmente moverse a la velocidad de la luz. Las consecuencias de ese doble apertura vinieron a conjugarse con la de la planeada penuria del estado; mientras sólo anteayer éste podía imponer rutas al capital por acto de imperio, hoy sus distintas ramas y niveles se ven obligados a entrar en ruinaosa concurrencia para atraerlo hacia las naciones, estados o ciudades que los necesitan para devolver alguna vitalidad a sus flácidas economías. De nuevo Estados Unidos ofrece el ejemplo más extremo y por eso más revelador: gobernadores y alcaldes recorren el mundo ofreciendo exenciones de impuestos y otras ventajas a quienes quieren instalar empresas en sus jurisdicciones; cuando tienen éxito tropiezan con el descontento de los nuevos empresarios, sorprendidos por los servicios ofrecidos por administraciones a las que han obligado a renunciar a sus mejores fuentes de ingresos son deplorablemente insuficientes, la situación ha llegado a tal punto que los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut acaban de firmar una tregua en esas rivalidades en las cuales —como descubren quizá demasiado tarde— todos terminan perdiendo.

Cualesquiera sean sus costos sociales y aun económicos, la universalización de la economía ha hecho posible un ritmo de innovación tecnológica que no podría sobrevivir a un retorno a la fragmentación del mundo en espacios económicos separados, y en ausencia del cual una coyuntura económica mundial, apenas mediocre, sufriría sin duda un

deterioro gravísimo.

Pero si esto es indudable, es también cierto que, salvo en parte Estados Unidos, el mundo desarrollado ha sabido gozar de las ventajas de esa universalización, mientras esquivaba sus inconvenientes mediante una apertura que está aun hoy muy lejos de ser total e irrestricta. Dejando de lado el Japón, que —en una experiencia sin duda intrínseca, basada en una asociación entre estado y mundo empresarial que hunde sus raíces en un pasado también el intrínsecamente verdáculo— ha logrado combinar la creación de una economía exportadora de vanguardia con el mantenimiento de niveles de vida cercanos a los del Tercer Mundo, en Europa ha sido quizá la unificación interna la que, al ofrecer estímulo suficiente al avance económico mediante la creación de un mercado gigante, le ha permitido controlar más cuidadosamente el ritmo —hasta ahora notablemente cauto— de su apertura externa. Y es quizá la todavía limitada apertura de la economía europea la que permite que sobreviva en Europa continental un clima político que continúa, en lo esencial, el de los años setenta; mientras los gobiernos de signo socialista, en Francia y España, tras de agotar rápidamente de su compromiso de impulsar un cambio de sociedad, se dedican a proteger lo mejor que pueden el equilibrio interno de la que encuentran al alcanzar el poder de las acechanzas de la coyuntura, los más conservadores abandonaron compromisos simétricos para tomar a su cargo esencialmente la misma tarea.

En cambio el ego alcanzado en el Tercer Mundo, y en el mundo socialista, el que ha transformado a una mutación que en el mundo desarrollado no ha logrado avanzar más allá de los países anglosajones en la caída de fondo que hoy parece estar cocinando una de las grandes fronteras de la historia universal. En el mundo socialista fuerza la pérdida total del rumbo tras la rápida, y en suma exhausta, reconstrucción de posguerra, el anquilosamiento y la ineficacia creciente del estado-partido como rector de la economía, y la negativa de sus gerentes y beneficiarios a encargar los cambios que quizá podían salvar al sistema, pero ponían en riesgo su propia posición dentro de él; los que terminaron por socavarlo, más rápidamente aun en aquellos países que, como la Polonia de Gierok, se anticiparon a los Estados Unidos de Reagan en buscar la salvación en un endeudamiento masivo.

Ya desde 1968, aunque la insatisfacción ante el desempeño del sistema económico de planificación centralizada no figuraba entre los grandes temas en torno a los cuales buscaba reclutar adhesiones una disidencia que reclamaba antes que un socialismo eficiente, uno con "rostro humano", basta leer el alegato de Aoi Sik, uno de los protagonistas ideológicos de la Primavera de Praga, para advertir que había ya entonces quienes advertían los avances ya realizados hacia lo que Gorbachov iba a llamar eufemísticamente el estancamiento.

Dentro del Tercer Mundo, la misma América latina que en 1960 se perfilaba como la tierra prometida de la revolución, iba a ponerse a la cabeza de la reorientación conservadora. En verdad desde el comienzo de la segunda posguerra la trayectoria latinoamericana había sido menos divergente de la del mundo desarrollado de lo que entonces se advertía y hoy habitualmente se recuerda. Por algo más de una década, aunque con alibios y desigualdades en las trayectorias de las distintas economías nacionales, la región alcanzó tasas globales de crecimiento superiores a las de Estados Unidos y aun de una Europa occidental en rápida reconstrucción. Ese relativo éxito posibilitó las experiencias populistas, que en más de un país ofrecieron una contrapartida, a veces indolentemente puerca, para el nuevo modelo político y socioeconómico en proceso de consolidación del Viejo Mundo.

Pero, en medio de los avances de la urbanización y la industrialización, y de la creciente gravitación política de una parte de los sectores populares, la economía no podía distraer los recursos necesarios para construir una infraestructura adecuada a la sociedad más urbanizada y la economía más compleja que estaba naciendo; la consecuencia era que, pese a la mejora innegable de los niveles de ingreso de los sectores populares organizados, la experiencia cotidiana de éstos era de carencias crecientes en aspectos esenciales de su vivir, mientras las de las clases empresariales les hacían presentes a cada paso las insuficiencias también crecientes del contexto físico, institucional y financiero en que debían desenvolverse sus iniciativas; el corolario

político de la imposibilidad de que una economía aún razonablemente próspera se encontrara de satisfacer las exigencias nada modestas de unas y otras era la ausencia de un consenso comparable al que en el Viejo Mundo sostenía al nuevo perfil sociopolítico.

Después de 1960, se iba a pasar de un clima político ya crónicamente inestable a uno cruzado de tormentas devastadoras, debidas sólo en parte a que gracias a la revolución cubana, Latinoamérica había sido promovida de la más remota rearguardia a la primera línea de batalla en la guerra fría. El desenlace de esos enfrentamientos fue el mismo en todas partes en que ellos se dieron: la victoria de las fuerzas conservadoras fue postumamente consolidada por el terrorismo de estado que éstas iban a practicar desde el poder, y por la desestructuración sistemática de los sectores sociales en que había anidado la disidencia, que pudo complejizarse tan extensamente porque el impacto social de la nueva línea económica agregó eficacia a una represión política de efectos devastadores.

De este modo la misma destrucción del perfil bipolar de sociedad que en Estados Unidos era el resultado de cambios económicos y sociales hábilmente utilizados por la nueva dirigencia política, en un marco respetuoso de las libertades democráticas, en Brasil, Argentina, Chile o Uruguay fue alcanzada con medios menos sutiles pero igualmente eficaces. Aun allí, sin embargo, si el terror abrió camino a un orden socioeconómico más duradero que los regímenes que lo impusieron a sangre y fuego, fue porque el vino a remover los obstáculos en el camino de una transformación impulsada de modo aun más decisivo por las del contexto externo, siempre determinante en esa región encerrada, al parecer, en un inescapable destino periférico; esta peripécia confirmaba una vez más la justicia de la intuición de Marx, para quien la violencia sólo lograba ser eficaz cuando servía de partera para la historia.

Basta para advertirlo comparar la situación que hoy atraviesan los países latinoamericanos que han conocido el estado terrorista con el de otros más afortunados: las analogías predominan sobre las diferencias. Cabe entonces preguntarse si el legado más decisivo de la era de las tiranías no ha sido, más bien que el del terror, el de una gestión económica que ha dejado en herencia una abrumadora deuda externa, como consecuencia de la cual el estado se halla en la imposibilidad de retomar las funciones que lo

transformaron en protagonista independiente del conflicto socioeconómico. Y es que quizá esta situación nueva, la que se refleja en la sorprendente supervivencia en la región del régimen de democracia representativa, pese a que sus tradicionales enemigos son más poderosos que nunca, y a que ha tenido ya amplia oportunidad de decepcionar las esperanzas, en verdad excruciantes, despertadas entre las masas por sus casi milagrosa resurrección.

Sólo en este contexto es posible una peripécia política como la vivida recientemente en Bolivia. Allí desde la restauración de la democracia se afrontaban electoralmente tres corrientes, a saber, las herederas de lo que fueron el centro y la izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que en 1952 introdujo el populismo por vía de una revolución triunfante, y una de derecha identificada con el general Banzer, gobernante en la década de 1970 en el marco de un autoritarismo militar que supo morigerar, mejor que otros, sus ímpetus asesinos, y beneficiado por el recuerdo de la pátida euforia petrolera de esos años. En una primera ocasión electoral el centro y la izquierda se unieron en tanto al candidato del primero, el veterano Víctor Paz Estenssoro, para cerrar el paso al terror fascista; en la segunda fue éste quien, haré en parte el espantajo invocado por sus adversarios para unirse en su daño, decidió tomar la iniciativa, y ofrecer su apoyo al candidato de la izquierda, que por cierto, no halló inconveniente en aceptarlo. Lo que hace interesante el episodio no es lo que nos revela acerca de la agilidad táctica de los políticos bolivianos, sino que nos muestra al general Banzer, hombre de ideas quizá escasas pero dotadas de admirable firmeza, encomendando la presidencia de Bolivia al jefe de una corriente a la que durante su gobierno creyó hasta tal punto peligrosa que no vaciló en reprimir por los medios más odiosos. Sin duda, si el experimento ha resultado a ello es porque sabe que al hacerlo no somete al más mínimo riesgo al orden socioeconómico con el cual sigue firmemente identificado. Y desde luego no se equivocó: en su gestión presidencial el doctor Paz Zamora ha sabido hacerse plenamente digno de la confianza en él depositada por su gran elector, y desempeña con la gallardía del caso su papel de indignado denunciante de las cada vez menos eficaces huelgas generales lanzadas por la muy disminuida Central Obrera Boliviana, con la cortesía que las circunstancias imponen el de suplicante en las antepasas de los organismos internacionales de crédito, y con fervor edificante el de devoto catecúmeno del profeta del nuevo orden mundial que gobierna en Washington.

¿Qué concluir de todo esto? Que el triunfo de la democracia es en verdad paradójico: lo ha hecho posible la victoria aplastante del capital, tanto sobre el mundo del trabajo cuanto sobre el estado, que así haya ayer reivindicado un papel arbolal en el conflicto político en que se expresaba el antagonismo profundo de una sociedad bipolar. Y todavía que si la relación de fuerzas creadas por esa victoria puede encontrar un adecuado marco institucional en la democracia representativa de sufragio universal es porque las transformaciones sociales de las últimas décadas, al destruir las bases para la centralidad previamente ganada por la clase obrera entre las populares y excavar cada vez más hondas fronteras internas a éstas, cierran el camino a cualquier retorno a la bipolaridad que hasta ayer hacía peligrar confiar las decisiones políticas a la libre decisión de las mayorías.

Es todavía posible concluir algo más, sin embargo, a saber, que a la situación actual se ha llegado como consecuencia de transformaciones sociales que no habían sido ni planeadas ni previstas; a esas transformaciones han de seguir inevitablemente otras hoy igualmente imprevisibles, gracias a las cuales es más que probable que la democracia vuelva a ser, como lo fue en su origen, un poderoso agente de transformaciones radicales. Si es desde luego imposible predecir cuándo, por qué vías y bajo qué signo la democracia ha de reconstruir su perdida eficacia como instrumento político, puede en cambio predecirse, sin temor a errar, que en el momento mismo en que ello ocurra ha de desvanecerse súbitamente el universal consenso favorable que hoy la rodea. □

* Versión revisada de la conferencia dada por el autor el 13 de diciembre de 1991 en el Foro Príncipe de Asturias, organizado por el Pabellón de España de la Exposición Universal de Sevilla. Tomado de *Claves de razón práctica*, Madrid, abril de 1992, p. 291.

Ada Korn Editora

MABEL PAGANO

LORENZA REYNALDE

« DOURIGA »

LA BARRICA « LA TACITA »

Ada Korn

Uruguay 631

Buenos Aires



SOCIEDAD

Las dos ciudades

Los opios y los pueblos

Pablo Semán

La ciudad de Buenos Aires, sus fragmentos y sus territorios, tan cercanos como recíprocamente desconocidos, es un terreno que hace necesario el ejercicio de la extrañeza. Pensemos, por ejemplo, que pese a ser apenas ocho las cuadras que separan Santa Fe de Corrientes, es un mundo entero el que media entre quienes transitan por cada una de ellas. Si tomamos rumbo Oeste quince cuadras hacia el Once o el abasto la distancia se hace infinita. Una romería de religiones en plena ebullición nos espera para dejarnos la sensación de que algún fenómeno extraordinario modificó los límites del país, y que tan breve lapso alcanzó para llegar tan lejos en el espacio y en el tiempo.

Mujeres y hombres solitarios

En la plaza Once un grupo predica sin abandonar nunca la posición, renueva su rito con la misma fuerza con que lo lleva adelante durante semanas. Su ánimo no se desgasta ni con la concurrencia en baja ni con la indiferencia. Si esta presencia se multiplica, como ocurre a menudo, se vuelve más intenso el patetismo del paisaje: gritos de predicción, rezos, relatos de cura milagrosa e instigaciones a tomar el camino de Dios, le ganan en decibeles y clientela a vendedores de toda especie. A menos de una cuadra, donde un cine refugiaba hombres solitarios, un pastor convoca en cada reunión a una multitud de hombres y mujeres solitarios en búsqueda de sentido. Intermediándose por el barrio, el paseante puede ver cómo una decena de locales da refugio para la práctica de la religión que en la plaza se promueve. En ellos se recoge el esfuerzo de una pertinaz evangelización que incluye, en algunos casos, el esfuerzo militante de la visita casa por casa. Pero el paisaje no es exclusivo de este barrio. Puede repetirse en otros y en otras ciudades.

Trasciende, también, las clases y las naciones: un informe del Parlamento Europeo señalaba ya en 1984 que "Uno de los procesos sociales más notables de la última década fue el crecimiento explosivo de un fenómeno que actualmente se conoce bajo la denominación de nuevos movimientos religiosos". En Estados Unidos y Alemania cientos de hombres pertenecientes al nivel gerencial de grandes empresas han formado sus propias redes comunitarias espiritualistas siguiendo la estela de la New Age, un movimiento que pretende, más allá de cualquier argumento, estar en posesión de las reglas de acuerdo a las cuales opera la naturaleza y, en su seno, la humanidad. Todo esto sin olvidar la armonía espiritualista con la que el fundamentalista verde Rudolf Bahro pretende superar todo disenso, volver anacrónica la democracia.

Todo esto ¿es tan novedoso?, ¿lo religioso no ha tenido siempre una misma pre-

sencia diferenciada por la iglesia de moda? Puede pensarse, entonces, que esta religiosidad ocupa el espacio que un catolicismo secularizado y/o autista deja libre en una sociedad que no puede entender. Puede ser, también, que un potencial constante de religiosidad se haya expresado antes en el catolicismo, después en liderazgos políticos y fervores revolucionarios, para hoy hacerlo en nuevas religiones. Por lo pronto, hay algo que, para nuestra ciudad, es seguro: nunca estas prácticas tuvieron tanta visibilidad, tanta difusión en ciertos medios gráficos así como en televisión y radio. En este terreno y en los temas de la salud, por ejemplo, es donde puede verse un deslizamiento ejemplar. El que va de la búsqueda del milagro de la cura a la cura milagrosa proporcionada por "pai" manosantas y otros brujos. Por otra parte la extensión es lo suficientemente importante como para generar la preocupación de la iglesia católica e instalar el tema de las "sectas". Nunca se dio, tampoco, el caso actual de una reacción estatal que por la vía del registro de cultos intenta controlar el espacio de nueva religiosidad, asignado recursos y legitimidades a cambio de algunas obediencias.

Una sociología de la anomia

Tan importante como percibir la impenetrabilidad de la corriente religiosa resulta intentar comprender su significación para la constitución simbólica de lo social y lo político. En este último plano y en el terreno electoral encontramos algunos indicios. La política latinoamericana muestra varios casos en el que la influencia de grupos religiosos distintos del catolicismo, más nuevos y menos secularizados, ejercen, de distintas maneras, su influencia. Fue evidente el peso de los grupos evangelistas en Perú, que terminan imponiendo el vicepresidente de la alianza de Fujimori. También es notable el caso de algunos estados del Brasil, en los que las aspiraciones de mayor influencia religiosa llevaron a estos mismos grupos a crear formaciones políticas con el

Por otra parte esta oferta es el efecto de una condición que surge permanentemente y a espaldas de cualquier sociedad moderna. En ella surge lo evidente y precario de las identidades individuales y colectivas, actuando la búsqueda de religión que, valga la tautología, la religión puede dar. Es por esto que el ciclo de religiosidad tiene una escala tan amplia aunque esto no obsta para entender lo que le aporta la especificidad de nuestra propia sociedad.

Inclusión vs. exclusión

El problema surge cuando nos encontramos con lo que aparece en ese movimiento: un discurso de servidumbre eterna y resignación terrenal; la instauración de la diferencia y la hostilidad entre los puros y los salvos; el reconocimiento y la identidad que surgen a cambio de la desocialización de todas las percepciones: los hombres, sus alegrías, sus miserias y sus conflictos pasan a ser meras expresiones de una eterna lucha entre el bien y el mal que, por supuesto, se libra en otro tablero. El aislamiento, el repliegue, la intolerancia activa no son, en perspectiva, posibilidades ajenas a la dinámica de estas instituciones. Son, más bien, los desarrollos más probables de uno de los (anti)movimientos sociales más dindímicos.

El progresismo del siglo XIX, anclado en la fe de la razón, impugnó la realidad de las otras religiones al tiempo que desconocía el fundamento de la suya. La tradición socialista no fue ajena al prejuicio racionalista. Opio de los pueblos eran las creencias de los otros; por suerte una gigantesca pedagogía daría cuenta del error. Pero lo ingenuo y desafortunado de estos juicios no puede relevarnos de la necesidad de pensar críticamente lo que está implicado en esta corriente. Sólo un relativismo de caricatura, como el que Sebrelli construye a la medida de sus prejuicios, puede ignorar la necesidad de la crítica. La radical carencia de los hombres y las sociedades, de la cual huyen las religiones, es el motivo de una alienación constitutiva. Pero hay creencias y creencias, opios y opios. En su singularidad, los que nos preocupan llevan a lo peor, al menos para una sensibilidad comprometida con los derechos del hombre, la tolerancia y un sentido de la democracia en el que la indeterminación radical de la sociedad y los sujetos es el fundamento. En el límite, las perspectivas son precisas: su ciudad ideal no me incluye, la mía a ellos sí. □

Notas

¹ Rudolf Bahro, *La lógica de la salvación*, Madrid 1986.

² Las opiniones comentadas fueron expresadas en la reunión sobre alternativas religiosas que se desarrolló en el marco del Seminario "Hacia el fin del Milenio", organizado por la Asociación de Trabajadores del Estado.